# CUENTO POLICIACO MEXICANO

## BREVE ANTOLOGIA

**Selección y prólogo de Ma. Elvira Bermúdez**

Helú • Bernal • Salazar Mallén • Reyes Nevares •

PREMIA

*Textos de Humanidades*

# CUENTO POLICIACO MEXICANO
## BREVE ANTOLOGIA

# CUENTO POLICIACO MEXICANO
## BREVE ANTOLOGIA

Selección y prólogo de Ma. Elvira Bermúdez

*Textos de Humanidades*

PREMIA

Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura / UNAM
México, 1987

Primera edición: 1987

Coedición: Universidad Nacional Autónoma
de México y Premiá editora de libros, S.A.

© Premiá editora de libros, S.A.
Tlahuapan, Puebla (Apartado Postal 12-672
03020 México, D.F.)

© Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria 04510, México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural

Impreso y hecho en México

**ISBN 968-36-0170-7**

# PRÓLOGO

Tratando del cuento en general, creo que todos estaremos de acuerdo en que la anécdota, el fragmento de diario o el relato realista sin más no pueden ser considerados como cuentos propiamente dichos. Entre la crónica, el recuerdo personal y la anécdota, por una parte; y por la otra el cuento, puede en mi opinión afirmarse que existe la misma diferencia que media —pongo por caso— entre una fotografía y una pintura: el fotógrafo, el cronista y el que narra un pasaje de su propia vida adaptan una realidad presente o pretérita, pero fija en un momento dado, con la mayor fidelidad posible y la entregan al espectador o lector sin otro propósito que ponerlos en posesión de un sitio, de un rostro, de un dato, de un hecho, de una emoción o de una idea. El pintor y el cuentista, en cambio, aunque parten también de la aprehensión de la realidad, no la entregan sin más al público, sino que le ofrecen una realidad interpretada. Recreada.

En el caso de la fotografía y la anécdota no se establece necesariamente una relación entre fotógrafo y cronista, por un lado, y espectador o lector, por el otro. La actitud que los segundos asuman ante la obra (fotografía o relato) no depende en manera alguna de los que la realizaron, no está dirigida por ellos y sólo cabe un elemento de juicio de parte de los que observan, el cual suele someterse a un solo lineamiento: el de la mayor o menor aptitud con que la realidad fue captada. No me he estado refiriendo, por supuesto, a la fotografía artística ni a la crónica o autobiografía "noveladas", sino a las que lo son en sentido estricto.

En la pintura existe ya una intención del artista de mover al espectador en una dirección determinada: desde un presunto éxtasis ante la belleza hasta la común rebelión ante la injusticia. Existe el supuesto de que la actitud del que contempla un cuadro

será una especie de eco de la postura del artista en el momento en que creó. Los que admiran o los que leen una misma obra, cuando ésta es verdaderamente artística, no habrán de adoptar actitudes distintas y personales sino que habrán de repetir la vivencia del creador. Esto es el *Einfühlung*, término acuñado por el filósofo y crítico alemán Teodoro Lipps que puede traducirse como "proyección sentimental". Es claro que no todos los espectadores o lectores tienen una capacidad idéntica para interpretar la obra de arte, ni para sentirla, ni para hacer a un lado sus prejuicios. El supuesto, sin embargo, queda en pie.

Aparte de la definición del cuento, otro tema muy debatido en literatura es el de la diferencia entre cuento y novela. A mi juicio el cuento en general es a primera vista un retazo, una escena, un detalle de un conjunto mucho más vasto. En la novela debe haber motivaciones y consecuencias, esto es, cambios en la vida de un individuo o de un grupo social: evolución, en una palabra. Según esta hipótesis, una novela estará bien construida si logra dar una visión de conjunto de una persona, de un grupo o de una época.

El cuento, aparte de su extensión menor respecto a la novela, tiene también un alcance más reducido. La menor extensión afecta su forma en lo que a la trama, los rasgos y los recursos concierne: la primera tiene que ser menos complicada y los segundos, más bien escasos. La técnica también habrá de ser, en pro de la claridad, no tan variable como puede serlo en la novela. El estilo, desde luego es semejante o igual en cada novelista que a la vez sea cuentista. Lo mismo puede afirmarse en lo que a la intención —e incluso al mensaje— corresponde. El cuento en principio sólo podrá dar de una persona el carácter y/o su *modus vivendi* y no su vida entera; de un grupo el comportamiento general y esporádico y no el de cada uno de sus integrantes y, de un época, algunos hechos sobresalientes que no la abarcarán en su totalidad.

Estos lineamientos en torno al cuento como producto literario independiente son aplicable al cuento policiaco en tanto que cuento; pero en tanto que policiaco es preciso añadirle otros, porque pertenece a un género que tiene una estructura y una intención propias.

Me parece oportuno hacer notar que los teóricos de la novela



*negra* (Coma y Vázquez de Parga) no estudian por separado el cuento policiaco, como si éste no hubiera existido en la historia. Ahora bien, la literatura policiaca nació como género autónomo precisamente con los cuentos de Edgar Allan Poe. Luego Conan Doyle escribió muchos cuentos en los que Sherlock Holmes actuaba. Las aventuras del padre Brown, de Chesterton, están expuestas en forma de cuentos. Grandes cuentistas han sido Agatha Christie, Dorothy Sayers, Ellery Queen, William Irish y muchos otros, incluyendo algunos que los críticos de *lo negro* estiman vigentes y valiosos, como Ross McDonald, Patricia Highsmith, George Harmon Coxe y Donald Westlake. George Simenon ha publicado indistintamente novelas y cuentos sobre el Inspector Maigret. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares son esencialmente cuentistas en lo que a lo detectivesco atañe. Nuestro máximo escritor policiaco, Rafael Bernal, escribió cuentos, y también lo hizo el pionero de la literatura policiaca en México, Antonio Helú. Algunos escritores cubanos contemporáneos (Pérez Valero, Cárdenas Acuña, Armando Cristóbal Pérez) han publicado cuentos policiacos; también algunos españoles de la reciente hornada detectivesca, como Andreu Martin y Juan Madrid, cultivan el relato "realista de crítica social".

El cuento policiaco es pues, en cierto modo, la piedra de toque del género. Debido a sus limitaciones de extensión y alcance, ofrece en su construcción un número mayor de dificultades que la novela. No es fácil plantear un misterio, desarrollarlo y resolverlo en forma satisfactoria dentro del límite máximo de unas veinticinco cuartillas, y mucho más arduo resulta imprimirle un desenlace que, aparte de sorpresivo, sea congruente en todo y por todo con el texto y el contexto de la obra. Para lograr ese efecto, se requiere un conocimiento riguroso de lo que hay que decir de modo que se cumpla la regla de que "nada falte ni nada sobre". En ciertas novelas actuales consideradas como policiacas el autor, para llenar doscientas cuartillas, se permite toda clase de digresiones y relatos adventicios que llegan a fatigar al que lee y diluyen al máximo el misterio.

A mediados de los años 40 funcionaba en el D.F. una editorial que puso en marcha una estupenda colección de obras detectivescas. Era la editorial *Albatros* y en ella figuraron, entre mu-

chos otros —alrededor de sesenta— escritores muy importantes como Simenon, Edgar Wallace, Mary Roberts Rinehart y Raymond Chandler. Ahí se imprimió el primer libro policiaco de autor mexicano: *La obligación de asesinar* de Antonio Helú, y también los de Enrique F. Gual, catalán incorporado al periodismo y a la literatura mexicanos. Publicó cinco novelas —una en otra editorial—, lo que constituye un récord entre nosotros, hasta ahora apenas igualado por otro hispano-mexicano, Paco Ignacio Taibo II. Las novelas de Gual están en su mayoría situadas en nuestro país, dan vida a personajes nacionales y se refieren a nuestras costumbres. Siguen fielmente los lineamientos de la narrativa detectivesca.

De esa misma época data la novela criminológica *Ensayo de un crimen*, que como antecedente y modelo de obra policiaca mexicana es apreciada ya. Merece ese aprecio, no sólo por ser de quien es, sino por sus valores intrínsecos: en virtud de su técnica objetiva (tercera persona) se adentra hábilmente en la psicología de sus personajes y, aparte, lleva a cabo una vívida descripción del ambiente y de la época.

Un año después (1945) en la serie "Lunes" que editaron Pablo y Henrique González Casanova, salió *El crimen de tres bandas* de Rafael Solana, novela corta escrita con técnica epistolar: alrededor de un crimen plantea un enigma y lo resuelve de manera plausible, sólo que por boca del propio criminal quien, de paso, queda impune. La ausencia de un investigador —profesional o aficionado— y la transgresión de un principio de justicia pudieran ser juzgadas como desviaciones serias del género en esta obra; pero respecto a la primera hay que recordar que en algunas especies policiacas el narrador mismo, o el protagonista hace las veces de detective, y por lo que atañe a la segunda es preciso tomar en cuenta que, andando el tiempo, el principio de justicia empezaría a ser vulnerado casi sistemáticamente en algunas obras extranjeras del género, siendo sustituido —como adelantándose a su tiempo lo hizo Rafael Solana en *El crimen de tres bandas* por una simple aunque atroz ley del Talión.

No hay que olvidar la novela corta, publicada en 1955, que se titula *22 horas*. De la autora, Margos de Villanueva, se afirmó que estuvo asesorada por don Alfonso Reyes al escribirla. El maestro, a su decir, siempre anheló pergeñar una novela policiaca. *22 horas* es muy buena, tanto en su construcción como en su estilo. Otro hispano-mexicano como Gual se entregó por los años 50 a fabricar novelas siguiendo los lineamientos del *thriller* norteamericano, y enfatizando desde los títulos el erotismo peculiar de esa especie y el cual, en su caso, linda con la pornografía. Me refiero a Juan Miguel de Mora, también cultivador entusiasta de la ficción científica. Por aquel entonces un periodista muy conocido, Alberto Ramírez de Aguilar, publicó dos novelas que pueden ser consideradas como policiacas si se atiende a dos elementos que las caracterizan: el relato pormenorizado de uno o varios crímenes y la demostración de las fallas de la policía en el esclarecimiento de esos crímenes: *Camino a la nada* y *Noche de sábado*.

Hago hincapié en la circunstancia doble de que, en mayor o menor intensidad, Antonio Helú —pionero de la narrativa detectivesca en México— y Rafael Bernal —máximo exponente del género— siguieron escribiendo durante casi toda su vida —ambos murieron en 1972— aunque en diversas áreas de las letras. Helú, en colaboración con Adolfo Fernández Bustamante, compuso una obra teatral: *El crimen de Insurgentes*, que se representó con muy buen éxito en el teatro Arbeu a mediados de la década de los 30 y se editó años más tarde. En 1965 dio a conocer *3 novelas, 1 cuento y una comedia* que había escrito en los años 20. En el año de 1946 la editorial *Jus* había puesto en circulación la excelente novela *Un muerto en la tumba* —de corte clásico y aparte con gran sentido del humor—, y *Tres novelas policiacas* —asimismo excelentes— de Rafael Bernal, quien en 1969 logró convencer aun a los más renuentes de que nada impide, ni en principio ni de hecho, que una policiaca sea una gran novela; aludo, naturalmente, a *El complot mongol*. Nueve años después, aunque con algunas reservas, Carlos Fuentes ratificaría ese viraje de la crítica con *La cabeza de la hidra*.

En 1977 se editó, anunciándola como "la primera gran novela policiaca mexicana", *Días de combate* de Paco Ignacio Taibo II. Como ya lo había hecho Juan Miguel de Mora, entre otro escritor hispano-mexicano sigue las directrices del *thriller* estadunidense, aunque con menor rigor técnico y un grado inferior que

los que despliegan algunos vecinos del norte. Justo es decir que, al contrario de su paisano, su obra no se hunde en la pornografía. Al año siguiente Taibo II dio a sus lectores *Cosa fácil*. Los tres casos que ahí se enfocan, completamente desconectados entre sí, disminuyen a mi juicio la calidad de esta novela. En *No habrá final feliz* PIT-II da muerte a su detective Belascoarán Shayne. Éste, sin embargo, reaparece en *Algunas nubes*, obra cronológicamente anterior a *No habrá final feliz*, según asegura el autor. En la más reciente, *Sombra de la sombra*, no actúa el detective. Todas estas novelas deben ser sin duda consideradas como *negras*, o de "crítica social", de acuerdo con las manifestaciones de repudio a la novela 'tradicional' que pública y repetidamente ha hecho Taibo II, el novelista que mayor número de libros de su cosecha ha vendido en toda la historia del género "negro" en el país que lo ha acogido como ciudadano.

En ese mismo año de 1977 la casa Diana puso a la venta otro *thriller* mexicano: *Narcotráfico, S.A.*, de René Cárdenas Barrios. Aparte de sus conexiones muy estimables con lo detectivesco, esta novela tiene un mensaje muy valioso por su condena al comercio y consumo de estupefacientes.

Al año siguiente, 1978, la Federación Editorial Mexicana dio a la luz pública *Corrientes secretas*, de Rosa Margot Ochoa, una novela construida de acuerdo con las exigencias tradicionales del género que nos ocupa que ha sido elogiada por críticos norteamericanos y ha ameritado una segunda edición.

Entre sus variadas producciones, Rafael Ramírez Heredia cuenta con *Trampa de metal* (1979), novela que brinda los factores de la pesquisa y que, aunque adolece de algún defecto de construcción es un ejemplar interesante de lo policiaco. Antes había publicado *En el lugar de los hechos* (1976) que a mi modo de ver figura entre lo mejor de su narrativa por su técnica peculiar y ciertos elementos de misterio que ostenta. En 1985 puso en circulación, gracias a la editorial Mortiz, *Muerte en la carretera* la cual, en vista de que Ramírez Heredia sostiene respecto al campo detectivesco las mismas opiniones que Taibo II, debe seguramente lo mismo que *Trampa...* ser contemplada como *negra* o de *crítica social*.

*Extraña enemiga* (Diana, 1979) de Francisco A. de Icaza, cabe asimismo dentro de los linderos de lo policiaco por su trama apo-



yada en el suspenso y porque el eje de la obra gira en torno a la comisión de un secuestro múltiple. En 1979 está fechada *Dos crímenes*, de Jorge Ibargüengoitia que por muchos es apreciada como perteneciente al género que estamos tratando. A mi juicio es *para-policiaca*. Utilizo el prefijo para porque creo que, como otras dentro del acervo narrativo de México, esta novela se acerca a la estructura detectivesca sin asimilarla plenamente. Lo mismo puede afirmarse respecto a *El rescate* (Universidad Veracruzana, 1969) de Carlos Zener, que se aproxima bastante a la especie criminológica; de *Pretexta* (FCE, 1979) de Federico Campbell, que contiene elementos de espionaje y de algunas narraciones largas de José Pérez Chowell que colindan con el *thriller* como *El Guarura* y *El agente secreto* (Universo, 1979 y 1980, respectivamente). En pocos casos como en éstos es tan pertinente recordar que la calidad de una novela no depende en absoluto del género a que pertenezca, ya que es notorio que entre *Pretexta* y *El guarura* (y la otra) hay una inmensa diferencia a favor de la primera.

Dos sudamericanos radicados temporalmente en México vieron en las librerías sendas novelas de su cosecha: Poli Délano —chileno— con el pseudónimo de Enrico Falcone, *Muerte de una ninfómana* (Universo, 1980) que a pesar del título puede ser estimada como "tradicional"; y el argentino Mempo Giardinelli que incursionó en lo *negro* con *Luna caliente* (Oasis, 1983). Muy ortodoxas, en cambio, por su fidelidad a los perfiles del enigma son dos novelas de José Zamora que fueron puestas en venta en 1980: *El collar de Jessica Rockson* y *Desdémona en apuros* (Universo).

A partir de ese año, 1980, la producción policiaca en México fue en aumento. Aparte de las cuatro obras citadas que se publicaron en ese año (Délano, Giardinelli y dos de Zamora) de entonces acá han circulado: una parodia de Eugenio Aguirre, *Segunda persona* (Premiá, 1984) que es por cierto un tanto críptica. *Entre la pena y la nada* (Leega literaria, 1984) en la que Raúl Hernández Viveros aborda con osadía un asunto delictuoso de resonancia internacional (uno de los atentados contra Juan Pablo II) y con bastante buen éxito. *El callejón del muerto* (misma fecha y editorial de la anterior) de Luiz Méndez Asencio, novela que a mi juicio es *híbrida*. Llamo así a las que participan de dos o más especies del policiaco y/o de otros géneros a la vez. Este

escritor hispanomexicano desarrolla aquí un asunto detectivesco con pesquisa incluso; pero agrega uno fantástico, sin ensamblarlos en forma satisfactoria. El *hibridismo* rara vez culmina en combinación feliz: generalmente se queda sin más en mezcla. En 1985 al español Torcuato Luca de Tena le fue editada por Diana *Carta del más allá*, una novela en la que intenta amalgamar, lo policiaco con lo fantástico, y cuyos personajes no son del todo vívidos ni convincentes.

1986 fue el año de Plaza y Janés en lo que atañe a este género. Dio a conocer cuatro novelas que en el concurso que promovió, el jurado consideró como las mejores: del hispanomexicano Edmundo Domínguez Aragonés, *La fiera de piel pintada*, ortodoxa en cuanto a la finalidad de la investigación, pero en cierto modo híbrida porque a la pesquisa añade elementos de espionaje. *Crimen sin faltas de ortografía*, de Malú Huacuja, notoriamente híbrida porque de policiaca-de-raciocinio se torna inopinadamente en criminológica y porque tranquilamente vulnera el principio de la justicia. También podía ser considerada *cuasi-negra* si sólo se aprecia la crítica de algunos ambientes pseudo-culturales que lleva a cabo. *Accidente premeditado*, de José Huerta, es un magnífico ejemplo de novela-de-raciocinio, apegada a las directrices de lo detectivesco genuino. De Eugenio Aguirre, *El rumor que llegó del mar*, que a mi modo de ver es una narración parapoliciaca. Se adorna además con rasgos esperpénticos y de *grand guignol*. En la misma editorial y en ese mismo año, fuera del concurso, salió la crónica novelada de Vicente Leñero *Asesinato* que con lujo de documentación revive un caso terrible que tuvo un gran impacto en México hace unos ocho años.

También en 1986, gracias a la editorial Domés, hubo oportunidad de disfrutar una versión mexicana de novela *gótica*: *Lucinda del polvo lunar*, del cineasta Juan Bustillo Oro, cultivador del cuento en la época de *Selecciones Policiacas y de Misterio* (años 40 y/o 50). *Lucinda...* se desenvuelve en San Ángel, en 1920. A falta de un castillo como el de Otranto, tiene una mansión con fantasmas y escondrijos de lo más funcional. Y hay misterio. Un buen misterio resuelto en forma plausible.

En este año, 1987, ha visto la luz pública *Crimen de color oscuro* de Ana María Maqueo, obra que cumple con los requisitos de



lo policiaco aunque se inclina más a la pesquisa que al raciocinio y no integra plenamente la prueba. Mantiene viva la curiosidad y es de grata lectura.

Estimo necesario recordar *grosso modo* cuales son los elementos que integran la literatura policiaca auténtica: Primero, un crimen o delito. En un 95% de las narraciones el homicidio es el más frecuente. El robo y el secuestro son abordados algunas veces.

El criminólogo —profesional que estudia científicamente los crímenes— se plantea y responde siete preguntas: ¿quién?, ¿a quién?, ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo? y ¿con qué?. Pues bien, el escritor policiaco sigue en principio el mismo método o, dicho en pocas palabras, expone el móvil y la oportunidad del crimen.

El segundo elemento es la investigación (*detection*), encaminada a responder alguna o algunas de las interrogantes entre las cuales, también en un 95%, ¿quién? es la más usual, al grado de que ha dado origen al término *whodunit* como sinónimo de narración detectivesca típica. El porqué se refiere naturalmente al móvil y cuándo, dónde y cómo a la oportunidad, mientras que en el ¿a quién? se basan las novelas de "víctima equivocada" y en el ¿con qué? las de arma original, truco mecánico u otros recursos.

No hay que olvidar que *detective*, en inglés, es lo mismo que policía. Al que nosotros llamamos detective es en rigor el *private investigator* de los sajones. En cualesquiera de las coyunturas, son las del detective, del policía o del investigador privado las actividades de las que deriva la narrativa de la que estamos tratando. Y si se contrae a un quehacer específico, particular, resulta lógico que esa narrativa sea también especial, diferente a las novelas y a los cuentos en conjunto. Si se admite que es la investigación lo que caracteriza al género policiaco, y que aquella tiene por objeto contestar determinada pregunta, podemos concluir que si no hay pregunta no ha lugar a la investigación. Pues bien, esa pregunta es precisamente lo que se conoce como problema, enigma o misterio, de donde se desprende que el *enigma* es elemento *sine qua non* de la literatura policiaca o detectivesca.

Son los procedimientos empleados para llevar a cabo la investigación, más que ésta en sí misma, los que han evolucionado. En la conocida como novela-problema el investigador ejercita ante todo el raciocinio. La novela "clásica" o tradicional debería ser más bien llamada de-raciocinio que de-problema, ya que éste en una u otra forma existe en todas las especies porque se confunde con la pregunta. En la novela-de-acción, tal como su nombre lo indica, es la *pesquisa* (la peripecia, el peligro, la violencia incluso) lo que predomina. Lo mismo sucede en el *thriller* y en la novela de espionaje. Pero el problema, el enigma, con mayor o menor notoriedad, sigue ahí.

Otro elemento de la literatura policiaca auténtica es la imposición del castigo. Ni en los libros ni en la vida real se busca a un delincuente por juego o por deporte, sino para aprehenderlo y entregarlo a la justicia. Paralelamente, al identificar entre varios indiciados al culpable se está exculpando a los inocentes y poniéndolos a cubierto de una injusticia.

Todas las consideraciones anteriores en torno al problema, a la función de un detective o policía, a la investigación y a la justicia, con ser tan simples, casi perogrullescas, son sin embargo ignoradas por escritores y críticos "revolucionarios" que pugnan por la "toma de la realidad cotidiana", por la "abolición del enigma" y por la "demostración de que es imposible impartir justicia en México". No es uno de los elementos de la literatura detectivesca lo que pretenden eliminar: son todos y cada uno de ellos porque, si bien en apariencia toman en cuenta —aparte del crimen— la investigación, sobre todo en su modalidad de pesquisa, al negar su motivación y su finalidad y al sustituirlas por la "crítica social", caen en el absurdo, en el *teque* como dicen los cubanos, y destruyen así la esencia misma del género policiaco.

El relato criminológico o de *suspense* se caracteriza como especie dentro del género porque su trama se basa en el planteamiento de un delito o en su ejecución ante los ojos del lector; más que en su comisión en pasado. Puede haber o no crimen; pero incluso la tentativa resulta sancionada en una suerte de *boomerang* en que los actos del presunto delincuente se vuelven contra él mismo. Las cualidades fundamentales del cuento criminológico son por supuesto el suspenso y un final sorpresivo. En otras ocasiones estos relatos se construyen sobre la trama de la coartada y, en especial, de su derrumbamiento, y también en la necesidad en que una persona que involuntariamente se ve involucrada en un crimen, tiene que convertirse en investigador para escapar del verdadero criminal o de la policía.



En tanto que las especies policiaca y criminológica están cimentadas —lo mismo que el *thriller*, la de espionaje y la *negra*— en el realismo literario, otra penetra en los linderos de lo fantástico. Es la de *misterio*. Aquí el argumento no está precisamente en el acaecer de una muerte, sino en su inminencia. La intención dimana también de la idea de justicia, pero ya no de una sanción venida de fuera —de los otros, de los encargados de aplicarla— sino más bien de un sentimiento de culpa del personaje central. Entre sus rasgos sigue vigente el suspenso; pero las situaciones se han tornado absurdas y el desenlace a veces queda trunco. Ante un cuento de misterio, el lector suele preguntarse: ¿qué pasó en realidad?, mientras que en el policiaco puro la interrogante típica es ¿quién será el asesino?, en el del anti-héroe: ¿se saldrá con la suya? y en el *thriller*: ¿triunfará sobre sus contrincantes?

Afín al cuento de misterio, pero con un abolengo mucho más antiguo —la novela *gótica*— es el relato terrorífico. Ofrece esta especie elementos comunes al género del que me estoy ocupando: una muerte no natural, sino violenta y delictuosa; una intención relacionada con la justicia, sólo que aquí la víctima —y de ahí el horror que provoca esta modalidad literaria— suele ser inocente. Los rasgos de esta vertiente de lo policiaco-fantástico son muy variados, ya que pueden ir desde la banalidad de los monstruos hasta lo intrincado de la parapsicología.

A treinta y dos años de distancia de la publicación de la antología que realicé titulada *Los mejores cuentos policiacos mexicanos* (Libro-Mex, 1955) la producción policiaca en México es ya considerable aunque, dado el gran lapso transcurrido, sigue siendo excepcional.

Aquella recopilación constó de seis cuentos: "Las tres bolas de billar" de Antonio Helú; "De muerte natural" de Rafael Bernal; "El muerto era un vivo" de Pepe Martínez de la Vega; "El príncipe Czerwinsky" de Antonio Castro Leal; "El caso

del usurero'' de Rubén Salazar Mallén y uno de mi cosecha: ''La clave literaria''. Proporcioné una bibliografía compuesta en su mayor parte por relatos aparecidos en una revista especializada en narrativa detectivesca que por entonces circulaba en México: *Selecciones Policiacas y de Misterio* que fundó y dirigió Antonio Helú; abarcó de noviembre de 1946 a enero de 1957. A mediados de 1956 surgió otra revista, titulada *Aventura y misterio*, filial de la Serie de Misterio *Ellery Queen* de la editorial Novaro; llevaba como subtítulo ''Originales en Castellano'' y en efecto su propósito era estimular a los escritores de habla española para que cultivasen ese género ''de realización más ardua y rigurosa, porque en mayor grado ha de cumplir con una de las funciones primarias de toda literatura: divertir'', como dijo el anónimo autor de la introducción del primer número, entrecomillando mis propias palabras —vertidas en el prólogo de mi antología—, pero sin mencionarme. *Aventura y misterio* tuvo bastante buen éxito: alcanzó una veintena de números y en sus páginas colaboraron autores consagrados en otros géneros.

A fines de 1967 circuló en México una revista más de cuentos policiacos: *Suspenso y Misterio*. La estableció y encauzó Humberto Valdés Pérez. Esta publicación tuvo una vida más corta que la anterior. En la bibliografía que ahora he formado menciono autores mexicanos e hispanomexicanos que publicaron cuentos en las tres revistas mencionadas por su buena factura y/o su apego estricto a lo policiaco, o por la circunstancia de que sus autores escribieron más de un relato, dando con ello muestra de su capacidad o afición al menos para su cultivo.

Tomando en consideración que no sólo la inmensa mayoría de los lectores sino casi todos los críticos y muchos literatos ignoran cuanto en México se ha producido en el área de lo detectivesco o que con éste guarde afinidad, he insertado en esta nueva bibliografía todo lo que de acuerdo con mis investigaciones existe en ese campo, reducido, sí; pero no al grado de que en torno a alguna composición más o menos policiaca que aquí se imprima se diga que es ''la primera''.

En la década de los 70 preparé una segunda antología y contraté su publicación con *V Siglos*; infortunadamente esa editorial dejó de funcionar y sus titulares no me devolvieron el material



que les había entregado. Fue así como extravié tres cuentos que añadía a la primera recopilación: ''El jardín de las señoritas Villahermosa'' en el que José de la Colina desenvuelve con agudeza los elementos típicos del género; ''Un crimen sin causa'' de Eugenio Trueba, asimismo inclinado a lo clásico y ''El Unicornio'' donde el autor, Carlos Valdés, recorre la ruta de lo criminológico y agrega rasgos un tanto fantásticos que tienen una solución racional. Los tres fueron dados a conocer en *Aventura y Misterio*. No me fue posible reponerlos porque José de la Colina no conservó ni la revista ni copia del cuento; el licenciado Trueba vive en Guanajuato y era difícil entrevistarlo y a Carlos Valdés no lo conozco personalmente.

En 1982 la editorial Diógenes puso en circulación un conjunto de cuentos escogidos por Vicente Francisco Torres: *El cuento policial mexicano*. Se encuentra en ese libro: la novela corta de Rafael Solana *El crimen de tres bandas*; reaparecemos Antonio Helú, Rafael Bernal, Pepe Martínez de la Vega y quien esto escribe, mas con cuentos diferentes a los que recogí en mi antología. Hay tres extraídos de *Selecciones Policiacas y de Misterio*: de Raymundo Quiroz Mendoza, Vicente Fe Álvarez y Juan E. Closas, respectivamente. Rafael Ramírez Heredia ''tuvo la gentileza'' de escribir uno especial para ese volumen, el cual cierra con un relato de Luis Arturo Ramos.

Para formar la presente selección consideré imprescindible incluir —así sea por tercera vez en antologías del género— a Antonio Helú, por ser el primero, y a Rafael Bernal porque continúa siendo el mejor, si no en cantidad de libros vendidos, sí en calidad literaria y dominio del género. Ofrezco ahora de la cosecha de Helú ''Debut profesional'', que está publicado en el número 43 de *Selecciones Policiacas y de Misterio* y que en las dos ediciones de *La obligación de asesinar* (la primera en Albatros, que data de la década de los 40, y la segunda de Novaro en 1957) fue recogido bajo la forma de dos cuentos: ''Un clavo saca otro clavo'' y ''El hombre de la otra acera''. De Bernal presento uno distinto al de mi primera recopilación y que no es tampoco el que Torres tomó en cuenta. En cambio, por ser único, repito el de Salazar Mallén quien, aunque no fue un profesional de la literatura de misterio, es un escritor importante cuya excepcional incursión

en esta área de la narrativa demuestra hasta que punto ésta no es, ni mucho menos, indigna de ser atendida por literatos de prestigio. Tanto es así que en estos treinta y dos años transcurridos son varios más los novelistas, cuentistas y ensayistas que, por lo menos en una ocasión han escrito un buen texto policiaco. Por ello me ha sido posible incluir ahora sendos cuentos de Salvador Reyes Nevares, José Revueltas, José Emilio Pacheco y Vicente Leñero.

Suprimí el cuento de Pepe Martínez de la Vega porque este autor fue retomado por Torres en su libro. Y el mío, en parte por la misma razón y en parte —ya que hubiera podido sustituir los anteriores por uno nuevo— porque ahora el editor no me sugirió que así lo hiciera. No reaparece el de Antonio Castro Leal porque, aunque es un buen cuento, está desvinculado de nuestro país. Se hallan en este volumen narraciones que ejemplifican algunas vertientes cardinales de nuestra narrativa policiaca: en el cuento de Helú surge su primer representante, Máximo Roldán (nótese que este apellido es anagrama de "ladrón"). Quizá sea significativo que este iniciador, por ser mexicano, sea un anti-héroe. En todo caso, no ha tenido hasta ahora continuadores notables con excepción, si se quiere, del vacilador Péter Pérez ya que éste tampoco es un detective en serio.

De "problema" o, mejor dicho, de raciocinio puro son tres cuentos: el de Bernal, el de Salazar Mallén y el de Reyes Nevares. Aparte de que en los tres se desenmascara al culpable y de que el móvil y la oportunidad quedan ahí debidamente esclarecidos, tienen una característica en común que naturalmente no menciono para no arruinar el interés de la lectura. Dicha característica viene a ser lo que ha sido acotado como *fórmula* por algunos estudiosos del género, o sea el planteamiento de cierta pregunta —independientemente del ¿quién?, una de las seis restantes que hace el criminólogo— y a la que cada autor da peculiar respuesta. En los tres cuentos mencionados existe pues la misma interrogante, una que por cierto no es habitualmente enfatizada ni en nuestra narrativa ni en la universal; pero dado que en esos textos se desliza asimismo otra poco usual y diferente en cada uno de ellos, sólo al leer el tercero el lector atento y conocedor de lo policiaco habrá identificado la fórmula que con variados e ingeniosos procedimientos han desarrollado estos escritores.



Dicha coincidencia prueba a mi juicio que, a pesar de los llamados *clichés* que como defectos algunos críticos y escritores han visto en la literatura policiaca "tradicional", ésta puede ser cambiante y atractiva en sus numerosas producciones. Es oportuno recordar unas palabras de Alfonso Reyes vertidas en su ensayo "Sobre la novela policial": "Las obras no son buenas o malas por seguir o dejar de seguir una fórmula. Siempre siguió una preceptiva de hierro la tragedia griega y no se la desestima por eso".

En "La muerte poética", a Bernal le basta la inveterada sutileza de don Teódulo Batanes, "el que habla todo doble", para ir atando cabos y formulando hipótesis —que luego ve confirmadas— para entender el *quid* del enigma. Salazar Mallén enfrenta en "El caso del usurero" al agudo investigador privado Enrique Andrade con el obtuso inspector Zapata y va proporcionando la solución del problema al mismo tiempo que la investigación se va desenvolviendo. Reyes Nevares adereza el misterio con suaves toques de costumbrismo y finas observaciones del carácter de sus personajes. Lleva a cabo una impecable investigación retrospectiva y encuentra en "El vitral de la corneja" un sitio original para montar su trama. La "Sinfonía pastoral" de José Revueltas es para mi gusto un magistral cuento criminológico. Está enfocado desde el punto de vista de un personaje cuya función en el relato no se define de inmediato: puede ser cómplice, puede ser víctima, puede ser testigo y precisamente en esas posibilidades vagas radica el suspenso, dilatado además con reflexiones de autor y glosas de la obra de André Gide de la que toma el título. De cuento de misterio con matices de neto *horror*, es muestra excelente *Algo en la oscuridad* de José Emilio Pacheco, quien con hilos muy sutiles va planteando, a la par con el enigma, una suerte de investigación consistente en la advertencia de algunas anomalías en su entorno que los entes de ficción de la primera parte del relato llevan a cabo, hasta llegar súbitamente a un clímax; en la segunda, el autor se ocupa directa, aunque a la vez veladamente, de los personajes que antes actuaron tras las bambalinas.

La parodia ha sido abordada en el terreno de lo policiaco con

en esta área de la narrativa demuestra hasta que punto ésta no es, ni mucho menos, indigna de ser atendida por literatos de prestigio. Tanto es así que en estos treinta y dos años transcurridos son varios más los novelistas, cuentistas y ensayistas que, por lo menos en una ocasión han escrito un buen texto policiaco. Por ello me ha sido posible incluir ahora sendos cuentos de Salvador Reyes Nevares, José Revueltas, José Emilio Pacheco y Vicente Leñero.

Suprimí el cuento de Pepe Martínez de la Vega porque este autor fue retomado por Torres en su libro. Y el mío, en parte por la misma razón y en parte —ya que hubiera podido sustituir los anteriores por uno nuevo— porque ahora el editor no me sugirió que así lo hiciera. No reaparece el de Antonio Castro Leal porque, aunque es un buen cuento, está desvinculado de nuestro país. Se hallan en este volumen narraciones que ejemplifican algunas vertientes cardinales de nuestra narrativa policiaca: en el cuento de Helú surge su primer representante, Máximo Roldán (nótese que este apellido es anagrama de "ladrón"). Quizá sea significativo que este iniciador, por ser mexicano, sea un anti-héroe. En todo caso, no ha tenido hasta ahora continuadores notables con excepción, si se quiere, del vacilador Péter Pérez ya que éste tampoco es un detective en serio.

De "problema" o, mejor dicho, de raciocinio puro son tres cuentos: el de Bernal, el de Salazar Mallén y el de Reyes Nevares. Aparte de que en los tres se desenmascara al culpable y de que el móvil y la oportunidad quedan ahí debidamente esclarecidos, tienen una característica en común que naturalmente no menciono para no arruinar el interés de la lectura. Dicha característica viene a ser lo que ha sido acotado como *fórmula* por algunos estudiosos del género, o sea el planteamiento de cierta pregunta —independientemente del ¿quién?, una de las seis restantes que hace el criminólogo— y a la que cada autor da peculiar respuesta. En los tres cuentos mencionados existe pues la misma interrogante, una que por cierto no es habitualmente enfatizada ni en nuestra narrativa ni en la universal; pero dado que en esos textos se desliza asimismo otra poco usual y diferente en cada uno de ellos, sólo al leer el tercero el lector atento y conocedor de lo policiaco habrá identificado la fórmula que con variados e ingeniosos procedimientos han desarrollado estos escritores.



Dicha coincidencia prueba a mi juicio que, a pesar de los llamados *clichés* que como defectos algunos críticos y escritores han visto en la literatura policiaca "tradicional", ésta puede ser cambiante y atractiva en sus numerosas producciones. Es oportuno recordar unas palabras de Alfonso Reyes vertidas en su ensayo "Sobre la novela policial": "Las obras no son buenas o malas por seguir o dejar de seguir una fórmula. Siempre siguió una preceptiva de hierro la tragedia griega y no se la desestima por eso".

En "La muerte poética", a Bernal le basta la inveterada sutileza de don Teódulo Batanes, "el que habla todo doble", para ir atando cabos y formulando hipótesis —que luego ve confirmadas— para entender el *quid* del enigma. Salazar Mallén enfrenta en "El caso del usurero" al agudo investigador privado Enrique Andrade con el obtuso inspector Zapata y va proporcionando la solución del problema al mismo tiempo que la investigación se va desenvolviendo. Reyes Nevares adereza el misterio con suaves toques de costumbrismo y finas observaciones del carácter de sus personajes. Lleva a cabo una impecable investigación retrospectiva y encuentra en "El vitral de la corneja" un sitio original para montar su trama. La "Sinfonía pastoral" de José Revueltas es para mi gusto un magistral cuento criminológico. Está enfocado desde el punto de vista de un personaje cuya función en el relato no se define de inmediato: puede ser cómplice, puede ser víctima, puede ser testigo y precisamente en esas posibilidades vagas radica el suspenso, dilatado además con reflexiones de autor y glosas de la obra de André Gide de la que toma el título. De cuento de misterio con matices de neto *horror*, es muestra excelente *Algo en la oscuridad* de José Emilio Pacheco, quien con hilos muy sutiles va planteando, a la par con el enigma, una suerte de investigación consistente en la advertencia de algunas anomalías en su entorno que los entes de ficción de la primera parte del relato llevan a cabo, hasta llegar súbitamente a un clímax; en la segunda, el autor se ocupa directa, aunque a la vez veladamente, de los personajes que antes actuaron tras las bambalinas.

La parodia ha sido abordada en el terreno de lo policiaco con

intención clara y efectivamente humorística por Pepe Martínez de la Vega con las *Aventuras de Péter Pérez*, el "genial detective de Peralvillo". José Alvarado la llevó a buen término en cuento breve como "La policía rechaza la historia". Como parodia puede tal vez ser entendida la novela *Segunda persona* de Eugenio Aguirre. Ahora Vicente Leñero, el más ingenioso entre los "enemigos del enigma", realiza una sangrienta sátira que como ejemplo culminante de esta modalidad literaria aquí inserto.

De escritores policiacos profesionales y *revolucionarios* (Ramírez Heredia, Taibo II, Méndez Asencio) no conozco algún cuento propiamente dicho que pueda ser considerado *negro* o "de crítica social" y tampoco de raciocinio, criminológico o de misterio. En general los escritores que en México son considerados actualmente como cultivadores del género detectivesco son novelistas más que cuentistas. Es por esta circunstancia que, si además de muestras del género se procura la calidad literaria, es preferible elegir textos de otros escritores conocidos en todo el ámbito literario, que en forma excepcional han incursionado en lo policiaco.

No se me oculta que, a pesar de las explicaciones que he dado —o quizá a causa de ellas— a esta selección podrán serle señalados muchos defectos, según los gustos y criterios de quienes lleguen a leerla. Confío sin embargo en que será de alguna utilidad para quienes objetiva y desapasionadamente se propongan ante todo estudiar lo que en México se ha logrado en el área policiaco-misteriosa de nuestra narrativa.*

* En *Algunos aspectos del cuento* (núm. 60 de la revista *Casa de las Américas*) Julio Cortázar señala tanto las diferencias entre novela y cuento como algunas características de éste. Leí este ensayo del argentino después de haber escrito las reflexiones que anteceden y encuentro que sus conceptos de significación, de intensidad y de tensión son especialmente aplicables al cuento policiaco. Creo también que el oficio de escritor que Cortázar tan acertadamente acota y ejerce se demuestra en la confección de un relato de cortas dimensiones en los que se desenvuelva un enigma. Tengo a *Casa tomada*, por cierto, y desde hace mucho tiempo, como paradigma de cuento de misterio.

Agradezco a Alejandro Rivas, pasante de Filosofía y Letras en la UNAM que está preparando su tesis con un trabajo sobre literatura policiaca, que me haya proporcionado el cuento de Bernal que se me había perdido y el ensayo de Cortázar que desconocía.



# BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, Eugenio, *Segunda persona* —Novela paródica— México, Premiá, 1984.

ALVARADO, José, "La policía rechaza la historia" en *Cuentos*, UNAM, México, 1977.

AURA, Alejandro, "Los baños de Celeste", en *El presente es perpetuo*, Premiá, México, 1981.

BERMÚDEZ, María Elvira, Ensayo sobre la Literatura policiaca, en Números 46, 49, 52, 55 y 57 de la *Revista Mexicana de Cultura*, 1947; *Diferentes razones tiene la muerte* (novela), edición particular, 1953; *Los mejores cuentos policiacos mexicanos* (antología), Libro-Mex, México, 1955; *Detente, sombra. . .* (cuentos), UAM, México, 1984; Muerte a la zaga (cuentos), Premiá, Lecturas Mexicanas, SEP, México, 1985.

BERNAL, Rafael, "La muerte poética", en *Selecciones policiacas y de misterio*, núm. 5; "La muerte madrugadora", en S.P.M., núm. 15; "De muerte natural", en S.P.M., núm. 41; *Tres novelas policiacas*, Editorial Jus, México, 1946; *Un muerto en la tumba*, (Editorial Jus, México, 1946); *Su nombre era muerte* — Novela fantástica—, Editorial Jus, México, 1947.

BUSTILLO Oro, Juan, "Apuesta al crimen", en S.P.M., núm. 92; "El asesino de los gatos", en S.P.M., núm. 123; *Lucinda del polvo lunar* —Novela gótica—, Domés, 1986.

CAMPBELL, Federico, *Pretexta*, FCE, 1979.

CÁRDENAS Barrios, René, *Narcotráfico*, S.A., Diana, 1977.

CARDONA Peña, Alfredo, "El misterio del cantante", en Aventura y Misterio, núm. 2; "El dedo de hule", en A y M, núm. 4; "Más allá, también más allá", en A y M, núm. 10; *Cuentos de magia, misterio y horror* (Finisterre, 1966).

CASTRO Leal, Antonio, "El príncipe Czerwinski", en S.P.M., núm. 55.
CLOSAS, Juan E., "Crimen en la Facultad de Medicina", en A y M, 1957.
COLINA, José de la, "El jardín de las señoritas Villahermosa", en A y M, núm. 6.
CRUZPIÑÓN, Roberto, "La vivienda 18", en S.P.M., núm. 95; "En un automóvil", en S.P.M., núm. 105; "El abanico de sándalo", en S.P.M., núm. 125.

DÍAZ Grajales D., "El anillo del rajá", en *Suspenso y Misterio*, núm. 3.
D'OLMO, Leo, *Aventuras de Chucho Cárdenas*, Suplemento dominical del periódico *La Prensa*, *circa* años 40.
DOMÍNGUEZ Aragonés, Edmundo, *La fiera de piel pintada*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986).

ELÍAS González, Alberto, "Una orquídea en la arena", en S.P.M., núm. 46.

FALCONE, Enrico (seudónimo de Poli Délano), *Muerte de una ninfómana*, Universo, 1980.
FE Álvarez, Vicente, "No se olvide de darle cuerda", en S.P.M., núm. 119; "Los dientes delatores", ídem, núm. 158; *Un pájaro canta sobre el pantano*, Edamex, 1984.
FIGUEROA, Jesús A., "El retrato de la muerta", en S y M, núm. 2.
FERNÁNDEZ, Sergio, "La llamada", en A y M, núm. 13.
FUENTES, Carlos, *La cabeza de la hidra*, Mortiz, México, 1978.

GARRIDO, Luis, "El arcano del n 12", en A y M, núm. 12.
GIARDINELLI, Mempo, *Luna caliente* —Novela "negra"—, Oasis, México, 1983; *El género negro* —Artículos—, UAM, México, 1984.
GORDON Carmona, Sigfredo, *La muerte manda tres rosas* —Obra teatral—; *Un crimen perfecto* —Obra teatral.
GUAL, Enrique, *El crimen de la obsidiana*, Universo, 1942; *El caso de los Leventheris*, Albatros, 1945; *Asesinato en la plaza*, Albatros, s/f; *La muerte sabe de modas*, ídem; *El caso de la fórmula española*, ídem.



HELÚ, Antonio, "Un día antes de morir", en S.P.M., núm. 13; *La obligación de asesinar*, Albatros, s/f; Novaro, 1957; *El crimen de insurgentes*, Colección Teatro Contemporáneo.
HERNÁNDEZ Viveros, Raúl, *Entre la pena y la nada*, Leega Literaria, 1984.
HUACUJA, Malú, *Crimen sin faltas de ortografía*, Plaza y Janés, 1986.
HUERTA, José, *Accidente premeditado*, Plaza y Janés, 1986.

IBARGÜENGOITIA, Jorge, *Dos crímenes*, Mortiz, México, 1979.
INCLÁN, Federico S., *Un caso para la policía* —Obra teatral—; *Dos mujeres y un cadáver* —Obra teatral.

JIMÉNEZ Jaime, Enrique, "Dosis mortal", en A y M, núm. 1; "¿Servicio completo, señor?", en A y M, núm. 3; "Un pelo en la sopa", A y M, núm. 7.

LEÑERO, Vicente, *El que la hace la paga* —Antología—, PEPSA, México, 1976; "¿Quién mató a Agatha Christie?", Cajón de sastre, UAP, Puebla, 1976; *Asesinato* —Novela-reportaje—, Plaza y Janés, 1986.
LIZALDE, Eduardo, "Cuento(s) de la Gioconda II", en La cámara, UNAM, 1960.
LUCA de Tena, Torcuato, *Carta del más allá*, Diana, México, 1985.

MAGAÑA, Sergio, *El pequeño caso de Jorge Livido* —Obra teatral—; *Teatro mexicano*, Aguilar, Madrid, 1958.
MATEO, Ana María, *Crimen de color oscuro*, EOSA, México, 1986.
MARTÍNEZ de la Vega, Pepe, *Aventuras de Péter Pérez, Excélsior*, México, 1952.
MÉNDEZ Armendáriz, Santiago, "La suicida invisible", en A y M, núm. 2.
MÉNDEZ Asencio, Luis, *El callejón del muerto*, Leega Literaria, 1984.
MORA, Juan Miguel de, *Misión 317: peligro*, Constancia, 1953; *Desnudarse y morir*, Constancia, 1957; *La muerte las prefiere desnudas*, Diana, México, 1958; *Amarse y morir*, Diana, México, 1960; *Hagan la guerra, no el amor*, Diana, México, 1971; "Llamada sin nombre", en A y M, núm. 8.
OCHOA, Rosa Margot, *Corrientes secretas*, en FEM, México, 1978; *Alfabeto*, 1980.

OCHOA Sandoval, Eglantina, "Una oración por el muerto", en *Anuario del Cuento*, INBA, México, 1961.
OLIVARES, Armando, "Iguales eran los rostros", en A y M, núm. 3.
PACHECO, José Emilio, "Algo en la oscuridad", en *El viento distante*, ERA, México, 1963.
PÉREZ Arce, Raúl, "La venganza", en A y M, núm. 10; "Las cruces en la arena", en A y M, núm. 12; "Los ojos de Marcos Sánchez", en A y M, núm. 13.
PÉREZ Castillo, Habacuc, "Nunca pasa nada", en A y M, núm. 5; "Plata en el camino", A y M, núm. 11.
PÉREZ Chowell, José, *El guarura*, Universo, 1979; *El agente secreto*, Universo, 1980.
PONCE Rodríguez, Gelasio, *El crimen así fue* —Obra teatral—.
QUIROGA, Jorge Raúl, "Un accidente... oportuno", en S y M, núm. 1.
QUIROZ Mendoza, Raymundo, "¡Adiós, vida mía!", en S.P.M., núm. 56; "Motolinía habla de toros", ídem, núm. 74; "El amor es veneno", ídem, núm. 83; "¡Voto a bríos!", ídem, núm. 91; "Sin novedad en Berlín", ídem, núm.116; "Los insectos del profesor", ídem, núm. 135.
RAMÍREZ de Aguilar, Alberto, *Camino a la nada*, Libro Mex, México, 1958; Noche de sábado, Libro Mex, México, 1959.
RAMÍREZ Heredia, Rafael, *Trampa de metal*, Universo, 1979; Domés, 1984; *Muerte en la carretera*, Mortiz, México, 1985.
RAMOS, Luis Arturo, "Lo mejor de Acerina", en *El cuento policial mexicano* —Antología de V. F. Torres—, Diógenes, 1983.
REVUELTAS , José, "Sinfonía pastoral", en *Material de los sueños*, ERA, 1975; *La otra* —Guión cinematográfico—, Comisión Nacional de Cinematografía, México, 1949; *Los albañiles: un guión rechazado*, Premiá, México, 1984.
REYES, Alfonso, "Sobre la novela policial", en Los trabajos y los días —Artículo—, Ediciones Occidente, 1945.
REYES Nevares, Salvador, "El estilete prodigioso", en *Fronterá indecisa, Los Presentes*, 1955; "El vitral de la corneja", en *Anuario del Cuento*, INBA, México, 1959.
RODRÍGUEZ Arreola, Mario, "Un crimen espeluznante", en S y M, núm. 2.



SALAZAR Mallén, Rubén, "El caso del usurero", en S.P.M., núm. 21.
SOLANA, Rafael, *El crimen de tres bandas*, Colección "Lunes".
SOTO, Álvarez, Clemente, *Mi marido es un asesino* —Obra teatral.
TAIBO II, Paco Ignacio, *Días de combate*, Grijalbo, México, 1977; *Cosa fácil*, Grijalbo, 1978; *No habrá final feliz*, Lasser Press, 1981; *Algunas nubes*, Leega Literaria, 1985; *Sombras de la sombra*, Planeta, 1986.
TARIO, Francisco, "Ragú de ternera", en *Una violeta de más*, Mortiz, México, 1968.
TORRES, Vicente Francisco, *El cuento policial mexicano* —Antología—, Diógenes, 1983.
TRUEBA, Eugenio, "Un crimen sin causa", en A y M, núm. 8; "La ley es un balbuceo", en *Magazine "Ellery Queen", Novaro, México, 1957.*
USIGLI, Rodolfo, *Ensayo de un crimen*, América, 1944.
VALADÉS, Edmundo, "El cuchillo", en *Anuario del Cuento*, INBA, México, 1961.
VALDÉS, Carlos, "El unicornio", en A y M, núm. 8); "El héroe de la ciudad", en *Anuario del Cuento*, INBA, México, 1960.
VALDÉS Pérez, Humberto, "Era un día importante", en S y M, núm. 1; "Tenía que ser Hunt", en S y M, núm. 2; "Chucho el ladrón", en A y M, núm. 3.
VILLANUEVA, Margos de, *22 horas*, Colección "Ahuizote", Obregón, 1955; *La muerte nos visita* —Obra teatral—, Colección Teatro Mexicano de Álvaro Arráuz.
ZAMORA, José, *El collar de Jéssica Rockson*, Universo, 1980; *Desdémona en apuros*, Universo, 1980.
ZENER, Carlos, *El rescate*, Universidad Veracruzana, Veracruz, 1969.

ANTONIO HELÚ

# DEBUT PROFESIONAL

Si a Máximo Roldán le hubiesen jurado que al día siguiente habría de convertirse en un ladrón, de seguro que tomara tal cosa como injuria, sin más objeto que el de provocar riña con él. Y si la misma persona hubiese añadido que se convertiría en asesino, habría tomado algunas precauciones contra quien tal dijera que, de seguro, fuera un loco. Ni en sueños creyó jamás hacer lo que hizo. Y la cosa fue muy sencilla:

El administrador de las propiedades de doña Juana Fernández de Serrano, acababa de abrir la caja fuerte donde, convertidas en billetes de banco, se iban acumulando las rentas del mes, que giraba cada 30 días a las órdenes de doña Juana, en París a la sazón. Era lo que mes a mes hacía, en ese mismo sitio, en ese mismo día, a la misma hora casi, y siempre delante de Roldán, el administrador de las propiedades de doña Juana Fernández de Serrano. Sólo que, en esta vez, el espíritu travieso de Roldán se permitió una pequeña chanza. ¿No decía Proudhon que la propiedad constituía un robo? Y pronunció cuando el administrador sacó los billetes de banco y se dio a la tarea de hacer fajos con ellos:

—¡Caray, don Pancho, cómo roba usted!

Fue eso tan rápido y sencillo. . .

Como si le picaran, dio un brinco el administrador y se quedó parado frente a Máximo Roldán. Lo miró espantosamente, horriblemente, desesperadamente. Y sin previo aviso —¿para cuándo son las buenas formas, señor?— sacó del bolsillo un revólver, y dio con la culata un formidable golpe sobre la frente de Máximo Roldán, quien apenas tuvo tiempo de darse cuenta de algo. Vio al administrador venir hacia él; vio el movimiento rápido que hiciera para sacar el revólver, y le pareció, entonces, que

algo extraordinario acontecía. Fue todo, porque un instante después, sintió el golpe que lo hizo caer al suelo sin sentido.

Lo recobró uno o dos minutos más tarde. El cañón de un revólver enfocaba hacia él. Hizo un movimiento para adquirir comodidad. Y oyó que le decían:

—Ya te habías dado cuenta, ¿eh?

No comprendió. Volvieron a decirle:

—Bueno. No sé cómo habrá sido, pero lo cierto es que a mí no me conviene. A menos que quisieras ayudarme, y entonces, la ganancia sería para los dos. . .

Máximo Roldán hizo otro movimiento, sin contestar.

—La cosa no se nota —siguió el otro—. No hay quien sepa, excepto tú y yo, la cantidad que se recoge cada mes. Es mucho dinero. De eso, la tercera parte será para nosotros. . . Ya tenía pensado asociarte a mi negocio. . . Como la idea es mía, y yo me encargaré de casi todo, me tocará un poco más que a ti. . . Tú te encargarás de los libros. . . Entiendes de eso mejor que yo.

Máximo Roldán se incorporó ligeramente. Había comprendido lo que se le proponía, pero no trataba de discernir. Escuchaba automáticamente.

—Tú sabes. Sólo nosotros dos. . . En realidad, no necesito de tu ayuda. . . Yo solo puedo hacerlo todo. Pero, si tú te encargas de los libros, quedará mejor la cosa. . . Ahora, que si no quieres. . .

Máximo Roldán se estremeció. El administrador amenazaba.

—Tú dices. . . Estamos solos, y no vendrá ya nadie hasta mañana. . . ¿Recuerdas que en el patio, alguna vez hemos tirado al blanco?. . . Puedo vaciar los seis tiros que tiene la pistola sin que nadie se dé cuenta. . . ¿Eh, te fijas?. . . Es tan fácil. . . Y luego, con hacer un hoyo en el patio. . . Ya ves que bien resulta. Mañana, ni Máximo Roldán, ni el dinero de las rentas —ni un sólo centavo del dinero de las rentas, fíjate bien— aparecen por ninguna parte. . . Claro está que Máximo Roldán se robó el dinero, y se escapó. . . ¿Eh, qué te parece?

Ahora, sí; Máximo Roldán empezaba a discernir.

—Tal vez sea eso lo mejor —continuó el otro—. Con lo que poseo, más el dinero de este mes, tengo bastante. . . Y como el ladrón, vas a ser tú. . .



—Oiga, don Pancho. . .

—¿Qué?

—Yo le ayudo.

—Sí, ¿eh? Te parece bien. . . Pero, mira, pensándolo mejor, me parece a mí más bien lo otro.

Máximo Roldán sintió un ligero temblor por todo el cuerpo.

—Usted no hará eso, don Pancho.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque no le conviene. Tarde o temprano llegaría a saberse. Si deja usted la administración inmediatamente, y se va a disfrutar del dinero, entrarán en sospechas y lograrán averiguar la verdad. Y si, para disimular, sigue usted uno o dos meses aquí, encontrarán muy raro que Máximo Roldán no dé señales de vida por ninguna parte, y acabarán por averiguar también.

Máximo Roldán se puso en pie. Continuó:

—Mientras que si yo le ayudo. . . Fíjese usted, don Pancho. . . Si yo le ayudo, nunca se sabrá de lo que hasta ahora ha venido usted haciendo. Pongo al corriente todo: los cobros, los recibos, los libros, las cartas. . . Todo. . . Podremos apartar la mitad de las ganancias. Tres cuartas partes para usted y la otra para mí. . . En pocos meses será ustad tan rico como la patrona, don Pancho. . . Tan rico como ella.

Hubo una pausa. El administrador había dejado de apuntar con el revólver.

—Ahora —continuó Máximo Roldán—, hagamos una cosa. Firmaré un papel comprometiéndome a ayudarle en todo. . . ¿Le parece?. . . No, usted no; pierda cuidado, que usted no habrá de comprometerse a nada. . . Me basta su palabra.

—Bueno, vamos a ver. Yo tampoco quiero que me firmes nada.

—No, yo si lo firmo. Quiero que tenga usted completa confianza en mí.

—Ya la tengo, hombre, ya la tengo.

—Deme usted un papel, don Pancho.

—Bueno, en fin, si lo quieres. . . Pero conste que no hay necesidad.

Máximo Roldán se aproximó a la mesa, y se apoderó del revólver que acababa de soltar el administrador. Luego, apuntando:

—¿Y qué me dice usted ahora, don Pancho?. . . Levante usted las manos. . . Me va a hacer el favor de salir delante de mí, bajar las escaleras, y acercarse a un gendarme. . . Ande.

El administrador, con las manos en alto, a duras penas contenía la rabia que lo ahogaba. Máximo Roldán adquirió todo su aplomo.

—Pero ande, hombre. . . ¿Qué le pasa?. . . A ver, dígame usted otra vez eso de los seis tiros de la pistola. . . ¿Conque se puede vaciar sin que se oigan los disparos?. . . No me parece mal. Aunque, bien mirado, no me importaría que se oyeran. . . Es usted un ladrón, y ello bastará para exculparme. . . Porque, ¿sabe usted, don Pancho?, siento ganas de matarlo aquí mismo, por bandido.

—Pero. . . pero todos creerán que me habrás asesinado. . . para asaltarme.

—¿Asaltarlo a usted, a un ladrón como usted?. . . Bueno. Quizá tenga razón. Después de todo, es usted el administrador, y lo más natural sería que lo hubiesen asaltado. Y, claro, la culpa la. . . ¡No se mueva!. . . Levante usted bien los brazos, don Pancho. . . la culpa la tendría yo. . . ¡Pero siento unas ganas!. . . ¿Dice usted que no se oyen los disparos?. . . ¿Eh? ¿No se oyen?. . . ¡No se mueva!. . . Dígame usted cuánto dinero se ha robado hasta ahora. . . Poco más o menos, claro está. . . A ver. . . Recuerde. . . ¡Que no se mueva, desgraciado! ¡Si vuelve usted a moverse, dispa. . .!

Sonaron dos detonaciones seguidas.

El administrador, herido en pleno pecho, se desplomó de bruces. Tuvo una ligera convulsión y quedó inerte. Estaba muerto.

Máximo Roldán no halló, al pronto, qué hacer. No esperaba ese desenlace, por más que había bromeado en torno a él. ¿Y ahora?. . . ¿Llamaba a la policía? ¿O escapaba?. . . Escapar era denunciarse. Pero llamar ¿no era entregarse, encarcelarse, por más que fuera inocente? Después de todo. . .

Miró a la mesa. Quince o veinte fajos de billetes, de mil pesos cada uno, yacían ahí. . . Quince o veinte mil pesos. . . ¿Cuántos eran quince o veinte mil pesos?. . . Eran muchos. Quince o veinte mil pesos era toda esa "bola" de billetes de banco que veía sobre la mesa. . . Y con cada uno de esos billetes él era capaz



de hacer cada cosa. . . ¡Qué "bola" de cosas se podía hacer con ellos!

Acababa de matar a un individuo en legítima defensa. . . ¿En legítima defensa? Era lo mismo. . . Le había dado muerte por bandido. Sólo que, lo importante para él, en el momento, era no ir a la cárcel. Noticiando a la policía, iba de seguro. No habría hombre bien intencionado capaz de creerle que el administrador era un bandido, y que él le había dado muerte por eso. No daría aviso.

Huir. El cadáver podría permanecer allí toda la noche, sin que nadie se enterase. Hasta el día siguiente a las diez de la mañana, llegaría el primer empleado. En diligencias y necedades, transcurrirían dos horas más. En ese momento eran las cuatro de la tarde. Tenía pues, 18 o 20 horas disponibles para elaborar un plan y ponerse a salvo. Provisionalmente, desde luego, en tanto se aclaraba todo.

Miró a la mesa. . . ¡Caramba!. . . ¿Había ahí veinte mil pesos?. . . ¡Qué poco bulto hacen veinte mil pesos!. . . Casi, casi, podrían guardarse todos los billetes en una pequeña caja de cartón. . . En un veliz de mano, ni se diga. Habría espacio todavía para algunas cosas más. . . Para ropa blanca, por ejemplo.

Bueno. El caso era que habría de decidirse a tomar una determinación para ocultarse durante algunos días. Para ocultarse; pero ¿dónde?. . . El bandido ese lo hubiera muerto a él impunemente, y lo habría hecho pasar como ladrón, por añadidura. Y no se hubiera visto obligado a permanecer oculto. . . ¡Vaya un bandido!. . . ¿Y fue ése quien estuvo a punto de disfrutar de aquellos veinte mil pesos? ¡Si el mundo está hecho al revés, señor! Él, ¡vamos, hombre!, él merecía aquel dinero cien veces más. . .

Con veinte mil pesos. . . ¡Diablo!. . . Con veinte mil pesos podía ocultarse perfectamente. Podía. . . podía, por ejemplo, tomar esa misma noche el nocturno para Veracruz, y embarcarse al día siguiente para La Habana, o para Nueva York, o para Europa.

A Rusia, que lo buscaran en Rusia. . . Eso era, que lo buscaran en Rusia.

Máximo Roldán asesino. . . ¿Qué más daba ahora ser la-

drón?. . . ¡Un veliz, un pequeño veliz! ¿Dónde había un veliz?. . .

¡Vaya, estaba tonto!. . . ¿El dinero en un veliz, sólo para salir de aquel despacho? ¡En las bolsas, hombre, en las bolsas, no faltaba más!

Cogió febrilmente los fajos de billetes y los introdujo en los bolsillos del pantalón, en los del saco, en donde cabían.

Las cuatro y media. Iría a casa, a proveerse de lo más indispensable para emprender un viaje. Abrió el cajón de su escritorio y sacó una guía de ferrocarriles. El nocturno para Veracruz salía a las 19:30. Tenía tiempo. Lo importante en las horas que le quedaban de permanencia en la ciudad era conducirse naturalmente, como si nada hubiese acontecido. Ir a su casa primero. Luego, hacer lo de costumbre: ver a la novia a las siete. . . ¿Ver a la novia a las siete?. . . ¡Caramba! Eso. . . Echaría "un volado". . . Águila iba. Cayó sol. No iría. Esa misma noche no haría ella nada por averiguar la causa de su ausencia. Al día siguiente, cuando toda la ciudad se enterase de que era un ladrón y un asesino. . .

Bueno. ¿Había algo que hacer, aún, en el despacho?. . . Cubrió el cadáver con un abrigo que colgaba del perchero. Se aseguró de que su traje, su peinado, y su aspecto todo, estaban en orden. Cerró tras de sí la puerta del despacho dando dos vueltas a la llave que, una vez en el patio, arrojó a la azotea, y bajó las escaleras que conducían a la puerta de salida a la calle. Ya en ésta, tornó a cerrar con llave, como hacía ordinariamente, y emprendió el camino de su casa.

La cosa fue tan rápida y sencilla. . .

Máximo Roldán, quien el día anterior podía considerarse entre los hombres más honorables que existían en el mundo, acababa de convertirse en un ladrón y un asesino.

## II

Una ligera llovizna empezó a caer. El suelo se fue humedeciendo poco a poco, hasta quedar completamente cubierto de agua. Las



suelas de goma de su calzado, le dificultaban la marcha. Resbalaba. A duras penas si llegó a la esquina e hizo que parara un camión. Se aproximó, tanteando el suelo, materialmente, con los pies, y los brazos extendidos, pronto a asirse. Viendo su actitud, y la dificultad con que marchaba, el cobrador y un pasajero le tendieron las manos, ofreciéndole su apoyo.

—¿Se siente usted mal, señor?

Contestó extrañado:

—No. ¿Por qué?

—Está usted tan pálido, que creí. . .

¡Demonio! ¿Si le fueran a notar ahora en la cara lo que acababa de hacer? Inclinó la cabeza, tratando de ocultar el rostro. Luego, se llevó la mano al bolsillo del pantalón, para sacar el importe del pasaje, y su mano tropezó con los fajos de billetes. El portamonedas había quedado abajo. . . ¿Sacaba los billetes para alcanzar el monedero?. . . ¡Caramba! Era un contratiempo. Con algún tacto, podría sacar un billete solo, y pagar con él. . . ¿Pagar con un billete? ¿Y si éste resultaba de veinte, o de cincuenta, o de cien pesos?. . . El más ingenuo, si no llegaba a sospechar algo, creería, por lo menos, que estaba loco. Trató de hacer un esfuerzo por alcanzar el monedero. . . Pero el bolsillo, bien atestado de billetes, no dejaba ya cabida para nada. Al fin se decidió.

—Perdone. He olvidado el dinero en casa. Me bajo en esa esquina.

La expendedora de "jaletinas" lo vio bajar del camión. Lo vio adelantar un pie, retrocederlo, adelantar el otro, juntar los dos, y extender los brazos para guardar el equilibrio. Lo vio dedicado a un baile original. Tan ridículo, tan grotesco, que la expendedora de "jaletinas" inició una sonrisa. De pronto lo vio que patinaba sobre el suelo totalmente mojado. Y lo vio venir, patinando, derechamente hacia la mesa que contenía las "jaletinas".

—¡Eh! ¡Oiga! —gritó la expendedora.

No le hizo caso. Ahora, más rápidamente, se dejó venir el otro, con la cabeza gacha y dando traspiés, en dirección al "puesto".

—¡Siquiera déjeme quitar la mesa! —alcanzó a gritar aún la expendedora.

Pero su tentativa de retirar la mesa fue inútil. Con todo el peso de su cuerpo fue a dar el otro contra los vasos de "jaletinas" que saltaron como proyectiles para ir a estrellarse y a hacerse añicos contra el suelo.

Máximo Roldán se sintió ir de bruces contra la mesa, volcar su contenido, y caer él luego sobre algo gelatinoso. Y sintió en el acto dos garras que lo asían de los hombros y lo zarandeaban, al mismo tiempo que una voz le gritaba en los oídos:

—¡Ahora me paga usté las jaletinas!

Logró ponerse en pie y desasirse, y se volvió de frente hacia la voz.

—¡Me va usté a pagar las jaletinas, o llamo a un gendarme!

Los transeúntes se aglomeraban ya, detenidos por la curiosidad. Una mujer —probablemente la expendedora de todo aquello que yacía en el suelo—, se había puesto en jarras y lo miraba retadoramente.

—Conque, me paga usted, o lo mando a la comisaría.

Máximo Roldán sintió un escalofrío.

—Cálmese, señora.

Y quien debería tener calma era él. . . Se llevó la mano a un bolsillo. Habría que sacar un billete y pagar, antes de que las proporciones del escándalo aumentaran. Y, por si el billete resultaba de cincuenta o de cien pesos, habría que advertir a la mujer de que no llevaba más dinero. Logró coger uno y sacarlo poco a poco.

Extendió el brazo y alargó el billete, sin mirarlo.

—Es todo lo que tengo. Va usted a hacerme el favor de cobrar y darme el vuelto.

Cogió la otra el billete que le tendía Máximo Roldán, y lo examinó un segundo.

—Faltan cinco, señor.

—¿Eh?

—Que me da usté un billete de cinco, y son diez pesos.



¿Y ahora?. . . ¡Qué atolladero, señor!. . . Le quedaba el recurso de regatear:

—¿Cómo diez? No llega a cinco pesos. Se puede usted quedar con el billete.

Necesitaba de toda su entereza para no exaltarse. A las claras se veía el propósito de aquella mujer de aprovechar la situación para obtener más dinero. Dio media vuelta y se dispuso a marchar. Pero la mujer se puso enfrente, atajándole el paso.

—Oiga, señor, son diez pesos.

—Pero eso que le di es todo lo que tengo.

—Pues faltan cinco.

Máximo Roldán no pudo más. Su indignación, largamente contenida por una elemental prudencia, estalló al fin:

—¡Es usted una vieja sinvergüenza!

—¡Lo será usté, ladrón!

La expendedora de "jaletinas" soltó la palabra *ladrón* con la mayor naturalidad del mundo, sin cambiar de entonación, sin darle mayor énfasis, sin intentar decir otra cosa que *ladrón*. Pero se percató de que, al oírla, el otro se había demudado. Lo vio estremecerse y empalidecer. Y oyó su voz, temblante de ira:

—¡Cállese, desgraciada!

La expendedora de "jaletinas" se regocijó. Había dado con el lado flaco del individuo aquel. Esto le "arde", se dijo. Y, ahora sí, llenándose la boca, pronunció con todas sus ganas:

—¡Ladrón!

Y se arrepintió en el acto. Porque algo horrible, espantoso, se dejó ir sobre ella. Algo que la golpeó brutalmente en pleno rostro, que la cogió del cuello, y que empezó a gritar diciendo al mismo tiempo:

—¡Cállese, cállese, cállese!

Hasta que sintió que la soltaban bruscamente, dejándola en plena libertad de movimientos.

Y vio al otro, sujeto por dos agentes de policía.

Cuando Máximo Roldán se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era perderse, fue demasiado tarde. Dos policías lo habían cogido, uno de cada brazo, impidiéndole cualquier tentati-

va de fuga. Se le presentó, con toda claridad, su situación comprometida. Los golpes a la mujer lo conducían a la cárcel. Y los veinte mil pesos en billetes de banco que llevaba en los bolsillos, no podían ser más acusadores. ¿Veinte mil pesos se llevan así, en los bolsillos del traje? ¿Y a dónde? ¿Y por qué? ¿Y para qué?. . . ¿Y era ése, además, quien se había negado a pagar diez pesos?

—Máximo Roldán sintió deseos de reír. La policía, que ignoraba aún que en tal calle, un momento antes, se había cometido un crimen, acababa de apresar al asesino. . . ¿Al asesino?. . . Al asesino no lo hubieran aprehendido nunca. Acababa de aprehender a un individuo que había destruido un "puesto de jaletinas", y golpeado a la propietaria. . . Pero, ¡psh!, era lo mismo.

¿El tren nocturno para Veracruz?. . . ¿La Habana?. . . ¿Nueva York, Europa, Rusia?. . . ¡La cárcel, no había más que la cárcel!. . . A menos que. . . a menos que en el camino se le ocurriese algo. . . Pagar a la mujer y sobornar a los agentes. . . O deshacerse, en cualquier forma, del dinero que llevaba en los bolsillos. . .

Bueno. De aquí a la cárcel había algún trecho.

Máximo Roldán empezaba, en ese momento, su vida de ladrón profesional.

## III

No iba sujeto Máximo Roldán por los dos agentes. Bastaba con que fuera entre los dos, para que no tuviera medio alguno de escapar. De escapar corriendo, por supuesto. Que otro medio, poniendo en juego su ingenio, sí podría facilitarle su libertad, así se viera él rodeado de toda una legión de policías.

Algo atrajo, de pronto, su interés. Algo que se desarrollaba en la banqueta frontera. Y al cabo de dos o tres minutos de observación, empezó a decir, en alta voz:

—Uno, dos, tres, un paso a la izquierda; uno, dos, un paso a la derecha; uno, dos, tres, un paso a la izquieda; uno, dos, un paso a la derecha.



Los agentes abrieron la boca y se lo quedaron viendo. Uno de ellos se llevó la mano al sitio donde guardaba la pistola. El otro, se conformó con sujetarlo fuertemente por uno de los brazos. Máximo Roldán continuó:

—Uno, dos, tres, un paso a la izquierda; uno, dos, un paso a la derecha. . .

Uno de los agentes no pudo más

—¡Oiga, amigo! ¿Qué es lo que usted quiere?

—Uno, dos, tres, un paso a la izquierda. . .

—Bueno, vamos a ver: díganos usté de qué se trata —dijo el otro agente, que no había conseguido cerrar la boca.

—Uno, dos, un paso a la derecha. . .

Máximo Roldán seguía hablando en esa forma, sin apartar la vista ni un solo instante de la acera que tenía a la derecha. Los dos agentes renunciaron a seguir interrogándolo. E, instintivamente, con la mirada siguieron la de Máximo Roldán. Y entonces presenciaron un espectáculo extraordinario que bastó para aclararles todo:

Por la acera de enfrente a algunos pasos de ventaja, caminaba un individuo en la forma extravagante ya descrita por Máximo Roldán. Los dos agentes pudieron percatarse de que avanzaba tres pasos hacia adelante, daba un paso, luego, hacia la izquierda, otros dos hacia adelante y uno a la derecha, para volver a avanzar tres pasos, a dar otro a la izquiera, dos más hacia adelante y el otro a la derecha, y continuar su marcha en esa forma, repitiendo los pasos hacia adelante y a los lados, en la misma cantidad siempre, sin perder la cuenta.

Los dos agentes se contemplaron, y contemplaron a Máximo Roldán. Luego, tornaron a observar al individuo aquel. Un paso a la derecha, tres hacia adelante, y. . .

Y, de pronto, volvió la cara, y se dio cuenta de que era observado por los agentes y por Máximo Roldán. Sonrió. Hizo un ligero movimiento de aprobación con la cabeza, y volvió a sonreír. Pero esta última sonrisa se trocó repentinamente en una mirada de terror. Una mirada que no se dirigía precisamente a ellos, sino a algo que se encontraba a alguna distancia por detrás de ellos. Y pudieron comprobar, entonces, que la extravagante manera de caminar de aquel individuo, sufría una ligera

modificación: tres pasos hacia adelante, uno a la derecha, tres hacia adelante. . .

Los dos agentes se contemplaban atónitos. No se preocupaban ya del prisionero. De haberlo querido, Máximo Roldán hubiera escapado en ese instante mismo. Pero las evoluciones de aquel individuo le habían interesado más que su propia libertad.

Los pasos a la derecha e izquierda continuaban, pero alteraba la regularidad de antes. Ya no eran alternativamente dos y tres pasos hacia el frente: eran ahora de tres en tres, con intermedios de pasos laterales.

—¿Alguno de ustedes quiere volver la cabeza hacia atrás para ver lo que sucede? —dijo entonces Máximo Roldán.

Uno de los policías obedeció. Dirigió una mirada escudriñadora y penetrante a todo el espacio que abarcaba su vista, y tornó a enderezar la cabeza.

—¿Vio usted algo? —interrogó Máximo Roldán.

—No, señor.

—¿No vio usted nada?

—¡No vi nada!

—Pero ¡hombre!, fíjese usted bien: ¿no viene nadie detrás de nosotros?

—¿Detrás de nosotros?. . . ¡Caramba!. . . Espere usted. . . Viene un señor cerca de la esquina.

—¿Nada más?

—Y un poco más adelante está un señor parado, frente a un aparador.

—¿Lejos de nosotros?

—A unos diez metros de distancia.

—Muy bien. Muchas gracias, técnico.

Lo que no dilucidaba el técnico, era si Máximo Roldán estaba hablando en serio, o mofándose de él. No obstante, cuando un poco después tornó a suplicarle que volviera la cabeza, el técnico obedeció.

—¿Qué ve usted?

—Nada.

—¿Otra vez? Bueno. Vamos a ver. ¿A quién ve usted?

—Al mismo individuo del aparador.



—Muy bien. Pero no me vaya a decir que todavía se encuentra parado frente a un aparador.

—Sí, señor. Todavía, no; pero sí está parado frente a un aparador.

—¿Eh? ¿Cómo?. . . A ver ¿Todavía no qué?

—Digo, que no es que todavía esté parado frente al mismo aparador. Está parado frente a un aparador.

—¿Frente a otro aparador?

—Eso es; frente a otro aparador.

—¿Lejos de nosotros?

—Es decir, a la misma distancia que hace un momento.

—Sí, señor.

—Muy bien. Muchas gracias, técnico.

Esta vez, el policía sí se escamó un poco. Miró resueltamente a Máximo Roldán, con deseos de soltarle una picardía. Pero la cavilosa seriedad de éste lo atajó. Un segundo después, se dejó oír la voz de Máximo Roldán:

—Bueno, verán ustedes: allí enfrente, por la acera de la derecha, va un individuo entregado a la más extraña forma de caminar que pueda concebirse. No está borracho. Un borracho caminaría "haciendo eses". Por lo menos, iría tambaleándose. Y ese señor, no: avanza tres pasos en línea perfectamente recta, da un paso hacia la derecha, y avanza otros dos hacia adelante, rectamente. *Cuando va del lado derecho, avanza tres pasos; cuando se coloca en el lado izquierdo avanza dos*. Si no está borracho, debe ser monomaníaco. Debe estar loco. Pero un loco, por muy inofensivo que sea, no suele escapar de un manicomio con pistola, ni sus familiares lo dejarían salir tranquilamente a la calle, portando un arma. Y ese señor que va ahí, lleva pistola, como pueden ustedes comprobar viendo la punta del cañón que asoma por debajo del saco. ¿Se dan ustedes cuenta?

—Sí, señor.

—No se trata, pues, de un borracho, ni de un loco. Y un hombre cuerdo, sólo se conduce en esa forma cuando quiere atraer la atención de alguien. Ha mirado fríamente a todos los que van por esta calle. Los ha mirado sin darles importancia. Pero apenas fija su vista en nosotros —en ustedes— sonríe, parece adquirir tranquilidad, y da mayor impulso a sus movimientos extrava-

gantes y. . . y sospechosos. Y un hombre cuerdo sabe que, en estos casos, el deber de ustedes, los policías, consiste en vigilar a toda persona cuya actitud parezca sospechosa. De donde resulta que ese señor que va del otro lado, tiene interés en que la policía lo siga.

—¿Y para qué hemos de seguirlo?

—Eso es lo que tendremos que averiguar. Por lo pronto, ¿quiere usted hacerme el favor de ver si a diez metros de distancia, detrás de nosotros, se encuentra un hombre parado frente a un aparador?. . . ¿Sí?. . . Muy bien. Muchas gracias, técnico. . . Pero, diga usted: ¿es el mismo que vio antes?

—El mismo, sí señor. . . Pero frente a otro aparador.

Sin dejar de caminar entre los dos agentes, Máximo Roldán prosiguió:

—Tengo el presentimiento de que serán ustedes ascendidos y condecorados. Vamos a ver: aquel señor que se mueve en forma extraña, ha conseguido su propósito, que era el de llamar la atención de la policía para que lo siga. Y, con ese fin, ha estado en un continuo movimiento que se ha traducido en pasos laterales, y pasos hacia adelante. Avanzando siempre, ha logrado atraer la curiosidad de ustedes con los pasos laterales. Y si éstos tuvieron su objeto, los pasos hacia adelante deben tener, también, el suyo. He aquí la primera incógnita.

Máximo Roldán no perdía de vista, mientras hablaba, al misterioso personaje que provocara todo aquello. Los dos agentes se hallaban desconcertados. Atendían con el mismo ardor a las palabras de su prisionero y a los movimientos del otro.

—Ésa es la primera incógnita. Para resolverla tendremos que echar mano de todos los elementos conocidos. ¿Estudian ustedes matemáticas antes de graduarse como técnicos?

—Un poco.

—Pues deberían enseñarles mucho. Porque ésta es cuestión de matemáticas. Bueno. Cuando ese señor vuelve la cara y nos ve, sonríe, se tranquiliza, y camina ya con mayor seguridad; pero, de pronto, se le ocurre mirar un poco más atrás de donde nosotros venimos, a unos diez metros detrás, y distingue algo que lo hace perder la tranquilidad y la sonrisa. Es algo de tal interés, y tan íntimamente ligado con su actitud, que aun sus



movimientos, regularmente repetidos hasta entonces, sufren una modificación: *antes avanzaba tres pasos cuando iba del lado derecho, y dos pasos cuando se colocaba en el izquierdo*; y a partir del instante en que vió lo que había detrás, avanza tres pasos cuando va del lado derecho, *y otros tres pasos* cuando se coloca en el izquierdo. *Lo que está detrás de nosotros lo ha hecho aumentar un paso.* ¿Qué es, pues, lo que está detrás de nosotros? DETRÁS DE NOSOTROS, A UNOS DIEZ METROS DE DISTANCIA, ESTÁ UN INDIVIDUO PARADO FRENTE A UN APARADOR. ¿Van ustedes entendiendo?

—Sí, señor.

—Tenemos, pues, que si un paso equivale a un individuo —de acuerdo con el procedimiento que emplea ese señor—, los otros dos pasos equivaldrán a otros dos individuos que van caminando por esta misma acera. Y, sustituyendo más aun, los tres pasos que avanza cuando se coloca del lado derecho, equivalen a tres individuos más que caminan por la acera de la derecha. Luego ese señor que tan inteligentemente nos ha hecho comprender lo que hace y lo que quiere, va en persecución de cinco individuos, o sea dos por la acera por donde vamos caminando, y tres del lado derecho, que es por donde él va. De allí que se viera obligado a llamar la atención de quienes pueden prestarle ayuda, sin dejar de caminar un solo instante para no correr el riesgo de perder de vista a sus perseguidores. Y la mejor forma que halló, fue la de caminar extravagantemente.

—Y ésa es la incógnita resuelta.

—¡Muy bien! Allí queda la incógnita resuelta. Pero, sucede que, nosotros, a nuestra vez, estamos siendo vigilados por un sexto individuo, que se ha percatado de nuestra persecución, y que trata de disimular cada vez que uno de ustedes mira hacia atrás. Y a ese sexto individuo, según la discreta advertencia de nuestro buen informador, debe incluírsele entre los perseguidos, y no considerársele como a un perseguidor. ¿Comprendido?

—Sí, señor. Verá usted: ese caballero que camina por la acera de la derecha, va en persecución de una cuadrilla de bandidos. . .

—¡Hombre! Tanto como bandidos. . .

—Bueno, en persecución de cinco o seis individuos. Pero, como éstos son muchos para uno solo, el que los persigue trata de obtener auxilio, y para eso se le ocurre caminar en una forma

extraña que acaba por llamarnos la atención. Y como ese señor es muy inteligente, al mismo tiempo que consigue esto, nos va indicando, por medio de los pasos, a cuántos persigue por el lado derecho y a cuántos por el lado izquierdo.

—Es usted muy inteligente, técnico.

—Muchas gracias, señor. Entonces nosotros, echamos mano de las matemáticas y averiguamos que: del lado derecho —por donde él va—, caminan tres de los perseguidos; y que del lado izquierdo —por donde vamos nosotros—, caminan otros tres: dos adelante y uno atrás. ¿No?

—Sí.

—Y una vez averiguado esto, no nos queda más que acercarnos al caballero, y preguntarle en qué podemos servirlo.

—Y se habrán ganado ustedes el ascenso.

—¿Eh?

—Y se habrán ganado el ascenso, porque ¿quién les dice a ustedes que ese señor no es agente de las Comisiones de Seguridad?

Ninguno de los dos policías había calculado esto, seguramente. Porque sólo entonces fue cuando mostraron vehementes deseos de ponerse a las órdenes del hombre de la otra acera.

—Todavía hay más —continuó Máximo Roldán—. Se han ganado ustedes el ascenso, pero aún les queda por obtener la condecoración.

Los policías contuvieron su anhelo de atravesar la calle. Lo que dijera Máximo Roldán, era ya, para ellos, artículo de fe. Y si Máximo Roldán no consideraba preciso que desde luego se pusieran a las órdenes del otro, era que sobraba tiempo, todavía, para hacerlo. Se contuvieron, pues, y siguieron marchando al lado de Máximo Roldán. Éste prosiguió:

—Conocemos a uno de los seis individuos en cuestión. Pero, ¿y los otros cinco? ¿Dónde están, y quiénes son? Vamos a tratar de averiguarlo.

Máximo Roldán escudriñó ambas aceras a todo lo largo de la calle. Los agentes tuvieron la impresión de que no hacía sino comprobar alguna cosa ya observada de antemano. Y siguieron con los oídos, con los ojo, y con la mente, los razonamientos de Máximo Roldán:

—Por esta acera marchan seis parejas; por la de enfrente otras



tantas, un gran número de individuos solos, además, y un solo grupo compuesto de tres hombres. Ése debe ser el nuestro, puesto que no hay otro. Ahora, será preciso comprobarlo: si se fijan ustedes un poquito, notarán que, de vez en cuando, se paran, cuchichean, examinan las puertas, las ventanas, las azoteas mismas y vuelven la vista hacia esta acera, para ponerse en comunicación con alguien, a quien hacen una ligera señal con la cabeza. Este alguien, para ir de acuerdo con nuestra hipótesis, debe ser una de las parejas que marchan por el lado nuestro. ¿Cuál?

Siguiendo la dirección de esa mirada, veremos que ésta abarca a las parejas "tres" y "cuatro", contando desde aquí, las cuales casi marchan juntas. Examinemos, pues, a estas dos parejas. La pareja "cuatro" camina indiferente a todo, conversando, y solamente preocupada de no ir a chocar contra las personas que vienen en sentido contrario. La pareja "tres", en cambio, se conduce en forma más significativa; examina las puertas, las ventanas, las azoteas y corresponde a las comunicaciones que envían los otros tres con la cabeza.

Los agentes habían ido comprobando, con sus observaciones, todo cuando estaba diciendo Máximo Roldán. La actitud de los personajes citados por éste, si no era precisamente sospechosa, sí difería de la de todos los demás caminantes: era la actitud de quienes "andan en busca de una casa por arrendar". El símil, hecho por uno de los dos agentes, le pareció perfecto a Máximo Roldán.

—Ahora sí —continuó diciendo—: pueden ustedes ir a ponerse al servicio de ese señor. Ya saben ustedes quiénes son los perseguidos. Y pueden decirle qué clase de individuos son.

—Pero si no los conocemos. . .

—Nada les cuesta, sin embargo, asegurarle que son conspiradores, o anarquistas. Vamos a ver: una banda de ladrones, prepara sus golpes con extrema precaución. Está siempre vigilante, a la expectativa, cuidándose las espaldas, y pendiente de que no los siga nadie. Cada uno de sus miembros es la desconfianza en persona; procura ocultar el más pequeño de sus gestos, el movimiento más ligero, el detalle más insignificante. Una banda de ladrones, además, cuando ya está en marcha para actuar, ha determinado el sitio donde debe hacerlo. Estos cinco indivi-

duos no: están buscando el sitio; marchan descuidados de sí mismos; no han vuelto la cara una sola vez para ver si alguien los persigue; es tan íntima la labor que van a desempeñar, tan fuera de lo común, tan decisiva, que no pueden concebir que exista alguien que conozca sus propósitos. Están obrando como gente que no espera ninguna contingencia ajena a su propia actuación. Y, sin embargo, existe alguien, ese señor que va enfrente, que ya sabe quiénes son, y cuáles son sus propósitos. Y otros, nosotros, que creemos haberlo adivinado, y que nos aprestamos a darle auxilio a ese señor.

Si los agentes entendieron o no lo que dijera Máximo Roldán, fue cosa que nunca confesaron. Pero su atención a lo que oían no decayó ni un momento.

—Supongamos ahora —siguió Máximo Roldán— que hemos descartado la posibilidad de que se trata de una banda de ladrones. Y consideremos que se trata de un grupo de conspiradores o de anarquistas. Lo primero que se nos ocurriría, entonces, sería preguntarnos qué interés puede tener para ellos esta calle. ¿Buscar un refugio donde conspirar? ¿O bien cometer un atentado? Y esta última probabilidad nos recuerda que el día de mañana atravesarán por aquí, camino de Bellas Artes, los dos presidentes de la República, el nuevo y el saliente, para efectuar el acto oficial de la entrega del poder. ¿Se han fijado ustedes? POR AQUÍ TRANSITARÁN MAÑANA MANUEL ÁVILA CAMACHO Y MIGUEL ALEMÁN. Ustedes y yo, nos preocuparíamos por encontrar una casa deshabitada para presenciar desde ella el paso de los presidentes. Pero cinco individuos vigilados por la policía, es indudable que se interesen por esa casa para un propósito menos sano que el nuestro. Y la hipótesis de que se trata de un grupo de conspiradores, que anda en busca de un lugar propicio para atentar contra la vida de uno de los presidentes, o de los dos, con alguna probabilidad de éxito, no es descabellada. Por lo menos, resulta más plausible que la de una banda de ladrones.

—Entonces. . .

—Entonces, el deber de ustedes —interrumpió Máximo Roldán— consiste en alcanzar a ese señor, y ayudarle a salvar la vida del Presidente de la República, aprehendiendo a esos cinco. Y se habrán ganado ustedes una condecoración. Yo me



encargo del individuo que nos sigue. ¿Les parece? Me doy media vuelta, y lo obligo a levantar las manos; lo conduzco hasta la esquina, lo dejo al cuidado del agente ya arreglado. A ustedes les queda la parte más difícil. Buena suerte.

Los policías, sin saber si despedirse o no, bajaron la banqueta, y se encaminaron hacia el hombre que iba por la otra acera. Uno de ellos regresó, de pronto, y dijo a Máximo Roldán:

—¿Tiene usted empleo?

—¿Eh?. . . ¡Hombre!. . . ¿Empleo? En este momento, precisamente, no.

—Pues usted dice si quiere que le consigamos una "chamba" como técnico.

Máximo Roldán se echó a reír. Luego, estrechó la mano del agente.

—Muy agradecido —dijo—. Pero pienso dedicarme a otra cosa.

—¡Es lástima!. . . Bueno, de todos modos. . . si algún día. Bueno. . . Gracias por todo y hasta luego.

Máximo Roldán lo contempló un instante. Lo vio agregarse a su compañero, y ya los dos, abordar al de la otra acera. Dio media vuelta y empezó a buscar. No había nadie que se acercara solo. Nadie parado frente a algún aparador. Cuatro o cinco parejas de hombre y mujer. Un grupo de individuos en animada conversación. Y nada más. Por el otro lado nadie, tampoco, que marchara solo. El hombre que los venía siguiendo había desaparecido.

—Bueno —murmuró Máximo Roldán—. A lo mejor resultan, en realidad, conspiradores.

Se encogió de hombros.

—Ya lo dirán, mañana, los periódicos.

Se tocó los bolsillos del pantalón, del saco, del chaleco.

—Veinte mil pesos. Llevo veinte mil pesos en la bolsa y mi libertad.

Y echó a andar filosóficamente.

RAFAEL BERNAL

Ven, oh muerte, oh muerte tan mía. . . —clamó el poeta, pasando a la quinta hoja de su composición.

Y la muerte, quizá por única vez en la historia del hombre acudió al llamado tan insistente del bardo laureado, y vino; y el bardo cayó frente al micrófono cuan largo era con la muerte que le había entrado por un agujero pequeño en la espalda.

Las luces se habían encendido de golpe, todas las luces del foro y los grandes reflectores de atrás. La reina gritó, las princesas gritaron. La explosión del arma homicida casi no se había oído. Tal vez esos ruidos y esas luces despertaron a don Teódulo Batanes que poéticamente dormía en su butaca. Al despertar vio al poeta, de riguroso frac, tendido a los pies del micrófono; a la reina, en su trono, cubriéndose la cara con las manos; a las princesas, en sus tronos menores, haciendo lo mismo, tratando de ocultar de la vista de sus bellos y cantados ojos la presencia de la muerte en el foro. Varios de los poetas y oradores presentes se acercaron al cadáver. Entonces fue cuando don Teódulo, poniéndose de pie, subió al escenario.

Así acabaron los Cuartos Juegos Florales de la Universidad de aquel Estado, con la muerte del poeta laureado que recitaba en esos momentos su canto intitulado: "Invitación a la Muerte", en doce cuartillas a renglón cerrado y verso libre. Y terminaban en el momento en que el vate laureado iba a llegar al primer gran clímax, en el cual contaba a su auditorio, por lo menos a la parte del auditorio que aún se conservaba despierta, como él había llamado a la muerte, a su muerte, y la había convidado a tomar café. Pero el auditorio no se enteró si llegaron a tomar ese café, ni siquiera supieron si la muerte había aceptado, pues

la muerte, quitándose de ficciones poéticas, llegó en persona y se lo llevó.

Cuando don Teódulo apareció en el escenario, el doctor Roelas se incorporaba y se limpiaba los pantalones del "smocking".

—Está muerto —dijo—. La bala le entró por la espalda y le ha de haber partido el corazón.

—¡Que no salga nadie del teatro! —gritó alguno.

Entonces la reina aprovechó la oportunidad para desmayarse y rodar estrado abajo, haciendo un batidillo de la cola, el cuello médicis y las amplias faldas. Las princesas, que en todo querían ser breves reinas, hicieron otro tanto aunque, por falta de cola y de estrado, sus desmayos fueron mucho menos emocionantes. Los chambelanes empezaron a recoger a su desmayada corte, los policías se situaron en las puertas de entrada y salida, las damas que estaban entre el público gritaron, algunos caballeros, de los que se creían con cierta autoridad, subieron al foro. Don Teódulo, mientras tanto, en medio de ese ir y venir, se chupaba un dedo en actitud meditabunda y recorría todo el foro con la vista. Por fin se restableció en algo el orden. La reina y princesas fueron llevadas a los camerinos, el cadáver fue cubierto con un costal y se permitió al público que pasara a los pasillos del teatro. Tan sólo los que habían estado en el foro o atrás de las bambalinas, tuvieron que quedarse allí. En la mesa de los premios, donde se habían instalado los pro-hombres del jurado, se instaló ahora el jefe de la policía y un diputado que era el mantenedor de los juegos. Don Teódulo, enemigo de estar de pie por aquello de los callos, se sentó también frente a la mesa sin hacer caso de las miradas coléricas del diputado. El jefe de la policía de aquel estado, el coronel Santos, era amigo suyo y lo saludó con una sonrisa.

—El tiro vino de atrás —dijo el coronel Santos—. El poeta estaba parado frente al público.

—Indudablemente —dijo el diputado.

El foro estaba cerrado, en la parte de atrás, por una inmensa cortina de terciopelo rojo, muy corriente, que servía como dosel al trono de la reina. Frente a la cortina, a cada lado del trono había una banqueta levantada dos escalones del piso, en la cual estaban las sillas de las princesas, ahora ocupadas por los empleados del teatro, electricistas, tramoyistas, etc. El micrófono estaba



a la izquierda y la mesa de los premios a la derecha, cerca de las candilejas. La inmensa cortina, en forma circular, era de una sola pieza. El coronel ordenó que se buscara si se había disparado a través de ella.

—No lo creo —dijo don Teódulo—. Hubiera sido demasiado riesgoso. Sin apuntar, el asesino o victimario pudo herir o matar a cualquiera de la concurrencia o público.

—Nada se pierde con buscar— dijo el diputado que veía con malos ojos la intromisión de don Teódulo. Frente a sí tenía las hojas en las que llevaba escrito su discurso. Al ver el tamaño, don Teódulo casi dió gracias a Dios del accidente que había impedido la lectura de tan largo discurso, pero luego se arrepintió de sus poco cristianos pensamientos y rezó un requiem por el alma del poeta muerto.

Varios gendarmes esculcaron las cortinas detenidamente y no encontraron agujero alguno.

—Hay que ver si el tiro vino de abajo o de arriba —opinó el doctor—. Viendo la trayectoria de la bala dentro del cuerpo. . .

—Se movía tanto al recitar —interrumpió el coronel— que es difícil averiguarlo. Yo no recuerdo si estaba agachado o erecto.

—Agachado —dijo uno.

—Erecto —dijo otro.

—Estaba echado hacia atrás —dijo un tercero—. Tenía la mano levantada y la cintura doblada hacia atrás.

—Ya ve usted —dijo el coronel. —No podemos conocer la trayectoria de la bala, porque nadie recuerda la postura que tenía cuando recibió el impacto.

—Entonces debe de haber sido alguno que estaba de este lado de las cortinas y atrás de él —dijo el diputado.

—Tan sólo estaban la reina y las princesas, sus chambelanes y usted, señor diputado —dijo el coronel.

—Fuera bueno esculcarlos o registrarlos a todos para ver quien trae un arma o pistola —opinó don Teódulo.

Inmediatamente se adelantaron los chambelanes y ninguno de ellos llevaba pistola. El diputado, algo ruborizado, sacó una cuarenta y cinco que traía oculta en las faldas del frac, pero que, como pudo comprobar el coronel, no había disparado. La recá-

mara y el cargador estaban llenos y no olía a pólvora. Varios de los empleados del teatro, unos ocho, se adelantaron, arreados por tres gendarmes, y pusieron sobre la mesa sus pistolas, aclarando uno de ellos que, como se iban tarde a sus casas, usaban pistola para protegerse de noche.

En total eran nueve pistolas, con la del diputado, de diferentes calibres y formas, pero ninguna de ellas había sido disparada.

—Hay que buscar el casquillo y ver si hay más armas escondidas —dijo el coronel.

Varios policías se pusieron a buscar cuidadosamente, mientras el coronel procedía a interrogar a todos los presentes y el doctor hacía que llevaran el cadáver a uno de los camerinos para sacarle la bala y ver su calibre. Otros policías esculcaron todo el teatro, pero no hallaron una sola pistola más. La misma suerte tuvieron los que buscaban el casquillo.

Cuando regresó el doctor, traía en la mano un objeto pequeño, una especie de bola de plomo, y venía asombrado.

—No es de ningún calibre —dijo, poniendo la bola de plomo en la mesa—. Es una bola de plomo como las de las escopetas antiguas.

—¿Hay armas antiguas en el teatro? —preguntó el coronel.

—No —respondió el gerente que acababa de aparecer en el foro, después de calmar al público. Era éste un muchacho de unos treinta años, sobrino del diputado, el cual le había conseguido ese puesto, que era totalmente incapaz de desempeñar, según pudo observar don Teódulo. Todo el foro estaba hecho un asco, montones de basura, muebles y telones rotos, cuerdas cortadas que colgaban de todos lados. Por el piso, constantemente, tropezaba uno con cables eléctricos que iban fuera de los tubos que para el efecto estaban tendidos y los tubos, cortados como fuera, asomaban sus bocas por todos lados. Pero era el teatro del Estado y el puesto de gerente se daba por influencias.

—¿Usted hizo el programa de la función? —volvió a preguntar el coronel.

—Sí —repuso el gerente—, yo lo hice.

—Para eso está de gerente en este teatro —intervino el diputado—. El programa lo redactamos entre él y yo, poniendo mi discurso hasta el final.



—¿Por qué hasta el final? —preguntó don Teódulo.

—Pues. . . —repuso el diputado enrojeciéndose—. Pues. . . ¡por lo que a usted no le importa!

Don Teódulo siempre había sido un hombre sensible; cuando la dueña de la casa de huéspedes en la cual se alojaba lo regañaba, se sentía molesto aunque para sí mismo pensaba que no debía importarle nada y que bien pudiera replicar; pero no replicaba y se sentía molesto. Ahora se sintió así, pero se armó de valor, pensando que era mucho más fácil pelear con un diputado que con la casera.

—Tan sólo preguntaba la razón o motivo que tuvo para poner su discurso hasta el final del programa, cuando es costumbre que los mantenedores hablen antes de la recitación de las obras premiadas.

—Lo puse allí porque se me dio la gana.

—Quería mi tío hacer resaltar la importancia de su pieza oratoria —dijo el sobrino gerente muy turbado—. Me había ordenado que se encendieran todos los reflectores del foro en el momento que empezara a hablar.

—¡Ajá! —exclamó don Teódulo, satisfecho de haber llegado a la verdad.

Después de esto, pareció perder todo interés en seguir molestando al diputado y en los interrogatorios que iniciaba el jefe de la policía. En lugar de escucharlos, se levantó y recorrió lentamente el foro del teatro y la parte de atrás de las bambalinas. Luego tocó en la puerta de uno de los camerinos y fue invitado a pasar por la reina que, ya sin la majestad de su cuello médicis con cuatro perlas en las puntas y de su gran cola de terciopelo rojo con piel de conejo blanco, parecía muy cualquier cosa.

—¿Conocía usted al poeta? —preguntó don Teódulo después de las acostumbradas frases de condolencia y asombro ante el crimen.

—¿Quien no iba a conocerlo? —repuso la reina, secándose los ojos y las mejillas, surcadas por lágrimas y rímel—. Era el poeta oficial de la Universidad y no ha habido fiesta o tertulia en la que no recite alguna de sus composiciones. ¡Recitaba tan bonito!

—Efectivamente. Todos me aseguran que era un buen hombre.

—Era un santo —repuso la reina—, todos lo adoraban en la Universidad y fuera de ella. No me explico quien pudo tener ganas de matarlo.

—Tal vez alguien de buen gusto que no quería seguir escuchando las doce cuartillas de versos.

—¿Cómo? —preguntó la reina azorada.

Don Teódulo se dio cuenta de que había metido toda la pata y cambió rápidamente de conversación.

—¿Usted estaba tras de él? —preguntó.

—Sí —repuso la reina—, no podía verle la cara, pero no le perdía una sola palabra: "Ven, oh muerte, oh muerte tan mía".

—Y entonces ¿oyó o percibió usted el tiro?

—No lo noté hasta que cayó, aunque me pareció ver cerca del trono un estallido chico y luego olía pólvora quemada, como huele en las fiestas cuando tiran cohetes...

—¿De qué lado del estrado o trono?

—Del lado izquierdo. Pero no sé qué puede haber sido. No sonó como un disparo de pistola. Parecía más bien un cohete. Ya ve usted que las pistolas y los rifles, aparte del estallido, hacen un ruido como de chiflido, un ruido silbante y largo. . .

—Ya comprendo —dijo don Teódulo que veía los esfuerzos de la reina por explicar el sonido que había escuchado—. ¿Tiene usted experiencia o práctica con pistolas o armas de fuego?

—Sí —repuso la reina—. Soy campeona infantil de tiro con pistola.

Después de admirarse por el hecho de que una reina tan bella fuera campeona de tiro con pistola, don Teódulo salió del camerino y entró al de las princesas. Una de ellas lloraba en una banca y las otras pretendían consolarla.

—Charito era la novia del poeta —dijo una de ellas, la más fea, tanto que podía ser la confidente de sus amigas.

—¿Que el poeta laureado no escogía a la reina? —preguntó don Teódulo.

—Eso dicen, pero no es cierto —respondió la princesa fea—. Había escogido a Charito, pero los organizadores no lo permitieron y escogieron a la otra, que había sido novia del poeta hace un año.

—¡Ella lo mató! —gritó Charito alzando la cara—. ¡Ella lo



mató porque se hizo novio mío, porque me había escogido a mí!

Don Teódulo, discretamente salió del camerino y se mezcló con los empleados del teatro. La opinión de todos ellos era unánime: el poeta era un santo y el mejor poeta del mundo. Don Teódulo estuvo conforme en lo de la santidad, ya que no le constaba lo contrario, pero, en vista de que sí le constaba lo contrario, no pudo estar conforme en lo segundo, aunque se guardó su opinión.

En un rincón lloraba un obrero, un hombre grueso, de unos cincuenta años de edad. Don Teódulo se acercó a él y le puso la mano en la espalda.

—Era como mi hermano —dijo el obrero lloriqueando—. Por las noches nos juntábamos en la plaza, bajo los árboles, y nos hablaba de cosas grandes y nos recitaba poemas. Era como mi hermano.

Lloró otro poco a grandes sorbos bajo la mirada paternal y compasiva de don Teódulo.

—Le digo que era como un santo —siguió diciendo—. Sabía su valer como poeta, ¡pero era tan humilde! Figúrese usted que cuando me entregaron la lista de luces para el foro, voy viendo que no se debían encender los reflectores grandes hasta el momento que hablara el diputado. ¡Nuestro poeta iba a recitar a oscuras! El sobrino del diputado, al que han puesto de gerente, me encargó especialmente que no se encendieran las luces hasta que no estuviera hablando el diputado alegando que ésa era la parte más importante de la fiesta. ¡Qué sabe él de fiestas de arte! Claro que tiene que hacer lo posible porque su tío, malas lenguas dicen que es su padre, y que hasta lo ha nombrado su heredero, se luzca hasta donde sea posible. Pero nosotros teníamos que ver por la fama de nuestro poeta, así que no le hice caso y, cuando llegaba al primer clímax el poema, encendí los reflectores grandes. ¡Y ahora está muerto, asesinado! Pero yo le encendí las luces sin hacer caso del tal sobrino. ¿Qué sabe él de estas fiestas? Figúrese que puso el micrófono del lado izquierdo y se empeñó en clavarlo al suelo para que nadie lo pudiera mover. Siempre lo han dejado suelto para que cada poeta lo ponga donde quiera. A nuestro poeta le gustaba llevarlo frente al trono. . .

Los sollozos volvieron a conmover la corpulenta mole del electricista. Don Teódulo le acarició el hombro y se alejó, buscando algo en el suelo. Mientras tanto, el coronel ya había acabado de interrogar a todos los presentes, ya tenía una lista con el nombre y domicilio de todos los espectadores y se disponía a retirarse. El diputado, como hombre que acaba de enriquecerse, ofrecía su coche, aclarando que era muy grande y muy bueno, para llevar a sus casas a los que quisieran, pero en esta invitación no parecía incluir a don Teódulo. El sobrino daba las órdenes que creía pertinentes, recorriendo el foro de un lado para el otro y moviendo sin ton ni son los muebles. Don Teódulo se acercó a la mesa y sentándose sobre ella, con gran disgusto del diputado, le contó al jefe de la policía todo lo que había oído, especialmente lo de la reina y la princesa Charito.

—¿No sería la reina? —preguntó el coronel en voz baja.

Don Teódulo sabía que el coronel era un alma romántica y en todos los crímenes que le tocaba investigar buscaba el lado amatorio. Éste era un caso que ni mandado hacer. De pronto se le iluminaron los ojos y empezó a hablar aprisa:

—Pudo traer la pistola, una pistola antigua, de ésas que se cargan por la boca, escondida en el traje. Es tan amplio que bien pudo esconder, no digo una pistola antigua, hasta un pequeño cañón. Cuando el poeta llamó a la muerte, ella disparó para vengarse de él, porque la abandonó, después de enamorarla y componerle poemas. . .

—Creo, señor coronel —interrumpió don Teódulo— que se está usted dejando llevar por su imaginación novelesca. . .

—No —dijo el coronel—. Ella tenía motivo, es campeona de tiro con pistola. A tan corta distancia no necesitaba ni apuntar. Por ver al poeta, nadie la observaba. Tal vez por eso escogió un clímax. Seguramente, aún trae la pistola en su traje o la ha escondido en el camerino.

—¿Piensa usted esculcarla o registrarla? —preguntó don Teódulo.

—Yo me inclino a creer que fue uno de los obreros —dijo el diputado—. Siempre han sido revoltosos. Mi sobrino ha tenido muchas dificultades con ellos.

Así habló el diputado, pero el coronel no lo oía. Sus ojos se



habían perdido en la lejanía y pensaba en la belleza de ese crimen: la reina de los juegos mata al poeta que la ha despreciado. Sería un crimen que pasaría a la historia, un crimen famoso, resuelto por él, que pasaría a la historia junto con el crimen. Sería algo así como uno de los eternos romances, como Píramo y Tisbe, como Romeo y Julieta, como. . . Sus pensamientos se detuvieron, porque de pronto no pudo encontrar otro romance que hubiera tenido un fin desastrado. Un rato quedaron todos en silencio, don Teódulo semidormido. El coronel habló:

—¡Eso es! —dijo—. Éste es un caso como el de Otelo, pero al revés, es un caso extraordinario, maravilloso. . .

—Podía serlo —replicó don Teódulo—, pero desgraciadamente, o felizmente, por mejor decirlo, no es así. Esos casos desastrados de amores se prestan muy bien para el drama o la novela, pero yo creo o considero que en la vida real son por demás molestos o desagradables. ¿Qué haríamos en un juzgado moderno con el lamentable caso de Otelo? ¿Qué poesía puede quedar después de una autopsia, presentación del cuerpo del delito y todas esas cosas? No, señor coronel, usted se ha dejado llevar por un arranque lírico, afortunadamente falso.

—Pues yo estoy por registrar a la reina y el camerino.

—Yo estoy —interrupió el diputado— por consignar a los obreros.

—No fuimos nosotros —dijo uno de los tramoyistas que se había acercado a la mesa.

—¡Cállese! —le gritó el sobrino gerente—. Alguno de ustedes fue, tan sólo ustedes tienen pistolas. . .

—También la tiene o usa su tío —interrumpió don Teódulo.

—Y además —gritó el sobrino sin hacer caso de la interrupción —ustedes se han dedicado a crearme conflictos, a crear una situación insostenible, que tiene que acabar. . .

—Acabará cuando lo corran —dijo el tramoyista indignado—. Lo han puesto aquí por las influencias de su tío, o lo que sea suyo el diputado, y no entiende usted una palabra del asunto del teatro. Se pasa el día en parrandas y jugando a la baraja...

—¡Queda usted despedido! —gritó el sobrino.

—¡Silencio! —ordenó el coronel—. Eso no es asunto nuestro.

Aquí estamos investigando un homicidio que se realizó frente a nosotros, frente a dos mil personas, y no sabemos cómo se hizo ni encontramos arma alguna. . .

—Insisto —dijo el diputado— en que aprehenda usted a los obreros. Con toda seguridad fue alguno de ellos, si no es que todos. Ya ve usted como son levantiscos. . .

—Para qué habían de matar al poeta —preguntó don Teódulo—. Todos lo querían bien. . .

—Era como nuestro hermano —dijo el tramoyista—. Casi todas las noches se juntaba con nosotros a platicar. Era como nuestro hermano.

—Queremos saber quién lo mato —dijo otro.

Eso queremos saber todos —dijo el coronel—, pero como aquí ya no averiguamos nada, después de registrar a la reina. . .

—Es inútil eso —dijo el diputado—. No fue ella.

—En eso, y por primera vez —dijo don Teódulo— estamos de acuerdo el señor diputado y yo. No fue ella.

—Fueron los operarios —dijo el sobrino—. Sólo ellos tenían pistola.

—Pero —dijo el coronel— si no lo mataron con ninguna de estas pistolas. No sabemos siquiera qué arma se usó.

—Eso sí lo sabemos —dijo don Teódulo.

—¿Cómo?

—Digo que es fácil averiguar o saber con certeza qué arma se usó para el homicidio o asesinato en cuestión. Una pistola o revólver es, en resumidas cuentas, un tubo que se carga con pólvora y una bala o proyectil. Aquí veo muchos tubos.

Don Teódulo se acercó al lado izquiedo del trono y buscó debajo de los cortinajes. Había allí dos tubos cortados. Se agachó y los olió. cuando se puso de pie, sonreía.

—Esos tubos son para conducir los cables eléctricos —dijo el sobrino.

—Pero en este caso conducían la muerte —dijo don Teódulo lentamente—. La muerte que con tanta insistencia llamaba el poeta. Veo que en la punta o extremo de este tubo, entran dos cables eléctricos que no salen por este otro extremo que se abre hacia el público, lo cual me indica que han de haber hecho lo que, técnicamente, se conoce como un cortocircuito, el cual originó una chispa que provocó la explosión de la pólvora, la cual, a su vez, lanzó la bala. . .



—Pero este tubo está pegado al suelo —interrumpió el coronel—. La bala no pudo salir de allí y dar en la espalda del poeta. . .

—Ahora está pegado al suelo, pero pudo estar en otra postura. Mire usted como no es muy difícil o trabajoso el doblarlo. Cuando el asesino vio que su crimen había resultado, se acercó a este sitio y dobló de nuevo el tubo, para pegarlo al suelo o piso.

El coronel se acercó al tubo que señalaba don Teódulo y aclaró que, efectivamente, olía a pólvora. Al enderezarse, dijo:

—Entonces el asesino preparó su arma de manera que, al hacerse el cortocircuito, se disparara, previamente apuntada al lugar donde debería estar el poeta. . .

—U otra persona —dijo don Teódulo.

—Visto esto —dijo el diputado— con mayor razón insisto para que aprehenda usted a uno de los operarios, probablemente al electricista. Sólo una persona que conozca lo bastante el teatro pudo asesinar al poeta, que no le hacía mal a nadie.

—Usted —preguntó don Teódulo al sobrino—. ¿No sabe de ningún motivo o razón?

—¿Yo? Casi ni lo conocía.

—Pudo haber un motivo —dijo don Teódulo—. Alguien no quería aguantar la lectura de las doce cuartillas de llamados a la muerte; pero —añadió sonriendo— no creo que ése haya sido el motivo o móvil, aunque sería comprensible—. Luego se volvió de nuevo hacia el sobrino—: ¿Es usted estricto con sus operarios?

—Naturalmente.

—Entonces ¿por qué no ha reprendido al electricista en jefe por haber encendido los reflectores antes de tiempo?

—No. . . no me había fijado en ello.

—Sí se había fijado —repuso don Teódulo—. Lo que pasa es que no le convenía hablar del asunto, porque usted había preparado esa arma.

El diputado rió.

—¿Por qué quiere usted que mi sobrino matara a ese poetastro desconocido? Mi sobrino va a ser rico e importante cuando yo falte y no necesita de nada. . .

—En verdad que no había motivo o razón para que matara al poeta, que en paz descanse. Pero es que no pensaba en matar o asesinar al poeta, pensaba matarlo a usted, su tío, para heredarlo cuanto antes, ya que en sus parrandas y juegos ha de haber perdido gran cantidad de dinero. Por eso había ordenado al electricista que los reflectores se encendieran hasta que estuviera usted frente al micrófono, que había clavado en el suelo para que no se pudiera mover y asegurar la puntería de su arma. Pero el electricista amaba al poeta y encendió las luces antes de tiempo. Y la muerte vino al poeta que la llamaba.

El sobrino, de pronto, se puso de un salto tras de la cortina y corrió hacia la calle, para caer allí en brazos de los gendarmes, que el coronel había puesto en las puertas.

Más tarde don Teódulo le invitaba una copa de mezcal al electricista.

—No es bueno ni conveniente llamar a la muerte así nada más —dijo—. A veces viene.

El miércoles encontramos en el restaurante al viejo agente Zapata, con el que llevamos relaciones amistosas no obstante que mi amigo lo desprecia. Para él, Zapata es un zoquete que paga la publicidad que le hacen los periódicos. El pobre agente, en cambio, tiene un gran respeto a Enrique: tolera pacientemente su hosquedad, su displicencia, e incluso pasa por alto algunas humillaciones.

La conversación, inevitablemente, derivó hacia el crimen de la víspera, el asesinato del viejo usurero Quintín Villegas. Andrade no había querido leer nada al respecto, porque detestaba a aquel hombre sin entrañas. Tuvo con él un incidente bastante enojoso.

Fue por eso, indudablemente, que intentó eludir el tópico.

—Nada me importa lo que le haya sucedido a Villegas —afirmó—. Él fué el causante, con sus trapacerías de prestamista, de que uno de mis mejores amigos se suicidara.

Pero Zapata estaba empeñado en hablar del asunto. No pretendía lucirse, desde luego, sino que, sin confesarlo, buscaba ayuda, un punto de apoyo. Le habría parecido vergonzoso para su calidad de detective oficial, acudir abiertamente al consejo de un simple aficionado. Hubo que hablar del asesinato de Villegas, pues.

—Estoy convencido de que fue la señorita Torres, su empleada, la que lo mató —dijo Zapata después de haber hecho una somera exposición del caso.

Andrade se cuidó de hacer el menor comentario.

—¡Imagínese —prosiguió el agente— era la beneficiaria de un seguro de vida por cincuenta mil pesos, que él había tomado!

—Eso no prueba nada, ¡hombre! —adujo mi amigo con voz ligeramente irritada.

—No es una prueba, naturalmente —se resignó Zapata—; pero es un indicio bastante fuerte. Si se tratara de una venganza, el asesino podría haber escapado fácilmente a toda indagación haciendo que aquello pareciera un suicidio; pero se evitó cuidadosamente cualquier apariencia de suicidio: bien sabe usted que ninguna compañía de seguros paga en esos casos. En cuanto a la hipótesis del robo, debe ser desechada en tratándose de un usurero que nunca tenía valores consigo. . . Fue ella, Andrade, délo por descontado. Ahora todo mi quehacer se reduce a probarlo.

Andrade no se tomó el trabajo de redargüir al agente.

—Yo respeto sus hipótesis, Zapata; pero, por otra parte, no tengo el menor interés en el asunto.

No se desalentó Zapata por aquella respuesta irónica.

—Usted se da cuenta de que bastaba poner una pistola 38 (porque la herida es de 38) en la habitación, cerca del cadáver, para que se creyera en un suicidio; pero, no, señor, esa palabra no debe pronunciarse cuando se quiere cobrar un seguro de vida.

—Bueno —accedió, fastidiado, Enrique—. Fue la señorita Torres la autora del homicidio. ¿Y qué quiere usted que yo haga si fue así?

—¡Por Dios! —exclamó Zapata un poco compungido—. No se trata de que usted haga o deje de hacer, estamos platicando y eso es todo.

Andrade se frotó las manos, miró a la cara a su interlocutor y una apenas perceptible sonrisa frunció sus labios.

—Bueno, si no es más que eso. . . —murmuró.

Pero había algo más, sin duda, porque Zapata insistió tercamente:

—El que la paga soy yo. Tengo que encontrar las pruebas, o el juez la echa a la calle.

—Ése es asunto suyo —concluyó Andrade con sarcasmo.

Sin ocuparse más de su interlocutor, atacó denodadamente el filete de pescado que acababan de servirle.

Zapata debió haber comprendido, porque de ahí a poco se despidió muy cariacontecido.



Al día siguiente estaba yo en casa de Andrade, cuando se anunció Alberto Michelena, el joven y apuesto gestor de negocios de Villegas. Propuso a mi amigo que se encargara de investigar la muerte de don Quintín; pero Enrique rehusó.

—Soy un aficionado, no un profesional, y sólo me ocupo de los asuntos que me gustan —gruñó con acento malhumorado.

—Pero. . . —intentó insistir Michelena.

Enrique no le dio ocasión para que concluyera.

—Admito que el caso es precioso; ¡pero ese viejo, ese Quintín Villegas!. . .

Yo sonreí desde mi rincón. Cuando Andrade se interesa en un enredo, ya nada le importan las personas. Michelena no lo consideró así, sin duda, porque hizo ademán de ponerse de pie, con aire de precipitación y disgusto. La voz de Enrique le salió al paso, obligándose a permanecer quieto.

—Vamos a ver, ¿por qué tiene usted empeño en que yo me ocupe del caso?

—Yo. . . —repuso un poco azorado Michelena—. La señorita Torres es amiga de doña Soledad Valle, a la que usted conoce. . .

—¡Vaya! —exclamó bonachonamente Andrade—. De modo que la señorita Torres oyó hablar de mí a mi excelente amiga Chole y le pidió a usted que viniera a verme.

—Exactamente —fue la contestación.

Enrique prosiguió:

—¿Quiere decirme cómo fue eso? La verdad es que apenas si me he enterado.

Michelena se arrellanó en el sillón, pareció concentrarse un instante y empezó a hablar pausadamente. Andrade escuchaba con la mirada fija en una horrenda imitación de Rembrandt que está en la pared frontera a la ventana. Yo, por mi parte, era todo oídos; pero esto a nadie debe sorprender, porque así lo hago habitualmente.

—Fue anteayer, es decir, el martes, por la tarde. Salí de la oficina para llevar unos papeles al notario De la Parra. Al llegar a la puerta de la calle me di cuenta de que había olvidado una boleta de contribuciones y regresé inmediatamente. Pregunté a la señorita Torres si había visto la boleta y en aquel momento

sonó un disparo en el privado del señor Villegas. Nos quedamos los tres en suspenso. . .

—¿Los tres? —interrumpió Andrade.

—Sí, somos tres: la señorita Torres, un mozo y yo.

—Siga usted.

—Después de un minuto de desconcierto, nos precipitamos hacia el privado. El señor Villegas, con la cabeza destrozada, estaba de bruces sobre el escritorio, pero no había muerto: resollaba con fuerza y uno de sus párpados temblaba. ¡Imagínese usted nuestra sorpresa! La señorita Torres retrocedió dando un grito y el mozo se quedó a la puerta, atónito. Me hice cargo de la situación, ordené al muchacho que fuera por el médico que tiene su consultorio en la planta baja del edificio y conduje a la señorita Torres a su mesa de trabajo. Después volví al privado para atender al señor Villegas; pero era tarde, ya había muerto. Entonces llamé por teléfono a la policía.

Enrique guardó silencio unos segundos.

—¿Recuerda usted qué posición tenía cada uno de ustedes cuando sonó el disparo?

Michelena lo recordó sin esfuerzo. El mozo estaba parado junto a la puerta que da acceso al corredor; la señorita Torres, detrás de su escritorio, situado justamente al fondo de la sala, enfrente de la puerta del privado. En cuando a él, Michelena, se encontraba de cara a la señorita Torres, preguntándole por la boleta extraviada.

—¿Y la hora? —volvió a preguntar Andrade clavando su mirada tranquila en el joven.

—Fue poco antes de las seis —afirmó Michelena—. Lo recuerdo perfectamente porque yo debía estar a esa hora con el notario, de modo que salí de la oficina a las cinco y cuarenta y cinco minutos, con el tiempo estrictamente limitado. No pude tardar más de cinco minutos en ir a la puerta de la calle, darme cuenta de que me faltaba la boleta de contribuciones y regresar a la oficina. El disparo debe haber sonado cuando faltaban diez para las seis.

—Es decir, cuando estaban ustedes a punto de terminar sus labores. . . supongo.

—No, señor —aclaró Michelena—, el martes el señor Villegas nos pidió que nos quedásemos a ayudarle por tiempo indefinido, porque había emprendido nuevos negocios y nos necesitaba.



—La documentación que usted llevaba al notario, ¿era relativa a esos negocios nuevos?

—Exactamente.

—¿Puede usted decirme la índole de ellos?

—Eran unos préstamos hipotecarios. Por la mañana había entregado al señor Villegas unas escrituras y yo debía llevarlas al notario.

Michelena parecía un poco desconcertado ante aquel interrogatorio; pero no inquieto, sino más bien satisfecho. Había cruzado la pierna indolentemente y miraba a los ojos a Andrade. Éste, por su parte, se conducía con perfecta naturalidad, con ese su aire de indiferencia y fastidio que tan mal le sienta.

—¿Solía el señor Villegas vigilar sus asuntos personalmente, o lo hizo esta vez por excepción?

—Generalmente arreglábamos entre él y yo la documentación.

—De suerte que esa tarde trabajaron ustedes juntos largo rato. . .

—No —se apresuró a contestar Michelena—, unos minutos nada más. Como don Quintín tenía plena confianza en mí, pude llegar desde temprano a la oficina, me metí al privado y arreglé la documentación. Él todo lo que hizo fue supervisar mi trabajo.

Andrade se frotó las manos con su ademán característico; pero su rostro permaneció indiferente, frío.

—Una última pregunta señor Michelena. Después del crimen, hasta antes que llegara la policía, ¿salió o entró a la oficina alguien?

Nadie absolutamente, excepto el mozo.

Media hora después mi amigo se hundía calmudamente en la lectura de las crónicas relativas al asesinato de Villegas. El usurero había sido muerto sin que su matador dejara huellas. Había una rara circunstancia en el crimen: el privado de Villegas, desprovisto de ventanas, sólo tenía una puerta de comunicación, la que daba acceso a la sala de los empleados: habría sido imposible llegar hasta el usurero sin ser visto por alguno de ellos.

—¡Vaya un lío! —exclamé.

—¡Quite usted, Cirilo! —repuso Andrade.

Fiel a una antipática costumbre, calló sin explicarse. Al cabo de una larga pausa me pidió que llamara por teléfono a la señora Valle para que nos informara del domicilio de la señorita Torres.

—¿Amalia? Está ahora conmigo. Si ustedes quieren venir. . . —fue la respuesta.

La señorita Torres era una persona sumamente agradable, llena de frescura y belleza. Repitió en un todo la versión de Michelena; pero al final añadió un dato.

—Lo que no podría precisar —explicó es si el teléfono del privado sonó antes o al mismo tiempo que el disparo.

—¿El teléfono?

—Sí, señor Andrade.

—¡Ah, vamos! Bien visto, no tiene a menor importancia —comentó Enrique. Y, desviando la conversación—: ¿Tenía enemigos el señor Villegas?

—Debe haberlos tenido —contestó evasivamente Amalia.

—¡Ya lo creo! —terció la señora Valle—. No vivía sino para explotar al prójimo.

—¿Usted no conoció alguno, señorita? prosiguió mi amigo sin hacer caso de aquella interrupción. E inmediatamente, olvidando la pregunta—: ¿Sabe usted si el señor Villegas había citado a alguien para la tarde del martes?

—No. Cuando teníamos trabajo extraordinario, nuestro jefe no recibía ni citaba a nadie, y no sólo, sino que nos hacía trabajar a escondidas, como quien dice, nos recomendaba que ocultáramos que íbamos a trabajar. La oficina, prácticamente, era cerrada al público.

—Entonces, ¿ese telefonema?

—No sé. . .

Andrade se frotó las manos con aquel ademán que yo le conozco.

—El caso es —dijo severamente— que el señor Michelena iba a llevar unos documentos al notario De la Parra. Éste, por lo menos, debe haber sabido que ustedes trabajaban la tarde del martes.

—No sé —repitió Amalia.

Enrique se volvió a mí:

—Llame usted por teléfono al notario De la Parra, amigo Masal y pregúntele. El teléfono está ahí, bajo la escalera. . . Con su permiso, Soledad —añadió dirigiéndose a la señora Valle.

El notario no sabía si en la oficina del señor Villegas se había trabajado el martes por la tarde. Simplemente, el señor Michelena le rogó que hablase por teléfono poco antes de las seis, recordándole que debía llevarle unos documentos.

Andrade se frotó las manos una vez más.

—Vuelva usted al teléfono —me suplicó— y dígale a Zapata que Michelena es el asesino, que puede aprehenderlo.

—¡No, no, Alberto es incapaz! —gritó, poniéndose de pie, demudado el rostro, la señorita Torres.

—Pero, Amalia. . . —le reprochó la señora Valle, asustada.

—Pondría la mano en el fuego por él —afirmó la muchacha con energía.

—Ya sé que lo quieres, pero comprende. . .

—¡Es mi prometido —exclamó orgullosamente Amalia— y sabré defenderlo de esta infame sospecha!

La que se sobresaltó ante esta revelación fue la señora Valle.

—¡Tu prometido!

—Sí, precisamente me declaró su amor el martes. Esa noche íbamos a cenar juntos.

—Pero, hija —se escandalizó doña Soledad—, tú estabas comprometida con don Quintín.

Amalia calló unos segundos, inclinada la cabeza sobre el pecho. Después, en voz muy baja, ruborizándose visiblemente:

—Bien sabe usted que contra mi voluntad. Me comprometí con el señor Villegas por dar gusto a su despecho. Si Alberto me hubiera dicho una palabra de amor, una sola, yo nunca me habría comprometido con don Quintín.

La señora Valle estaba sofocada, con los ojos brillantes y el pecho jadeante. Enrique, en cambio, parecía un poco distraído, un poco ajeno a aquellas confidencias.

—¿De modo —estalló doña Soledad— que tu Alberto esperó a que su rival muriera para declararte su amor? ¡Habráse visto qué falta de orgullo, de amor propio!

—Está usted equivocada —dijo Amalia con acento entre melancólico e irritado—. La declaración fue en la mañana y el crimen en la tarde. A la una que salimos a tomar el *lunch*, Alberto

me invitó un *cocktail*. . . y fue entonces. Me dijo que no podía quedarse a comer conmigo porque lo habían invitado unos amigos; pero resolvimos cenar esa noche, al terminar el trabajo; ya que no saldríamos a las cinco, como siempre. . .

De pronto guardó silencio, a pesar de que las miradas de doña Soledad Valle se clavaban en ella ansiosamente. La vieja mujer estaba intrigada con el giro que había tomado la conversación y hubiera procurado prolongarla, de no ser porque Andrade lo impidió dirigiéndose a mí.

—Hágame favor, Masal —insistió—. Hable usted a la Jefatura y dé mi recado.

Me puse al habla con Zapata, que rechazó el consejo de Andrade. No creía prudente aprehender al señor Michelena; pero de buena gana aprehendería a la señorita Torres: acababa de descubrir que Villegas había testado en favor de ella. Una hora antes fue descubierto el testamento entre los papeles que los investigadores recogieron en el privado del usurero.

—Eso lo explica todo —concluyó triunfalmente—. La señorita Torres tenía interés en eliminar a su jefe ¿Que cómo lo hizo? No lo sé, pero acabaré por saberlo. . . Dígale usted al señor Andrade que lo siento. Esta vez pude adelantarme.

Amalia juró que no tenía la menor noticia del testamento, ni del seguro de vida. Andrade la observaba fríamente y la oyó hasta el final sin pronunciar una palabra.

De regreso a casa de mi amigo, expuse a éste mis dudas: para mí, la conducta de Michelena era del todo diáfana, mientras que la de la señorita Torres, pese a mis simpatías, resultaba sospechosa. Andrade no se tomó la molestia de darme una explicación.

—Estamos investigando, no se precipite —sentenció.

Al filo del mediodía, después de haber despachado su correspondencia, Enrique me pidió que me comunicara con Zapata y le dijera que queríamos hacer una inspección en el lugar del crimen. El agente accedió de buena gana a complacernos.

—Estaré dentro de quince minutos por ustedes. Además, tengo algo que decirles.

Antes de que el lapso fijado transcurriera, ya estaba Zapata



llamando a la puerta. Se le veía satisfecho y como abstraído en un pensamiento placentero, tanto que tomó asiento sin que lo hubiéramos invitado.

—Es más claro que la luz —empezó.

—¿Qué cosa? —preguntó Andrade con el aire más cándido del mundo, como si no supiera a qué se refería el agente.

—El caso del señor Villegas, naturalmente. Tengo todas las partes de él, solamente me falta saber cómo se consumaron los hechos.

Hizo una pausa teatral y miró a la cara a Enrique, buscando en su expresión algo que indicara interés, curiosidad; pero mi amigo, impasible, parecía no haber escuchado. Entonces Zapata inició su tema con un acento de seguridad un tanto petulante.

—Como ya le dije a usted, la señorita Torres es beneficiaria de un seguro de vida por cincuenta mil pesos; pero además es heredera única del señor Villegas, cuya fortuna asciende a más de un millón.

—Entiendo —apuntó brevemente Enrique, y volvió su mirada distraída hacia el cielo raso.

—Pues bien, la póliza del seguro data ya de hace cinco meses. En cambio, el testamento está fechado la semana pasada. Como quien dice: la víspera del crimen.

—¿?. . . —fue la lacónica reacción de Andrade.

—Y eso significa —prosiguió Zapata, tan engreído que no paró mientes en la actitud de Enrique— que apenas la señorita Torres tuvo la certidumbre de que había sido nombrada heredera, mató a su jefe. . . ¡y futuro esposo! —añadió con acento declamatorio—. Porque ha de saber usted que estaba comprometida con el señor Villegas. La interrogué unos minutos antes de que usted llamara y la hice confesar esa circunstancia. ¡Fíjese usted —continuó con vehemencia, notando que Enrique había entrecerrado los ojos— qué astucia, qué perfidia! Hizo que el viejo se enamorara de ella con un amor senil y ciego, consiguió, quién sabe con qué mañas, que el muy iluso la asegurara y testara a su favor. Y entonces, ¡lo mató!

—¿Eso es todo? —preguntó flemáticamente Andrade.

—Si le parece poco, todavía tengo más. Lo sé todo y no puedo equivocarme. La señorita Torres. . . ¡Amalia! alimentaba un

amor secreto por el señor Michelena y, cuando vio que sus planes estaban a punto de ser coronados por el éxito, provocó al pobre muchacho para que se le declarara, empezó a enamorarlo, puede decirse. Una hermosa ilusión: disfrutar de las riquezas del viejo en unión del ser amado. Por eso, en cuanto al señor Michelena cayó en el garlito, ella consideró que la situación estaba madura y mató a don Quintín. Por la mañana arrancó una declaración de amor y por la tarde cometió un asesinato. ¿No es verdad que todas las partes coinciden?

—Es una hipótesis verosímil —concedió mi amigo.

—¿Lo ve usted? —prorrumpió jubilosamente Zapata—. Estaba yo seguro de que mis deducciones no son falsas. He tenido que torturarme el cerebro, sometí a la muchacha a un interrogatorio difícil y laborioso; pero ¡al fin!. . .

—Dije que la hipótesis es verosímil, no exacta —le atajó Enrique—. Mientras no sepamos cómo se cometió el crimen estaremos a la mitad del camino y, por consiguiente, lejos de la verdad. Lo mejor es que vayamos a hacer esa inspección.

—¿No le parece que se nos ha hecho tarde? —se opuso el agente, sin convicción—. Dentro de poco serán las dos.

—Mejor. A esta hora salen a comer los empleados y así no tendremos curiosos que nos importunen.

Tomamos nuestros sombreros y nos dispusimos a partir; pero antes de hacerlo, mi amigo preguntó a Zapata si sería posible que nos acompañara Michelena.

—Podría darnos datos suplementarios muy interesantes, ya en la oficina —pretextó.

—¡Oh, sí —exclamó el agente con visible excitación, dando a entender que tenía todos los hilos de la trama en la mano— sé dónde encontrarlos!

Subimos al automóvil de Zapata, que manejaba un sargento a cuyo lado iba un policía. Enfilamos hacia el Centro y el vehículo se detuvo a la puerta de un restaurante. Zapata se apeó: cinco minutos más tarde estaba de regreso acompañado por el señor Michelena, juvenil como nunca, jovial y sonriente.

La oficina de Villegas no estaba ubicada en un edificio de despachos, sino en uno de departamentos, propiedad del mismo don Quintín. Tuvimos que subir hasta el tercer piso por una escalera estrecha y empinada precedidos por Michelena.



Al llegar a un corredor nos desviamos hacia la izquierda. Ahí estaba la puerta, resguardada por tiras de papel selladas que Zapata arrancó fácilmente, al mismo tiempo que recomendaba al policía que nos acompañara:

—Cuando nos vayamos, usted sellará nuevamente esta puerta. ¿Trajo el sello?

El policía asintió. Entramos entonces en la oficina, precedidos siempre por el gestor de negocios. La antesala, destinada a los empleados, era una habitación de unos veinte o veinticinco metros cuadrados, amueblada con dos escritorios y sus respectivas sillas giratorias. Ningún adorno había en las paredes salvo un gran calendario insertado bajo un cromo con una escena marina. Al fondo, sobre una puerta de madera blanca, se veía una inscripción en gruesos caracteres negros: PRIVADO. Aquella puerta también estaba resguardada por sellos, que Zapata arrancó.

El privado de Villegas era un cuarto estrecho, sin ventilación. No tenía más lugar de entrada, como ya sabíamos, que la puerta de comunicación con la antesala. El menaje era pobre: adosado a una de las paredes un sófa de cuero y sendos sillones a los lados, en un rincón, un archivero de madera, pintado de rojo. Junto al archivero un escritorio viejo, de cortina, con una ringla de libros, códigos casi todos, a un lado y un teléfono al centro.

Michelena y yo nos sentamos en el sofá, mientras Andrade y Zapata iniciaban su inspección, cada uno por su lado. El agente se fue derecho al archivero.

—Ya lo he visto —explicó—; pero no estaría de más que lo viera nuevamente —y, volviéndose al gestor de negocios—: ¿Quiere usted abrirlo?

El interpelado sacó un manojo de llaves del bolsillo de pantalón y fue a abrir el mueble. Zapata se entregó a una búsqueda feroz tratando de encontrar dobles fondos, escarbando entre los legajos; pero muy a las claras se notaba que su empeño era inútil. Mi amigo, en tanto, examinaba distraídamente, como por compromiso, los libros colocados sobre el escritorio, leía los títu-

amor secreto por el señor Michelena y, cuando vio que sus planes estaban a punto de ser coronados por el éxito, provocó al pobre muchacho para que se le declarara, empezó a enamorarlo, puede decirse. Una hermosa ilusión: disfrutar de las riquezas del viejo en unión del ser amado. Por eso, en cuanto al señor Michelena cayó en el garlito, ella consideró que la situación estaba madura y mató a don Quintín. Por la mañana arrancó una declaración de amor y por la tarde cometió un asesinato. ¿No es verdad que todas las partes coinciden?

—Es una hipótesis verosímil —concedió mi amigo.

—¿Lo ve usted? —prorrumpió jubilosamente Zapata—. Estaba yo seguro de que mis deducciones no son falsas. He tenido que torturarme el cerebro, sometí a la muchacha a un interrogatorio difícil y laborioso; pero ¡al fin!. . .

—Dije que la hipótesis es verosímil, no exacta —le atajó Enrique—. Mientras no sepamos cómo se cometió el crimen estaremos a la mitad del camino y, por consiguiente, lejos de la verdad. Lo mejor es que vayamos a hacer esa inspección.

—¿No le parece que se nos ha hecho tarde? —se opuso el agente, sin convicción—. Dentro de poco serán las dos.

—Mejor. A esta hora salen a comer los empleados y así no tendremos curiosos que nos importunen.

Tomamos nuestros sombreros y nos dispusimos a partir; pero antes de hacerlo, mi amigo preguntó a Zapata si sería posible que nos acompañara Michelena.

—Podría darnos datos suplementarios muy interesantes, ya en la oficina —pretextó.

—¡Oh, sí —exclamó el agente con visible excitación, dando a entender que tenía todos los hilos de la trama en la mano— sé dónde encontrarlos!

Subimos al automóvil de Zapata, que manejaba un sargento a cuyo lado iba un policía. Enfilamos hacia el Centro y el vehículo se detuvo a la puerta de un restaurante. Zapata se apeó: cinco minutos más tarde estaba de regreso acompañado por el señor Michelena, juvenil como nunca, jovial y sonriente.

La oficina de Villegas no estaba ubicada en un edificio de despachos, sino en uno de departamentos, propiedad del mismo don Quintín. Tuvimos que subir hasta el tercer piso por una escalera estrecha y empinada precedidos por Michelena.



Al llegar a un corredor nos desviamos hacia la izquierda. Ahí estaba la puerta, resguardada por tiras de papel selladas que Zapata arrancó fácilmente, al mismo tiempo que recomendaba al policía que nos acompañara:

—Cuando nos vayamos, usted sellará nuevamente esta puerta. ¿Trajo el sello?

El policía asintió. Entramos entonces en la oficina, precedidos siempre por el gestor de negocios. La antesala, destinada a los empleados, era una habitación de unos veinte o veinticinco metros cuadrados, amueblada con dos escritorios y sus respectivas sillas giratorias. Ningún adorno había en las paredes salvo un gran calendario insertado bajo un cromo con una escena marina. Al fondo, sobre una puerta de madera blanca, se veía una inscripción en gruesos caracteres negros: PRIVADO. Aquella puerta también estaba resguardada por sellos, que Zapata arrancó.

El privado de Villegas era un cuarto estrecho, sin ventilación. No tenía más lugar de entrada, como ya sabíamos, que la puerta de comunicación con la antesala. El menaje era pobre: adosado a una de las paredes un sófa de cuero y sendos sillones a los lados, en un rincón, un archivero de madera, pintado de rojo. Junto al archivero un escritorio viejo, de cortina, con una ringla de libros, códigos casi todos, a un lado y un teléfono al centro.

Michelena y yo nos sentamos en el sofá, mientras Andrade y Zapata iniciaban su inspección, cada uno por su lado. El agente se fue derecho al archivero.

—Ya lo he visto —explicó—; pero no estaría de más que lo viera nuevamente —y, volviéndose al gestor de negocios—: ¿Quiere usted abrirlo?

El interpelado sacó un manojo de llaves del bolsillo de pantalón y fue a abrir el mueble. Zapata se entregó a una búsqueda feroz tratando de encontrar dobles fondos, escarbando entre los legajos; pero muy a las claras se notaba que su empeño era inútil. Mi amigo, en tanto, examinaba distraídamente, como por compromiso, los libros colocados sobre el escritorio, leía los títu-

los de ellos, uno a uno como si aquello le interesara sobremanera.

De pronto los apartó todos, cogiéndolos con ambas manos y miró con curiosidad la cubierta del escritorio.

—Qué mueble tan maltratado —comentó secamente.

—Sí —dijo Michelena—, el señor Villegas compró todo de medio uso. Es más económico.

Andrade volvió a poner los libros en su colocación primitiva y, sin transición, tuvo una idea extravagante, o, por lo menos, inusitada: Hablar por teléfono a su vieja criada, Rosita. Jamás, desde que lo conozco, había tenido semejante ocurrencia.

Vi cómo se sentaba en el sillón giratorio de manera roja, tomaba el auricular y pedía un número. Su postura era bastante ridícula: se había inclinado con exceso, casi al borde de la tapa del escritorio. Así permaneció mientras hablaba con la sirvienta. Le preguntó cosas sin importancia: si había habido alguna novedad, si alguien lo había buscado, y colgó.

El agente, mientras, había terminado con el archivero y siguió con los cajones del escritorio, después de haber solicitado de Michelena que lo abriera. Ahí también se entretuvo largo rato y también inútilmente.

—Ya lo sabía yo —refunfuñó—, aquí no hay nada.

Y en seguida, con petulancia:

—¿También la señorita Torres tiene llaves de los muebles, señor Michelena?

El gestor de negocios respondió que no. Únicamente él y el señor Villegas las tenían. Esta contestación pareció desconcertar un poco al agente.

—Y de las puertas a la oficina y al privado. ¿Quién tiene las llaves? —preguntó por no quedarse callado.

—El mozo y yo, nada más. Como don Quintín sólo llegaba a las horas de trabajo, no necesitaba tener otras. En cambio el mozo para hacer el aseo. . .

El rostro de Zapata se iluminó con resplandor de alegría.

—¿No cree usted que deberíamos interrogar a ese mozo, Andrade?

—Interróguelo usted, si quiere —fue la cortante respuesta.

Abandonamos la oficina y abordamos el automóvil mientras



el policía que nos acompañara sellaba las puertas de nueva cuenta. Enrique parecía un tanto pensativo, Zapata guardaba respetuoso silencio y Michelena parloteaba con locuacidad:

—Tenía muchos enemigos nuestro pobre jefe, la gente renegaba de él y a menudo lo amenazaron, lo insultaron. Y no crean ustedes que una o dos personas, sino la mayoría de los clientes. Él nunca hizo caso, y tenía razón: los negocios. Además que él a nadie engañaba, quien venía a verlo ya sabía a qué atenerse. . .

Dejemos al parlanchín en el Centro. Ya solos, Zapata aprovechó la coyuntura para preguntar a Andrade si había descubierto algo.

—Tal vez sí —repuso mi amigo—; pero no estoy seguro todavía.

Ya en casa, me dijo que aquella noche haríamos una nueva inspección; pero ésta por nuestra cuenta y riesgo.

—La pistola está ahí, tengo la seguridad, y quiero comprobarlo.

—Entonces —exclamé sorprendido—, ¿por qué no la localizó usted? Nos habríamos ahorrado el trabajo de regresar esta noche.

—Si la hubiese encontrado, ese tonto de Zapata habría sido capaz de llevársela a la Jefatura de Policía. Y ahí de nada sirve.

Volvimos a la oficina de Villegas hacia la media noche. Fácil le fue a Andrade abrir la puerta del edificio. Una vez en el interior, encendió su linterna despreocupadamente, según suele hacerlo en casos parecidos con gran desconcierto mío.

Subimos al tercer piso y Enrique arrojó la luz de la linterna a la puerta de la oficina.

—Malo. . . malo. . . —le oí murmurar.

No tuve que pedirle explicaciones para darme cuenta de lo que ocurría: los sellos que resguardaban la puerta habían sido violados.

Entramos sin dificultad, porque mi amigo manejaba a las mil maravillas su llave maestra. Lo primero que hizo al verse en el interior del aposento, fue dar vuelta a la llave de la luz, en donde todo estaba en orden. . .

Pasamos al privado y, tras de haber encendido también la luz, Andrade se dirigió al escritorio. Se puso en cuclillas para

examinarlo, tocó una parte de la superficie inferior con la punta de los dedos y, volviéndose a mí, preguntó:

—¿Vió usted la postura que tuve que adoptar esta mañana para hacer uso del teléfono? Pues es la misma que adoptó Villegas el martes por la tarde, cuando lo llamaron: el cordón del aparato está de tal suerte enredado en las patas del escritorio, que no queda más remedio.

Callé. En ese momento llegó a nosotros el ruido de la puerta exterior de la oficina, que era cerrada suavemente. Fué un ligerísimo rumor que habría pasado inadvertido de no ser por el silencio de la noche. Enrique, dejando su explicación, se puso de dos saltos en la antesala. Lo seguí mecánicamente, sin saber qué ocurría. Él estaba ya en el corredor, con su linterna de mano encendida. Rápidas pisadas se escuchaban escaleras abajo, como si alguien descendiera a escape.

—¡Vamos! —exclamó.

A pesar de nuestros deseos, nos vimos precisados a bajar con cierta lentitud debido a lo empinado de la escalera. Los pasos que nos precedían, en cambio, acusaban cada vez mayor celeridad. Cuando llegamos a la calle, Andrade se asomó en vano: no se veía alma viviente.

—Volvamos —propuso— para ver si le dió tiempo a llevarse la pistola.

—Habría sido preferible que nos la lleváramos esta mañana —observé—. Tal vez ahora ya no la encontremos.

Enrique hizo una pausa. Íbamos de subida otra vez, por la escalera incómoda y empinada.

—¿Para qué queremos esa arma con nosotros? —dijo—. Debe estar en manos del asesino si nuestro propósito es hacer de ella una prueba de convicción.

Creí que, volviendo a la oficina de Villegas, mi amigo investigaría antes que nada el paradero de la pistola de que hablábamos; pero no, fue al escritorio y lo examinó por debajo y por los costados.

—La herida estaba del lado izquiedo, ¿no es eso? —preguntó.

Asentí. Yo suelo leer los periódicos de cabo a rabo, sobre todo los crímenes y estoy al tanto de todos los pormenores.

—Entonces el procedimiento que siguió el asesino ha quedado



al descubierto: un cordel atado al cordón del teléfono tiró del llamador de la pistola convenientemente fijada al escritorio entre los libros para que la víctima no la viera. Venga usted Cirilo —añadió haciendo a un lado la ringla de libros que apartara aquella mañana—. ¿Ve usted esos agujeros en la tapa? No son resultado del deterioro y la vejez del mueble. Ahí fue fijada la pistola. . . con unos tornillos ¡claro!

Se frotó las manos y me miró a los ojos, impasible, indiferente.

—Y el arma está. . . estaba aquí —concluyó tomando un grueso volumen de los que antes apartara—. Esta clase de libros, Masal, son muy útiles. Se recorta la parte central de las páginas y queda un espacio bastante grande: ahí se puede guardar lo que uno quiera. Y el asesino ocultó la pistola el día mismo del crimen.

Efectivamente, las hojas de aquel libro habían sido recortadas por el centro, de tal modo que sólo habían quedado los márgenes y una pequeña parte del texto. En el hueco se podía colocar desahogadamente una pistola.

Como yo hiciera un breve gesto de sorpresa, que no precedía de incomprensión, sino de asombro, mi amigo se creyó obligado a aclarar con cierta impaciencia:

—Pero ¡hombre! El criminal, después de desarmar el mecanismo de la muerte, escondió aquí mismo la pistola. Sabía que los investigadores oficiales, Zapata y los demás, nunca darían con ella, pero a mí me llamó la atención desde el primer momento que un usurero tuviera entre sus libros, códigos y tonterías, una edición del Quijote. ¿No era de lo más extraño y sospechoso?

Colocó el libro en el sitio que ocupaba antes y se frotó las manos nuevamente.

—Por hoy hemos terminado —me dijo—. Mañana por la mañana, apenas veinticuatro horas después de iniciada la investigación, el propio criminal nos llevará la pistola a casa.

Al día siguiente, obedeciendo a una solicitud de mi amigo, estuve en su casa a las nueve de la mañana. Lo encontré vestido ya y dispuesto a salir, con el sombrero en la mano.

—Tengo que ir a hablar con Zapata, pero volveré casi en se-

guida. Mientras tanto, hágame usted el favor de comunicarse por teléfono con Michelena, y suplicarle que esté aquí a las diez.

Me dio un número de teléfono apuntado en una tarjeta y se marchó. Me puse a leer los periódicos en espera de que regresara, no sin haber atendido a la súplica de Enrique. Michelena me aseguró que estaría con nosotros a la hora señalada.

Llegó puntualmente. Andrade, que había regresado ya, se puso de pie, salió al encuentro del visitante, cosa que me pareció un poco fuera de su modo de ser, y señaló una silla próxima a la puerta al joven gestor de negocios. Él fue a sentarse a su lugar preferido, ahí desde donde puede contemplar a su sabor el horrible Rembrandt de que se enorgullece.

—No voy a molestarlo mucho, señor Michelena —empezó—. Se trata de que usted conteste algunas preguntas.

El aludido respondió con un leve movimiento de cabeza. Entonces Enrique, volviendo la mirada hacia el cielo raso, con expresión de cansancio e indiferencia, inició su interrogatorio:

—Usted me dijo que pedía a la señorita Torres una boleta de contribuciones cuando sonó el disparo que dió muerte al señor Villegas, ¿no es así?

—Exactamente.

—Estaba seguro. . . —y mi amigo pareció titubear—. Pero ¿cómo podía tener ella ese documento si usted y el señor Villegas fueron los que arreglaron todo, o, mejor dicho, usted fue el que lo arregló para que su jefe lo revisara?

Michelena lanzó una mirada rápida, huidiza, a su interlocutor; pero su rostro no delató la menor inquietud. Tranquilo, sonriente, contestó al punto:

—¡Pues es verdad! Hasta ahora, que usted me lo dice caigo en la cuenta de que ella no podía tener la boleta. Fue sin duda, la prisa, el temor de no llegar a la hora convenida a la notaría. . . ¡vaya usted a saber!

—Sí, sí, es posible. Lo que quiero dejar claro, es si la señorita Torres tenía alguna intervención directa en los negocios del señor Villegas.

—Ninguna, absolutamente ninguna. Puede usted creerlo.

Andrade se volvió a él reposadamente.

—¿No le parece un tanto extraño que ella haya dado señales



de haber sido fuertemente afectada por la muerte de su jefe? Usted me dijo, creo recordar que estuvo a punto de desmayarse, o algo así.

—No precisamente eso, sino que lanzó un grito y se llevó las manos a la cabeza, asustada.

—Y entonces usted la condujo a su escritorio, en la antesala, ¿no es así?

—Sí, sí.

—Pues bien, en el privado hay un escritorio en donde la señorita Torres pudo haber descansado con mayor comodidad. ¿Evitó ella que usted la recostara en el sofá, como queriendo ahorrarse el espectáculo del señor Villegas muerto?

—¡No! —protestó con energía Michelena—. Ella no era dueña de sí. Fuí yo el que la llevó a su escritorio, en la antesala.

—Es curioso, muy curioso. . . Lo normal habría sido recostarla en el sofá. Pero hay una circunstancia más curiosa todavía: me asegura usted que la señorita Torres estaba asustadísima y, sin embargo, ella dice que antes o después de haberse oído el disparo, no lo recuerda con exactitud, escuchó el timbre del teléfono. ¿Como pudo una mujer asustada parar mientes en tal cosa?

Michelena se puso de pie con vivacidad, aunque no con cólera, y clavó su mirada en mi amigo.

—Usted insinúa que Amalia fingía estar asustada, que quiso alejarse del privado porque no podía soportar el espectáculo de don Quintín muerto. En una palabra, la está usted inculpando.

Enrique no se alteró. Frotóse las manos y, mientras se las frotaba, desvió la mirada hacia el Rembrandt para decir pausadamente:

—Yo no insinúo nada, yo no inculpo a nadie. Anoto un dato, simplemente. Y nadie mejor que usted puede darme luces en el asunto. Dígame, ¿qué se oyó antes, el disparo que puso término a la vida del señor Villegas o el timbre del teléfono?

—No hubo ninguna llamada telefónica. Nadie pudo haber llamado, porque nadie sabía que don Quintín estaba en su oficina. Hay alguna confusión en eso.

—Sin embargo, el notario De la Parra afirma que precisamente faltando unos minutos para las seis había tratado de comunicarse con ustedes.

Michelena, por vez primera, pareció dudar. Fue sólo un segundo, una fracción de segundo.

—No sabía yo eso. . . Más bien, no me fijé.

—Recuérdelo bien, señor Michelena. Recuerde que usted mismo fue quien pidió al notario que lo llamara.

El gestor de negocios volvió a sentarse, sin perder de vista a Enrique, cuya mirada no abandonaba la contemplación de su Rembrandt falsificado.

—Es verdad, lo había olvidado —reconoció Michelena, y su voz era débil, insegura.

—Entonces, ¿no puede usted decirme nada a ese respecto?

—Nada, nada.

Andrade calló. Ahora fingía meditar.

—Usted sabía que la señorita Torres estaba comprometida en matrimonio con el señor Villegas, ¿no? —continuó.

—Sí, lo sabía. Nuestro jefe me tenía una gran confianza y me hizo su confidente. . .

—Cortó bruscamente aquella confesión, como dándose cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Eso no obstante —y la voz de Enrique tomó un timbre metálico, duro—, usted declaró su amor a la señorita Torres la mañana del crimen. ¿No cree que fue desleal, que. . .?

Michelena volvió a ponerse de pie, esta vez no con vivacidad, sino con violencia, fruncido el entrecejo y los ojos brillantes de cólera.

—¡Son cuestiones íntimas que a usted no le interesan! —gritó—. Lo que haya entre ella y yo, es mío y de ella.

Mi amigo no quiso enterarse de que Michelena éstaba encolerizado. Con mucha parsimonia, midiendo las palabras casi, dijo:

Sí me interesan. Usted, como buen confidente, sabía que la señorita Torres heredaría al señor Villegas y que aquel que se casara con ella se convertiría en millonario. ¡El millonario consorte! ¿No?

—Es decir, que usted supone. . .

—Yo no supongo, yo sé —exclamó dramáticamente Andrade, con un acento de convicción que habría impresionado a cualquiera—, y es mejor que pongamos las cartas sobre la mesa. Usted estimuló el amor tardío de su jefe hacia la señorita Torres,



hasta hacer que nombrara a ésta heredera universal. Usted, confidente y gestor de negocios del señor Villegas, pudo comprobar la existencia del testamento. Hasta entonces, no antes, no creyó oportuno pedir matrimonio a Amalia. . .

Michelena había palidecido. Sin embargo tuvo bastante aplomo para contestar:

—Sus hipótesis no me interesan, puede usted quedarse con ellas.

Hizo ademán de marcharse, pero no pudo sustraerse a la voz tranquila de Enrique.

—No hago hipótesis. Puedo probar todo lo que he dicho, como puedo probar también que usted, después de acompañar a la señorita Torres a que tomara su *lunch*, regresó a la oficina a montar el mecanismo que había de dar muerte al señor Villegas, como puedo probar que anoche usted sustrajo de la oficina de su jefe, el arma homicida. . .

El gestor de negocios no pudo dominarse más.

—¡Idioteces! —gritó mirando fieramente a mi amigo.

—¿Sí? —preguntó Andrade con una sonrisa de hielo—. Dentro de un momento nuestro amigo Zapata lo llevará a usted a la cárcel para que diga a un juez que todo esto son idioteces.

De súbito, con un movimiento rapidísimo, Michelena se llevó la mano a la cintura, sacó un revólver y nos apuntó a Enrique y a mí.

—¡Quietos! —ordenó mientras retrocedía hacia la puerta—. Y no intenten seguirme.

Sin desconcertarse, con una cachaza asombrosa, Andrade le advirtió:

—Es inútil, Michelena. Lo tengo previsto todo.

El joven, sin volverse, mirándonos siempre, tomó con la mano izquierda el pomo de la puerta y abrió ésta de golpe. Yo vi que detrás de él surgía una sombra. Pensé en un socorro providencial.

Era Zapata, el agente, a quien Enrique había dado la llave de la casa para que se introdujera en ella tras de Michelena, y que, empuñando una pistola, estaba ahí intimando rendición.

Tire esa arma y estese quieto.

El gestor de negocios, tomado de sorpresa, dejó caer el revólver y levantó las manos en alto. Hasta entonces no se atrevió

a volverse y una sonrisa asomó a sus labios. Debe haber pensado que sus recursos no estaban agotados todavía.

—Es un chantaje, señor Zapata —clamó—. Este falso detective, este Andrade intentaba. . .

—Lo he oído todo y quizás el amigo Andrade no esté equivocado —interrumpió el agente.

Obligó a Michelena a regresar a la sala y lo puso bajo mi custodia. Enrique hizo oír su voz:

—Vea usted el revólver de nuestro amigo Michelena. Es un Smith y Wesson calibre 38. Como el arma es nueva, con sólo tomar el número podrá averiguarse qué establecimiento la vendió y quién fue el comprador, aparte que no es difícil que el dependiente recuerde cuándo se hizo la compra.

—Veremos, veremos. . . —murmuró Zapata. Y dirigiéndose al gestor de negocios—: Usted va a acompañarme.

—Entonces, ¿estoy detenido?

—¿Pues, qué otra cosa?

Efectivamente, la pistola había sido comprada el lunes anterior, la víspera del crimen, en una armería del centro de la ciudad. El dependiente no conocía al comprador; pero las señas que dio él coincidieron con las de Michelena.

Zapata vino a vernos. Estaba muy contento y contó, poco menos que con lágrimas en los ojos, que sus jefes lo habían felicitado, ya que Michelena se resolvió a confesar.

—Fue por usted, Andrade, que me ayudó tanto. Si no, quién sabe hasta cuándo se habría prolongado la pesquisa. Pero, quiere decirme ¿cómo supo usted que Michelena era el asesino?

—Muy sencillo: él mismo me lo dijo:

El agente miró con incredulidad a Enrique.

—Sí, desde la primera entrevista incurrió en pequeños errores, como ése de haber omitido el llamado por teléfono que puso en movimiento el mecanismo de la muerte. Y me dio datos preciosos, como el de que había pedido a la señorita Torres un documento que ella nunca pudo tener: con eso pretendía probar la coartada alegando que estaba en la antesala cuando se cometió el asesinato. Son insignificancias, pero las insignificancias suelen ser decisivas. Así, por ejemplo, haber enviado al mozo a buscar un médico, en lugar de llamarlo por teléfono, y haber llevado a la señorita Torres a la antesala, para que se repusiera, indican que quiso quedarse a solas para desarmar el mecanismo y esconder la pistola dentro del ejemplar del Quijote.



Pero Zapata, que el día de de la aprehensión había escuchado detrás de la puerta, no acababa de comprender del todo.

—¿Cómo averiguó usted que montó ese mecanismo después de haber acompañado a la señorita Torres al lugar del *lunch*?

—Es fácil: no tuvo tiempo para tomar el almuerzo con ella, dizque porque iba a comer con unos amigos. . . Pero pudo llegar antes que su jefe, antes que todos, a la oficina pretextando arreglar una documentación.

—Otra cosa, otra cosa. . . —continuó el insaciable Zapata tratando de recordar—. ¿Y cómo estaba usted tan seguro de que él sustrajo la pistola aquella noche?

Enrique se volvió a mí:

—¿Recuerda usted con qué prisa bajó la escalera el que se nos había adelantado? Solamente alguien que conociera la casa podía hacerlo. Nosotros, extraños en el edificio, bajamos con dificultad.

—¿Y. . .? —quiso preguntar el agente.

Pero Andrade, con la poca jovialidad de que es capaz:

—Usted debería mandarle flores a la señorita Torres, en desagravio por haber sospechado de ella.

SALVADOR REYES NEVARES

Ojalá que se sientan a gusto —dijo Antonio a sus invitados mientras les servía el whisky—. La ciudad es casi siempre demasiado tranquila; pero procuramos pasarla bien.

—Es preciosa —afirmó Lucía—. Por lo poco que hemos visto desde la entrada de la carretera hasta tu casa, ya te puedo decir que me encanta. ¡Cómo siento que no hayamos pasado aquí nuestra luna de miel! ¿Verdad, mi vida?

Raúl contestó un "sí" no muy entusiasta, porque estaba absorto revisando los libros de la estantería del fondo del salón. Había dejado su asiento pero no el vaso de whisky, de modo que hacía esfuerzos para que el líquido no se derramase mientras con una mano trataba de hojear un grueso volumen.

—Preciosa ciudad —continuó Lucía— con sus calles tan angostas y sus edificios tan viejos; y los arcos tendidos de acera a acera; y las ventanas con rejas y flores; y el silencio. . . Debe estar llena de leyendas.

—Pues mira, una de esas leyendas es la de esta casa —replicó Antonio. E iba a continuar cuando le interrumpió la voz de Raúl:

—Aparecidos, tesoros ocultos, una monja que se asoma a la ventana en las noches de luna, para asustar a los desvelados. . . —sus palabras sonaron con los timbres más burlones de un sólido positivismo.

—Nada de eso —repuso Antonio—. Es una historia que tiene mucho de real y que ha intrigado a toda la familia desde hace tres generaciones. Yo mismo no sé como explicar los hechos.

—Pues cuenta, cuenta —dijo Raúl, volviéndose a su sillón, cuya antigua madera vienesa crujió levemente al recibir su cuerpo.

—Cuenta, por favor —añadió Lucía—. Los ojos le brillaban

de pura excitación. Había ido a Guanajuato en busca de emociones y parecía que las había encontrado. Apoyó su barbilla en la mano izquierda y echó el busto hacia adelante, para oír mejor. Su boca, muy pequeña, estaba entreabierta, tanto era su interés en el relato que iba a iniciar el huésped.

Antonio permaneció unos momentos sin hablar, la cabeza inclinada, como si estuviese ordenando *in mente* los episodios. La luz de la tarde, ya muy débil y amortiguada además por las cortinas, daba a su rostro un aspecto todavía más severo del que tenía habitualmente. Antonio no era viejo, pero lo parecía. A los treinta y cinco años, la soledad, la pasión del estudio y cierta melancolía ingénita le habían ahondado la mirada y modelado las facciones —de por sí filosas y adustas— en tal forma que siempre parecía meditar en cosas muy graves.

Raúl cruzó la habitación, sin hacer ruido, porque la alfombra ahogaba sus pisadas, y encendió una lámpara de pantalla verde que estaba sobre una consola.

—Ya casi no se ve —murmuró como para justificar su acto.

—En esta casa, al fondo, hay un cuarto pequeño que servía de estudio a mi bisabuelo Felipe —al pronunciar el nombre, Antonio señaló con la mirada uno de los retratos que había en la pared. Era un óleo de bastante mérito. Representaba a un caballero vestido a la usanza de 1870, con bigotes erectos, ceño duro, frente abombada y ojos claros, muy penetrantes—. En ese cuarto —prosiguió el narrador— se refugiaba a estudiar, todas las mañanas. Parece que en sus últimos años se convirtió en un completo misántropo. Uno de tantos días en que estaba encerrado, traduciendo a Horacio, sonó un disparo ahí mismo, en el estudio. Su hija Gertrudis —mi tía abuela— y toda la servidumbre, corrieron a ver qué pasaba. Después de forzar la puerta encontraron el cadáver. Mi tía abuela dice en su diario que el rostro y los hombros estaban deshechos, agujereados en sitios innumerables, por los que brotaban chorros de sangre. A cuatro metros de él, sobre una mesa, humeaba todavía el mosquetón causante de la muerte. Era un arma antigua, de aquellas que se cargaban por la boca con toda clase de proyectiles: clavos, balines, simples trozos de fierro. Fue una impresión tan fuerte para la pobre señora que según parece quedó un poco desequilibrada. No loca



ni mucho menos; pero nunca pudo olvidar aquel veintiuno de marzo.

—¿Y quién lo mató? —preguntó Lucía.

—Nadie.

—¿Cómo?

—Nadie, al parecer. Ya dije a ustedes que el estudio estaba cerrado por dentro. Siempre que el bisabuelo se ponía a trabajar se aislaba en esa forma. No es creíble pues que haya habido asesinato. Tampoco puede tratarse de un suicidio, ya que el mosquetón se encontraba lejos del cadáver y la muerte fue instantánea. No es verosímil que, después de causarse aquellas espantosas heridas, el anciano se hubiera levantado para dejar el arma en su lugar y luego hubiera vuelto a sentarse. Además, no había huellas de pólvora ni en su piel ni en sus ropas, lo que indica que el disparo no fue hecho desde muy cerca.

—Es extraño —musitó Raúl—. Jugaba con su vaso de whisky. Había encendido su pipa, lo que hizo sonreír a Antonio. Parecía un detective inglés, en plena cavilación.

—Pero lo más extraño de todo —prosiguió el dueño de la casa— es que tres años más tarde, exactamente un veintiuno de marzo, el esposo de mi tía abuela Gertrudis murió en idéntica forma. Doña Gertrudis era apenas novia informal de don Rodolfo al ocurrir la primera tragedia. Al verse sola en este caserón con la servidumbre (su madre había muerto al darla a luz), precipitó su boda. Poco más de dos años vivió con su marido. En una fecha igual, en el mismo lugar, el mismo mosquetón lo mató a él. —Antonio había articulado angulosamente todas estas palabras, para aumentar su efecto.

Lucía lanzó una pequeña exclamación de asombro.

—Extraño, muy extraño —repitió Raúl, quien se había quedado pensativo—. Claro que si hubieran tomado huellas digitales, si los métodos de investigación hubieran sido mejores en aquella época. . .

—Posiblemente —interrumpió Antonio—; pero quién sabe. Tal vez tampoco así hubiese aparecido el culpable. Las víctimas no tenían enemigos. Acaso nadie dejó huella alguna.

—El crimen perfecto —comentó Lucía.

—En la familia hemos adquirido la costumbre de no hablar

del crimen. Sobre aquellos dos hombres cayó una sentencia vaga, informulada. Alguna instancia diabólica los condenó a morir. Incluso puede decirse que uno de ellos lo supo y trató de prevenir al otro, pero no fue escuchado: el tío Rodolfo, desde antes de casarse con la tía Gertrudis, y antes de la muerte de mi bisabuelo, había recibido un aviso. El vitral le anunció que algo malo, inevitable, estaba a punto de suceder.

Ahora la voz de Antonio se había hecho ligera, un tanto irónica, como para manifestar que recitaba su parlamento sin creer en lo que decía.

—¿Qué significa esto de que el vitral anunció las muertes?

—¿Qué vitral? —inquirió Raúl, lleno de curiosidad a pesar suyo.

—El vitral de la corneja a la siniestra.

—No entiendo —protestó Lucía.

—En el estudio hay un emplomado que representa una escena de caza. A la izquierda de un grupo de jinetes vuela una corneja. Ése es el vitral. Don Rodolfo enamoró a la tía Gertrudis valiéndose de él, pues con el pretexto de arreglar algunos de los cristales la vio las primeras veces. Poco más tarde percibió el mal augurio. Lo comunicó a su futuro suegro, pero éste no le prestó la menor atención. Por lo menos es lo que cuenta la tía Gertrudis en su diario. Al final, ya muerto don Felipe, cuando al tío Rodolfo le hubiera bastado dar una orden para que desapareciera la famosa corneja, se abstuvo totalmente. Nunca me he explicado este punto de la historia, y la tía Gertrudis no lo aclara, y ni siquiera lo menciona en el manuscrito que dejó.

—¿Y qué relación objetiva hay entre el vitral y las dos tragedias?

—La única que existe es que el mosquetón, en ambos casos, apareció sobre una mesita, como he dicho; una mesita de ajedrez que está justamente debajo del emplomado.

Después de cenar en el comedor de la casa —los dos viajeros tenían un gran apetito— salieron, ya bien entrada la noche, a callejonear. Bajaron por fin a la calle de Alonso —ancha y plana— y fueron a tomar un refresco al café que está frente al Jardín de la Unión. En el paseo hablaron de muchas cosas, pero no mencionaron la historia del vitral. Lucía estaba fascinada por la ciudad extraordinaria. Raúl escuchaba con atención las explicaciones de Antonio, acerca del antiguo auge minero de Guanajuato, de su decadencia posterior y de su vida actual, como centro universitario y administrativo.



Una vez en la casa, dijo Raúl:

—Oye Antonio, ¿sería mucho atrevimiento pedirte por esta noche el diario de tu tía Gertrudis?

—Por qué va a serlo. Te aburrirás un poco, te reirás de las cursilerías de la pobre tía; y en fin, comprobarás que es cierto todo cuanto te he dicho.

Antonio fue al salón y se encaminó a la estantería. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar un tomo de grandes proporciones, empastado en piel azul.

—Éste es el diario —dijo; y adelantándose a la observación de su amigo—: Mi padre lo hizo empastar porque lo consideraba un documento importantísimo para la historia de la familia.

Raúl tomó el libro entre sus manos y por voluptuosidad no quiso ni siquiera abrirlo. Deseaba gozar a solas aquella lectura. Imaginaba las largas páginas escritas con letra redonda, llenas de frases dulces, de versos de la época. Pensaba hallar alguna flor guardada —ya casi polvo— entre las hojas; y pensaba también que algo podría saber de aquella doble tragedia, tan atrayente, tan indescifrable en apariencia.

Lucía estuvo mucho tiempo dando vueltas en la cama, pero al fin quedó dormida sin que Raúl hubiese llegado a acostarse.

Raúl se había sentado en el salón, con el diario de la tía Gertrudis. Por varias horas leyó y releyó el viejo manuscrito. En su libreta de notas transcribió cuidadosamente los párrafos que más le interesaron. De cuando en cuando interrumpía el trabajo, preparaba una taza de café en la lamparilla de alcohol que Antonio le había dejado de propósito, y encendía la pipa, para volver en seguida al viejo libro azul.

En realidad estaba excitado. El diario era una hermosa novela muy femenina y muy siglo XIX. No, la tía Gertrudis no era una cursi. En sus páginas había un sentimiento tan agudo, una ternura tan alta, tan constante; una tan grande capacidad de conmoverse por todo y de llorar sinceramente por las cosas más triviales, que el diario resultaba mucho más que una confidencia personal, y se convertía en imagen del tiempo en que había sido escrito. En otras circunstancias, Raúl se hubiera contentado con

estas características del documento; pero ahora, sin dejar de apreciarlas, seguía afanosamente una pista.

Después de completar sus notas en la libreta, fue a la estantería, como obedeciendo a una inspiración repentina. Muchas páginas del diario tenían en la parte superior, como ornato, dibujos de flores y de plantas realizados a la acuarela por tía Gertrudis, con gran esmero y cierto talento. Cada flor o cada planta representada parecía responder al tema del día. Por ejemplo, las páginas en que estaba la narración de la muerte de don Felipe tenían como viñeta un bosque de cipreses. Raúl examinó los lomos de los volúmenes de la estantería. Estuvo buscando unos minutos, hasta que con avidez tomó un libro pequeño, muy deteriorado, en cuya pasta apenas era posible distinguir el título: *El lenguaje de las flores y el de las plantas con algunos emblemas de las piedras y los colores*, por A. Riojas (la obra estaba editada en París, en 1879, por la Librería de C. Bouret).

Durante un largo rato más, Raúl estudió, analizó los dibujos de tía Gertrudis valiéndose de las candorosas parrafadas del señor A. Rojas; completó sus anotaciones y, con un gran bostezo, apagó la luz y se marchó a acostarse.

—Éste es el estudio de mi bisabuelo —dijo Antonio a la mañana siguiente, mientras abría con una larga llave la última habitación de la casa—. Al girar la puerta, los visitantes tuvieron la sensación peculiar que produce el aire confinado. Vieron un gabinete de proporciones reducidas, la severidad de cuyo mobiliario estaba equilibrada por la alegría de los colores del vitral, que a aquella hora caían sobre la alfombra —vieja alfombra francesa, ya un tanto rala— y sobre la gran mesa escritorio. El vitral ocupaba toda una pared y las otras tres estaban cubiertas de mapas de la República y de Europa, cuadros de tema histórico —el abrazo de Acatempan, la entrada a México de Maximiliano y Carlota— y libreros bajos, encristalados y protegidos además con cortinillas verdes. El escritorio, junto al muro opuesto a la vidriera, daba el frente a ésta. Sobre su superficie había un larga y desordenada fila de libros, un tintero de bronce, un quinqué pequeño y algunos pliegos en blanco bajo un óvalo de cristal cortado. Detrás, una silla tapizada con cuero negro.

—¿Tu bisabuelo estaba sentado aquí?



—Allí mismo.

—¿Y dónde fue encontrada el arma?

—Sobre esta mesita de ajedrez —indicó el mueble, ligeramente más alto que el escritorio, aunque de superficie mucho más reducida. Estaba debajo del vitral. El tablero aparecía borroso. Las sesenta y cuatro casillas eran grandes, como para piezas de gran volumen.

—Bien, aquí estaba el mosquetón —murmuró Raúl en voz muy baja, como para sí mismo. Y añadió:

—¿Y no tienes esa arma?

—Es aquélla —Antonio señaló con el dedo hacia un ángulo de la pieza. Ahí en aquel rincón estaba el mosquete. Con la pesada culata en el piso, la boca apuntaba hacia arriba. Raúl lo tomó en sus manos.

—Hace fuego por medio de una chispa. Es de los que empleaban pedernal. . .

—Así te lo había dicho anoche.

Raúl se aproximó al vitral y lo examinó por varios minutos. Era un excelente emplomado. La escena de cacería ya descrita por Antonio estaba realizada con gran belleza. Damas y caballeros de peluca empolvada —todo muy rococó— cabalgaban apaciblemente por una fina grama, hacia la sombra del bosque próximo. Los perros corrían delante y en el cielo, a la izquierda, volaba un ave negra. Las facciones de los personajes y sus ropas, así como los arneses de los caballos, estaban retocados a pincel.

Raúl vio su reloj de pulsera, contempló largamente el tablero de la mesa de ajedrez y por fin dijo, con expresión de contento en sus ojos:

—Bueno, ustedes querían que fuésemos a La Valenciana. Estoy listo, y creo que se ha hecho un poco tarde.

Después del paseo, ya casi de noche, Antonio y Raúl tomaban café en el salón-biblioteca. Raúl había encendido la lámpara verde de la consola. Ninguno de los dos se mostraba muy deseoso de conversar. Sin embargo, era visible que Raúl traía entre manos un tema interesante.

—He aclarado el misterio —indicó al fin.

—¿Estás seguro? —En la voz de Antonio había señales de un gran interés y de incredulidad.

—Tal vez no debiera hablar, porque en este caso la justicia está hecha desde hace muchos años. Pero dicen que la verdad es buena en cualquier circunstancia. . .

—Habla, hombre, habla.

—El problema, como todos los que parecen insolubles, tiene una solución muy simple. Hubo una serie de factores, psicológicos casi todos ellos, que produjeron una especie de ceguera a quienes se habían enfrentado a este misterio. El respeto a los muertos, el atractivo de una leyenda. . . En fin, se confabularon muchas fuerzas para que nadie, hasta ahora, diera con el culpable. Recuerda que, según tú mismo nos has dicho, en tu familia se adoptó la costumbre de no hablar del crimen. Ésta es la mejor prueba de que todo el mundo había renunciado a examinar las cosas desde un punto de vista estrictamente lógico. Se acudió a la maldición de la corneja para explicar la tragedia, o mejor dicho para no explicarla. No es que nadie, ni tú ni ninguno de los tuyos, creyese realmente en ese cuento; pero al fin y al cabo era un velo, una niebla novelesca que dispensaba de más cavilaciones.

—No te niego —prosiguió Raúl, cruzando las piernas y con cierta pedantería— que el crimen era difícil de descubrir. Ninguna de las víctimas tenía enemigos, como tú me indicabas anoche. El lugar cerrado complicaba todavía más la trama; pero con todo y eso el acertijo es muy simple. Aquí tengo todas las pruebas.

Y Raúl buscó en sus bolsillos la libreta de notas de la noche anterior. La abrió y se dispuso a leer. Antonio con la mirada lo invitó a que lo hiciera. Empezó con voz declamatoria:

—Primera hoja del diario. . . o mejor dicho primera hoja interesante: "Hoy le he visto. Dios me muestra el camino de mi felicidad. Vino con un pretexto que nadie le creyó, en compañía de su amigo Aurelio. Mi padre estuvo toda la mañana con el ceño fruncido, como cuando de niña me sorprendía comiendo fruta de la huerta. Mi amado (pero, ¡Dios mío! ¿he dicho "mi amado" cuando apenas es un sueño?)... Él vino desde temprano, dizque a componer el vitral del gabinete de mi padre. Charlaban los dos, mientras cada uno trabajaba en lo suyo; mi padre en su traducción del latín y Rodolfo, como un simple obrero, cambiando algunos cristales del emplomado. Aurelio, que según



dicen me pretende, era una figura borrosa, sentado en un ángulo del aposento. Bajé al jardín y una fuerza misteriosa me llevó muy cerca del vitral. Allí, a la vista de él, me puse a bordar. No me atrevía a levantar los ojos. De vez en cuando sentía en mi frente como un rayo de sol. Era el Amor, que descendía hasta mí envuelto en sus miradas. Mi padre me ordenó ir a la sala, a preparar mi clase de piano. Ojalá que mi amado no lo notara, pero mi padre estaba de pésimo humor. No estima a Rodolfo. Lo ve como un advenedizo, por la humildad de su cuna. Sus ideas liberales le exasperan. A veces creo que le odia. ¡Ah, si fuera posible romper esta obstinación, si consintiera en nuestra boda! Hoy es todo felicidad para mí, pero también es todo incertidumbre."

—Aquí —dijo Raúl levantando los ojos— termina esta hoja. Tu tía dibujo una acacia como viñeta. La acacia significa amor platónico, según los tratadistas.

Y continuó:

—Pasemos a otra página del diario. En el intervalo tu bisabuelo ha muerto. Ahora están casados tu tía Gertrudis y tu tío Rodolfo. Tu tía escribe y dibuja en el encabezado unas hojas secas, que simbolizan la melancolía. Éste es el texto: "Cada día mayor tristeza. Sola en esta casa, en que esperaba la dicha y no he recibido más que las punzaduras del dolor y del desconcierto. Mi padre me ha dejado para siempre y mi esposo, en cuyo fuerte pecho debería abrigarme, me rehuye. Rodolfo fue a Guadalajara a arreglar no sé qué negocios. Todo parece tan natural. . . Pero mi corazón me dice que trata de apartarse de mí. Esperaré confiada, ¡qué otra cosa puedo hacer! ¡Dios quiera que vuelva con la sonrisa de los primeros tiempos! Sería como una brisa pura para que disipara la niebla de esta horrible sospecha."

—Sigue en este tono la página, que es muy larga —explicó Raúl—; pero ya tenemos el hecho que nos interesaba.

—El tío Rodolfo tuvo una querida —repuso Antonio—. Fueron malos meses para la pobre tía Gertrudis. La querida se llamaba. . .

—Datos complementarios —calificó Raúl volteando la hoja; y empezó sin más—: "Ha vuelto. Me ha traído regalos. Encajes, joyas. Trajo también una caja enorme con instrumentos de Físi-

ca para sus estudios, que desde hace mucho había abandonado. Me pregunto cómo un hombre de ciencia como él puede creer en supersticiones como la de la corneja. Una vez llevé la conversación por este camino y se entristeció y se puso de mal humor durante muchos días. Pero cree en la corneja. Fue él quien le decía a mi padre que la quitara del vitral, para que no trajera desgracia a la familia. . . Trajo también muchos libros, algunos para mí. Pero ¿por qué hablo de estas cosas? ¿Será porque ni siquiera a mi Diario me atrevo a confesar que sigue existiendo la barrera que nos separa? Si se pudiera borrar el pasado, y empezar a vivir desde este momento. . . Entonces, quizá no estaría todo perdido. Porque tengo la impresión de que él sufre también. Me habló con insistencia de Aurelio, mi antiguo pretendiente. No sé qué pensar.''

—Y la última hoja —dijo Raúl mirando a Antonio con fijeza, como para saber si iba comprendiendo—, la última hoja dice así: ''Hoy he hablado con él frente a frente. Se turbó. Me dijo que la muerte de mi padre me había vuelto nerviosa, lo mismo que a él; que imaginaba cosas absurdas. Pero que me amaba, que me amaba como en el primer momento. Después se puso a hablar de mi padre (don Felipe, como él le llama) y a decir que era un hombre intachable, modelo de virtudes y de lealtad. Lloró, lloró verdaderamente. Lo he visto llorar.''

Raúl había concluido la lectura.

—Tenemos ya casi todos los hilos —dijo.

—Pues no los veo.

—En esquema son éstos: el matrimonio de tus tíos abuelos no era feliz. Tu tío Rodolfo era esquivo con su esposa, y ésta sabía algo, o lo sospechaba. Olvídate de la amante de tu tío. Lo que doña Gertrudis insinúa en el diario es tan grave que no se atreve a decirlo claramente. Una rival le hubiera dado ocasión para largas tiradas sentimentales, a las que era tan aficionada. Hubiera estado dentro de lo normalmente sufrible por una dama. En suma, no hubiera sido nada extraordinario. Pero los actos realmente significativos son tres: tu tío abuelo era un buen físico, arregló el vitral y tu bisabuelo se oponía al noviazgo.

—Pues sigo sin comprender.

—Estamos al final. Mañana, como a las once y media pon



la mano sobre la mesilla de ajedrez. Ponla exactamente sobre la casilla que corresponde al alfil del rey del jugador que está a la derecha. Después de un minuto o dos sentirás una punzada. Te quemarás. En el vitral, en una de las nubes que bordean a la corneja, hay un cristal de aumento poderosísimo y muy bien colocado. Durante todo el mes de marzo, y sobre todo el día veintiuno, ese cristal recoge los rayos del sol y los proyecta sobre la mesilla. Tu tío Rodolfo lo instaló aquella mañana, mientras charlaba con su futura víctima y cortejaba a Gertrudis. Se había dado cuenta de que nunca vencería la oposición de tu bisabuelo. Llevado por el amor o por el interés —ignoro este aspecto de la cuestión— decidió casarse a cualquier precio. Aprovechó sus conocimientos de óptica y armó la trampa. Es posible que la idea le viniera de un cañoncito que por entonces funcionaba en el Palais Royal de París, el cual tronaba por virtud de una lente. No es remoto que él conociera la novedad, ya que por aquella época estábamos en México muy al tanto de lo que ocurría en Francia. Tu tío sabía que don Felipe trabajaba todos los días, sentado frente al escritorio. Había visto el arma. Estudió la posición que ésta debería tener para no errar el tiro —aquí le fue muy útil la cuadrícula del tablero de ajedrez—; la cargó en algún momento propicio y esperó a que el sol se aproximase al meridiano. . .

—¿Y la muerte de mi tío?

—Era un hombre de conciencia, no pudo soportar el recuerdo de su crimen. Para pintarlo, basta un hecho: inventó la historia de la corneja, e insistió hasta el cansancio para que tu bisabuelo mandara quitar del vitral la figura del ave. Era una forma de prevenir a la víctima porque no quería tomarla a traición. Puso en manos de don Felipe la vida y la muerte. Don Felipe eligió. Me dirás que el aviso era demasiado sutil; pero así se salvaba lo que hoy llamaríamos el principio deportivo. Desaparecía siquiera un poco de la vileza del asesinato. ¿Qué tiene de extraño que Rodolfo no soportara los remordimientos? Pero hay más: tu tía Gertrudis algo sabía, o por lo menos algo adivinaba. Esto es lo que ni siquiera en su diario quiso decir. Pero por medio de una vuelta muy fina me lo contó a mí anoche, cuando leía. En la cabeza de la página en que Gertrudis relata la escena del

llanto de Rodolfo por don Felipe, hay dibujada una flor de castaño; y la flor de castaño significa perfidia. ¿Por qué, me pregunté anoche, Gertrudis llama pérfido al yerno que lamenta tan amargamente la desaparición del suegro? La respuesta es difícil de aceptar, pero, en calidad de hipótesis, me pareció que esta teoría del asesinato merecía cuidadosa atención. Hoy por la mañana la comprobé experimentalmente, en el estudio de don Felipe.

Raúl golpeó la pipa contra la palma de su mano.

—Por fortuna —añadió— los protagonistas de este drama no son ya más que polvo, y la vergüenza y el dolor hace mucho que dejaron de gravitar sobre ellos.

# SINFONÍA PASTORAL

*A Mauricio Magdaleno*

La pirámide horizontal de luz opaca cuyo vértice se disparaba desde la caseta de proyección, atrás, a un lado y por encima de sus cabezas, era como la mirada de un cíclope cuyo único ojo, de rápidos párpados innumerables, aleteara en la oscuridad y la descompusiera en un haz de cambiantes bandas grises que sobre la pantalla se convertían en espacio, en movimiento, en formas y cuerpos trascendentales. Pero ella, sin poder dar rienda suelta a su desesperación, se negaba a mirar con el ojo del cíclope, tenía miedo de que, si miraba hacia la pantalla, esta insignificancia bastara para sacarla de quicio y hacerla enloquecer de histeria. —¿Te aburre la película? —escuchó junto a ella la voz de su marido—. La bestia inmunda, repulsiva, infame, ruin, innoble, estúpida de su marido. No, estúpida no; una simple bestia sádica más bien. (Aunque —pensó al mismo tiempo— tal vez la pregunta de su marido habría sido hecha, a pesar de todo, con sincera naturalidad, sin segundas intenciones aviesas y sin el menor propósito de obtener aquella respuesta reveladora que le confirmara alguna idea preconcebida acerca de cierto desarrollo ulterior, en la dirección perversa y traidora que, entonces, habría esperado, de supuestas premisas sospechosas contenidas en ella y que, de haberse él propuesto tal empeño realmente, irían tomando forma paso a paso, en el transcurso de estas horas, con sólo que él tuviera la habilidad de suscitarlas en la forma adecuada. Pudiera ser.) Lo cierto era que —sin seguridad alguna respecto a las suposiciones reales de su marido— ella estaba condenada —sí, condenada era la palabra— a manejarse en el vacío más absurdo, rodeada de un espacio ciego, sin dimensiones ni referencias, como dentro de una negra celda cósmica desprovista de muros. Por otra parte estaba el hecho de que su mari-

do se conducía hacia ella —exactamente desde quince minutos antes, cuando él regresara del despacho a casa con anticipación— en la misma forma sutil y de buscada indiferencia de quien trata a una persona en proceso de volverse loca y a la que, con minucioso y tenso empeño psicológico, evita infundirle la más leve sospecha que pudiera constituir un indicio de que él ya está al tanto de su proceso de locura ni de la circunstancia de que, además, por ningún motivo dejará de averiguar, así deba hacerlo con las más desenvueltas precauciones, a través de las actitudes, las palabras, los gestos y los ademanes de dicha persona, la existencia de nuevos datos suplementarios que le sirvan para comprobar el estado de demencia completa en que aquélla terminará por hundirse inevitablemente. En medio de esta especie de lucha inmisericorde y sin atmósfera, que libraran como si uno al otro se persiguieran en el infinito, el único recurso de que ella disponía para conservarse dentro de las reacciones adecuadas y mantener las apariencias se limitaba a la adopción, en cada caso, de las actitudes más lógicas y consecuentes que podía deducir de los diferentes grados de incertidumbre a que su marido la enfrentaba. El haz de parpadeante luz, encima de sus cabezas, parecía proyectarse en el infierno sobre la superficie lunar de sus dos almas anhelantes y furibundas hasta el martirio. (Cuando menos, el alma de ella.) —No —repuso—; no es de las películas que me aburran de ningún modo, por el contrario —le parecía irónico y grotesco que en otro tiempo hubieran leído juntos la *Sinfonía pastoral* de Gide, y horrible como para sentir náuseas que hoy, también juntos, se encontraran aquí para verla en cine. Se empeñaba en no volver los ojos a la pantalla. En el río de movimientos luminosos y abstractos que nacía de la caseta de proyección, la novela de Gide aún estaba escrita en su lenguaje cifrado, sin traducir a ningún idioma de los hombres, prefigurada en algo todavía no dicho, como un libro que aún estuviera por escribirse, el texto acechante, agazapado en el claustro de la gestación y visto por rayos X a través de los huesos del monstruoso cráneo del propio Gide; era todavía el destello intermitente con el que, de un semáforo a otro, en alta mar, los barcos hablan entre sí; la inminencia de palabras que todavía no ocurren, pero a las que, de la lente del proyector a su destino, apenas



les falta la distancia de unos cuantos metros para ser crucificadas en la imagen. Mirar aquello para no mirar nada, para evadirse, como si ninguna de todas las cosas del mundo hubiese salido aún del vientre materno. Como no estar ya para siempre en sitio alguno. (Ahora bien; si su marido esperaba que le hubiese contestado rabiosamente que sí, que se aburría hasta la desesperación y que debieran regresar a casa por todos los santos del cielo —o por ningún santo, nada más regresar—, el contragolpe de la obvia respuesta que ella le había dado frustraba, en fin de cuentas, la probable acechanza con la que él intentó acaso hacer la caer en la inaparente trampa de su pregunta. *Regresar a casa*. Era ingenuo que él esperase escuchar de ella una cosa como ésta. En la invisible lucha de incertidumbres y espejos sin imagen, donde cada quien se disfrazaba con la piel del otro y donde ambos terminarían por naufragar, hambrientos, sedientos, enloquecidos a mitad del océano glacial de su rabia, ella se aferraba con todas las fuerzas de su ser a una sola certeza clara y absoluta: la de que el único deseo, entre todos los del mundo, que le estaba sacratísimamente prohibido expresar, era el de pedirle a su marido que la regresara a casa.) Pero debía fingir algo, algún interés, la *Sinfonía pastoral*.

Hizo un esfuerzo y al fin se atrevió a mirar por el ojo del cíclope. Hay nieve ahí, una tormenta huracanada sobre la blanca llanura inmensa. El pequeño animal humano: un escalofriante monstruo que por todo lenguaje apenas emite pegajosos ruidos guturales, la bestezuela que escenas más adelante termina por precisarse como una niña ciega, sirve de guía en medio de la ventisca, dirigiéndolo hacia un rumbo que ella sólo conoce por instinto, a un sacerdote protestante que la sigue. El sacerdote camina dando tumbos en las hondonadas de nieve, transido por la especie de revelación sobrenatural que cree advertir en aquello: el milagro de la niña ciega, del lazarillo ciego, que puede, no obstante, conducir desde las tinieblas de su ceguera al hombre que se cree superior porque puede mirar, al hombre que tiene ojos para ver pero que no ha visto nada todavía. La ventisca arrecia de tal modo que el sacerdote cae derribado por un violento zarpazo de nieve. Desde el país de las maravillas de sus ojos ciegos, la niña advierte la ausencia del sacerdote. Con sus peque-

ñas manos, que tiemblan azarosas en el vacío, tantea aquí y allá hasta que al fin lo toca, lo levanta y lo salva con su tacto. La caminata se reanuda porfiadamente sobre el largo viacrusis de hielo. "¡Dios!", pensó ella sobrecogida de pronto por algo que obedecía a motivaciones muy ajenas a lo que el ojo del cíclope miraba en la pantalla. "Si la tormenta les impide seguir caminando y los detiene en medio de la nieve, van a comenzar a helarse los dos. ¿Quién podrá ayudarlos entonces?" Helarse, morir de frío. La invadió una piedad animal, el miedo prehistórico de los primeros hombres que poblaron la tierra. "¿Cuánto tiempo podrá vivir un hombre antes de helarse?", se preguntó con una desesperación más precisa, más singular y concreta que todo lo sufrido por ella hasta esos instantes. "¿Cuántas horas?" Una hora cincuenta. La película duraría una hora cincuenta. Un hombre no se hiela a la hora cincuenta o las dos horas y minutos —si se contaba el tiempo que ella emplearía en llegar del cine a su casa, terminada la función—, ni tal vez siquiera a las tres horas de haber permanecido encerrado en la cámara de un frigorífico para conservar reses en canal. Llegaría a tiempo de salvar a Crisanto, a su Crisanto querido. El problema radicaba en establecer de modo inobjetable el hecho de si su marido *lo sabía* o no; si los habría sorprendido o no en el momento preciso en que ella ocultaba a Crisanto en la cámara del refrigerador. En este punto se insertaba, en medio de los eslabones de la cadena del transcurrir de los sucesos, como una tierra de nadie de la conjetura, el brevísimo y desazonado lapso que iba desde el momento en que ella estaba cerrando la puerta del frigorífico hasta el momento, *casi* inmediatamente posterior, en que por encima de su hombro apareció la mano de su marido, quien en un abrir y cerrar de ojos dio vuelta a la llave que había quedado prendida a la cerradura y luego se la guardó en el bolsillo del chaleco. ¿Qué actitud iba a asumir, qué palabras iba a decir su marido después de este segundo atroz? Pero el hombre no daba muestra alguna de haberse enterado de nada. Ahí en la planta baja de su casa, los dos junto a la gran mole blanca del refrigerador gigante, su marido era el mismo de siempre, el mismo próspero hombre de negocios, introductor de ganado y comerciante en carnes al por mayor, con su rostro rubicundo, reluciente, bien



afeitado; sus mejillas mofletudas, de sonrosado y suave color; su vientre sólido y redondo; su traje inglés de corte impecable y la llave del refrigerador en el bolsillo del chaleco. Sólo en sus pequeños ojos grises parecía brillar una chispa cínica y burlona, con la que inquiría, malignamente satisfecho. —Adelanté mi salida del despacho para venirte a invitar al cine —dijo con aire desenfadado e inimportante, con una como ternura de pronto triste, sin que pudiera advertírsele ni en el tono ni en la actitud ningún resabio de sospecha—. Vi en el periódico que hoy se exhibe la *Sinfonía pastoral*. Me acordé que hace años leímos la novela juntos. Ojalá la película no nos decepcione. Arréglate mientras yo me tomo un coñac —ella escrutó su rostro con la inquietud y la inseguridad de una pitonisa de teatro que teme descubrir sus trucos ante un público escéptico y severo—. Sin duda lo de la invitación al cine no era un ardid del último momento. Se trataba, con toda evidencia, de un propósito resuelto de antemano —antes de lo que habría sorprendido en el refrigerador— con las más sanas intenciones de que pasaran un rato agradable. Pero quedaba, inquietante y cargado de oscuras e imprecisas posibilidades, el asunto de la llave del refrigerador. ¿Por qué la había cogido al vuelo, por sorpresa, le había dado vuelta en la cerradura y se la había guardado en el bolsillo? Desde luego resultaba imposible hacerle la menor observación de extrañeza. ¿A cuenta de qué iba a extrañarse ella de que su marido hubiese hecho algo tan simple e intrascendente? ¿O había en esto determinada cosa que la afectara de algún modo especial y de la que, por ello, esta extrañeza suya no hacía sino revelar el carácter misterioso y raro de su reacción? ¿Qué turbios manejos se traía ella entre manos? ¡Con el gozo y la felicidad que se habría encarado a su marido, de tener las fuerzas y el valor para haberlo hecho! "No nos hagamos tontos. Dame la llave del refrigerador. Tú sabes tan bien como yo misma que ahí dentro acabo de ocultar al hombre con el que te engaño." Pero no. Ahora ambos estaban sumergidos en la penumbra de la sala cinematográfica, envueltos en las rítmicas tinieblas a través de cuya densidad herida el ojo de la cámara hacía palpitar ante ellos su magia imponderable. ¡Virgen santa! ¡Si al menos pudiera pedirle, suplicarle que volviera a casa! Veía a Crisanto prisionero dentro del infier-

no helado de su hermética noche polar, muriéndose de frío. El infeliz habría golpeado las paredes hasta desollarse las manos, sin que nadie pudiera oírlo desde afuera porque la cámara del refrigerador no dejaba escapar el menor ruido. ¡Ah!, de modo que su encantadora mujercita quería que regresaran de inmediato a casa. ¿Qué le sucedía a la pobre? ¡Oh, sí! Por supuesto, la jaqueca. Bien; regresarían. No era nada del otro mundo salirse de un cine a la mitad de la película. Pero ya de vuelta en la casa, las cosas no parecían progresar mucho. ¿Qué le sucedía, pues, a su mujercita adorada? La jaqueca había cedido, pero sus nervios estaban rotos. ¿Por qué si un segundo antes le daba todas las seguridades de encontrarse ya tranquila, de pronto y con exaltada vehemencia no había querido dejarlo ir al club a jugar una partida de póquer, ni quería, por nada del mundo, que él se apartara un momento de su lado? Una cosa por el estilo, algo tan imbécil como estas escenas. Continuaban sucediendo cosas que para ella eran cada vez más incomprensibles y faltas de sentido, igual que si estuviera dormida pero soñara a través de otra persona. El sacerdote alucinado y la niña ciega e idiota llegan a la puerta de una choza miserable hundida a la mitad entre la nieve. El rostro atormentado del sacerdote es de lo más estúpido que se pueda imaginar en el mundo. Pero todo, fuera y dentro de la pantalla, era estúpido, vil, repugnante y de una tontería inconmensurable, grandiosa. No podía conducirse con su marido como si lo considerara inocente, ajeno al crimen aterrador, diabólico, de haber encerrado a Crisanto de manera deliberada, y sin temblarle un músculo, en la cámara del refrigerador. Aun en el caso de que su marido fuera inocente en realidad, ella estaba sentenciada a no mirarlo sino como a un criminal, a no esperar de él sino las respuestas y las actitudes de un criminal inconmoviblemente seguro de que jamás podría haber nadie que le ofreciera el testimonio más insignificante de su crimen. Nadie, a no ser ella misma, la única cómplice y testigo. Por ello no podía permitirse la locura inaudita de jugarse el todo por el todo y apostar al vacío de aquella supuesta inocencia. Una inocencia más criminal que el propio crimen. Lo decisivo del asunto residía en la llave del refrigerador, en la forma de adueñarse de esa llave. Un problema táctico y estratégico más arduo que el de decidir



los métodos para adueñarse, durante una batalla, de la posición clave de la que dependen la victoria o la derrota de dos ejércitos en pugna. Pedírsela a él mismo, así fuese con el pretexto más veraz e intachable, vendría a ser algo tan delirante como que en estos momentos, de súbito, la tierra dejara de girar sobre su eje. Recordó la caja de champaña que un agente aduanal de Tampico obsequiara cierta vez a su marido en prenda de agradecimiento por quién sabe qué oscuras gestiones con que aquél lo habría beneficiado. "Dame la llave del refrigerador. Quiero meter a que se hielen algunas botellas del champaña que te regalaron." Absurdo, simplemente absurdo. ¡Bah! ¡Champaña! El que se helaba metido en esa tumba inenarrable era Crisanto. La piel de sus manos, de su rostro, se iría cubriendo de un ligero tamo blanco, como en la cara y las manos enyesadas de los mimos. "¡Pobrecito mío, ten paciencia, no te dejaré abandonado, iré a salvarte! Todo es cuestión de tiempo. Todo es cuestión de que resistas, ¡pobrecito mío!" Cuestión de tiempo. Cuestión de que la maldita película terminara. Cuestión de que regresaran a la casa. Cuestión de que su marido fuera inocente. ¡Virgen santa! ¡Cómo le agradecería esa inocencia! ¡Con qué fervor se inclinaría a besarle los pies! Pero no, por Dios. ¡Champaña! Era preciso razonar de un modo lógico, no dejarse arrastrar por las improvisaciones. Bien, en cuanto regresaran a casa mandaría por algún soporífero fuerte, de acción profunda. Ya dormido el hombre, las cosas marcharían sobre ruedas. Ante esta idea sintió que una calma irradiante y cálida le invadía el cuerpo entero hasta la punta de las extremidades. Su marido se volvió ligeramente hacia ella, sin apartar la mirada de la pantalla, con una divertida sonrisa bailadora adivinándosele en los labios. —¿Por qué acabas de decir en voz alta la palabra *champaña*? —Ella se quedó de una pieza, azorada, aterrada—: ¿Dije *champaña*? ¿Cómo pude decir eso? ¡Qué tontería! —Algunos espectadores sisearon pidiendo silencio. Su marido bajó la voz hasta un susurro. —¡Lo juro! Al final de un suspiro largo, hondo, de colegiala. ¿En qué estarás pensando? —Soltó una risita cómica, de ratón. Los espectadores volvieron a sisear. El pastor protestante ahora entra en la choza y mira en su derredor con una expresión doliente y consternada. La choza es un nidó de miseria, de abyección, de mugre, de

abandono. En un ángulo apenas se distingue el camastro donde, confundido entre harapos amontonados, se encuentra el cuerpo de una mujer. En la chimenea no hay fuego ni huellas de que lo haya habido nunca. El pastor se persigna, trémulo, aturdido. Permanece de pie, inmóvil a mitad de la choza, sin atreverse a dar un paso adelante. Sus labios tiemblan, al parecer como si musitaran una plegaria.

En la sala del cine reina un silencio tenso, más palpable y singular que en otras circunstancias porque se trataba de un silencio concupiscente y lleno de complicidades, un silencio de muchos, un silencio del porvenir. El oído y la vista condensan al espectador dentro de un único acto unitario, absolutorio y conforme, que de pronto ya es un acto del mundo, la acción sucia, noble, depravada, olímpica de los otros hombres, con la que se expresa y se hace común, en el vicio y en el bien, en la maldad y en la inútil pureza, en la absoluta falta de esperanza, la autobiografía profunda de cada quien.

Nadie puede mirar nada si no es en las tinieblas. En el principio eran las tinieblas y el caos y Dios flotaba sobre las aguas como un barco loco, inconsciente y turbulento, antes siquiera de ser Dios, sin que sus fuerzas y sus capacidades infinitas le sirvieran, al menos, para precisar ni la índole ni el origen de la tenaz y torturante pasión que lo afligía. El sufrimiento de Dios era su autodevoración sin límites, más allá del tiempo y del espacio, su solitaria y desesperada autofagia que le impedía recrearse fuera de sí mismo, al este del Edén, como eran sus más secretos, misteriosos e inconfesados deseos, y su rotunda impotencia para encontrarse, mirarse, establecerse, en el reino del *Dios-Otro* cuyo advenimiento aguardaba con el mismo ardor impaciente y la misma falta de sosiego del esclavo que espera, ya sin esperanza, cualquier inesperada libertad. Dábase cuenta, atribulado y sombrío, de que su omnisciencia era también el impedimento para poder crear nada, pues sus criaturas, para existir, ante todo debían negarlo, no sentir lo mismo que Él, no compartir en modo alguno ni en mínima parte la inquietud inmortal, monótona y sin propósitos de su esencia. Llevado de esta atormentadora nostalgia del ser, Dios volvió a las tinieblas para penetrar en ellas con sus ojos nictálopes, que todo lo veían. Pero las tinieblas ya



estaban habitadas desde antes; ya todas las cosas estaban hechas antes de su mirada. Así, en el principio fue la inexistencia de Dios y Dios dejó de flotar sobre las aguas.

La pantalla rezumbaba por cada uno de sus mil poros, esparciéndolos por sobre la cabeza de los espectadores a semejanza de una invisible lluvia radiactiva, un olor y un sabor dulzones y pastosos, a tiamina azucarada y a melaza revuelta con excrementos infantiles, que se adherían al cuerpo como una tenue película de gelatina tibia y acariciante, cuyos efectos sobre el ánimo eran una sensación de desmayada congoja y un agradable deseo de llorar y hacer el bien. En suma, la piedad, ese antiguo sentimiento del hombre, había traspuesto todas las edades y todas las convenciones y no porque dejara de ser cínica la desnudez y voluptuosidad con que se presentaba, hubiera podido haber nadie ya que se atreviera a denunciarla como obscena. Ahí estaba en la pantalla aquel hombre perturbado por la misericordia: el hombre de Neanderthal.

El sacerdote de Neanderthal permaneció largos años sin moverse, atónito y atemorizado, en medio de la caverna prehistórica a donde había venido para descubrir, para contemplar a uno de sus semejantes y administrarle los sacramentos en la hora de su muerte. La piedad avanzaba dentro de su corazón como una ola voraz e implacable y tarde o temprano acabaría por vomitar. Era imposible hacer nada contra esto. La piedad era un sentimiento ingénito y de orígenes sombríos, que había brotado de la costilla del *Pitecantropus Erectus*. El sacerdote se aproximó por fin a la mujer hasta llegar a la orilla del camastro donde estaba muerta. El cuerpo desnudo y esquelético del cadáver no era sino una combinación quirúrgica de prótesis descarnadas, encima del rostro un brazo genuflexo con el que trataba de cubrirse, un brazo sin piel, un brazo de sílex. Había muerto de hambre y de frío sin ayuda de nadie, sin socorros, en la más desamparada soledad. A estas alturas ya resultaba inútil y absurdo administrarle los sacramentos. La tierra entera no había sido desde el principio sino una inmensa cámara helada, un refrigerador de Dios, donde todos morirían de asfixia y de frío. El santo de Neanderthal tomó con suma delicadeza en sus manos el brazo genuflexo de la mujer y lo restiró meticulosamente para colocarlo des-

pués junto al cadáver y dejar al descubierto el rostro de la muerte. La mujer tenía los ojos abiertos y fijos, como secuestrados por una inmensidad inabordable. Era su semejante a través del vacío helado de la historia. Era la mujer de Neanderthal ante cuya vista estaba obligado a devolver el estómago. Pues entre los hombres de Neanderthal la piedad no era sino la forma inversa de la antropofagia, el principio sagrado de conservación y reproducción de la especie por medio del misericordioso vómito del ser humano. El sacerdote flotaba gozoso en su propio elemento, como Dios sobre las aguas, doliente y abatido, el corazón tembloroso de piedad sobre el mar de todas las deyecciones del pasado, del presente y del futuro, acumuladas por el hombre a lo largo del tiempo y de los cambios universales. Pronto las vomitaría una vez más sobre el cadáver, en un acto litúrgico de la más profunda unción. Con los trémulos dedos de una mano cerró los párpados sobre los ojos de la mujer muerta. Era el oficiante de la piedad. Estaba dicho que era el oficiante de la Reproducción y de la Defecación. Nunca habían estado las cosas tan bien.

—¡Champaña! ¡Dijiste champaña y habrá champaña! ¡Hay que divertirnos juntos una que otra vez, qué caray! ¡Beberemos hasta emborracharnos! —Había llovido y las calles se mostraban relucientes, de charol, reflejadas, distorsionadas por los espejos negros de la noche y por la figura ondulante de los transeúntes que iban y venían con sus cuerpos de humo de cigarro bajo la luz mercurial. La distancia era infinita como para poder mirar las cosas o tocarlas o respirarlas. Una distancia maciza y aislante, de cemento, donde su marido, a quien alguien habría emparedado dentro de estos materiales igual que a una momia de monasterio, hacía señas, guiños, ademanes, con algún propósito racional y vehemente pero que nadie comprendía. Los edificios se desnudaban a la vuelta de cada esquina, impúdicos y rencorosos, protegidos por la soledad de los terrenos baldíos, al descubierto sus horribles hierros subcutáneos, intestinales, viscerales, que sollozaban con el viento. La multitud, sobre la avenida, arrastraba en las aceras un centenar o más de cordones umbilicales, decidida a no avanzar un paso, como si caminara en un solo sitio, a la carrera y desenfrenadamente loca, sobre una banda sin fin puesta a correr en sentido contrario. Del cielo sordo y mutilado



había caído sobre la ciudad nocturna la ortopedia múltiple y tartamudeante de un insensato montón de anuncios y de luces que gesticulaban entre sí, rápidos y coléricos, con la prisa inquieta y elusiva de prófugos a quienes pisa los talones una invisible legión de guardianes disfrazados de tinieblas. A cada momento se le hacía más problemático y distante el comprender las palabras de su marido, cuyo rostro entraba y salía de la oscuridad, en alternos destellos de luz y de sombra, mientras manejaba el automóvil al parecer sin el propósito fijo de llegar a una parte determinada. —Champaña, champaña a raudales—. La que tú quieras. Beberemos hasta caer —se advertía una intensión rabiosa y vengativa en la forma helada y silbante con que lo decía—. "No parece mala solución", pensó ella, "si lo que quiere es matarme". Había notado que se dirigían hacia las salidas de la ciudad. Imaginó algún lugar solitario y apacible, rodeado de colinas y junto a un arroyo, entre grandes árboles. Luego, el tiro que su marido le descargaría en la cabeza. Tonta de ella. Desde un principio se trataba de esto, evidentemente; lo demás no había sido otra cosa que la preparación "moral", un ponerla en atmósfera dentro del aire cada vez más enrarecido de la sinuosa sospecha informulada y del tiempo homicida que transcurría hoy más que nunca sin deternerse, hoy más que nunca quieto y eterno en la Edad Glacial del refrigerador prehistórico donde Crisanto se helaba poco a poco, también cada vez más. Si hubieran regresado a casa después del cine, ella habría venido a dar por supuesta, casi decisivamente, la total y conmovedora inocencia de su marido. Se rió para sus adentros. Con todo, era posible que no la matara. Ya no medían el tiempo, como el resto de los demás seres humanos, por el límite y la distancia que separan y relacionan a los acontecimientos entre sí dándoles un nombre, una virtud, un sentido, una esperanza o lo que sea. La única medida que tenían del tiempo era de la muerte. Poseía cada uno el espíritu del otro a un extremo de tal modo asfixiante y desorbitado, que todo lo que pudiera suceder entre ellos ya no era sino un sostenido y extenuante acto de intoxicación pura, como ocurre entre los quelonios de sangre fría, al final de cuyo único e interminable coito (en efecto, el único que realiza en toda su existencia) el macho muere. Muere de eternidad sexual. Estaban atados

a una sola acción monolítica, compacta, intransferible, a cuyo extremo no había nada sobre el mundo que no fuese el reloj de hielo del refrigerador. Era cosa de esperar, pensó ella. De esperar. Pudiera haber algo nuevo, inesperado, distinto a este vacío, a este reloj. Si era cierta la presencia cómplice de su marido en los momentos en que ella ocultó a Crisanto en el refrigerador, si esto era inobjetable y verdadero (¿podría haber aún la esperanza de que no lo fuera?), tampoco su marido comprendería, ni sería capaz de comprender nunca, la magnitud exacta del odio que alimentaba contra ella, desde hoy y hasta el fin. Lo miró de soslayo: acaso lo asaltara el mismo pavor hipnótico que ella sentía correrle por las venas, pero era imposible saber. Pendiente sobre el infinito ahí estaba entre los dos, extraño como un lecho nupcial, el reloj de hielo cuyas agujas marcarían en su momento el tiempo límite de la muerte. No antes, sino apenas traspuesto ese límite, él sin duda la mataría: iba a ser como su última relación sexual. Era cosa de esperar. —Lo que quieres es beber. Te traicionó tu subconciencia. En el cine dijiste champaña. Beberemos. Haremos locuras. Será una noche inolvidable —había algo desconcertante en él—. Ese entusiasmo. Igual que en los buenos tiempos estúpidos. Si él era inocente nada estaba perdido: su medida del tiempo no sería la muerte de Crisanto. Podrían regresar a casa con toda tranquilidad, como transparentes ángeles infieles, cuando ella lo dijera. Imaginaba la escena, horrorosa y sutil: el momento de abrir la puerta del refrigerador. El grito de falso espanto ante el hallazgo de un ladrón escondido en la cámara de hielo. "De cualquier modo, ¿no lo crees? (diría ella, vestida con su bata de casa), habrá que ofrecerle un buen vaso de coñac. El pobre está helado, aunque sea ratero." Los ojos de Crisanto (no podía remediarlo, los veía): acusadores y rencorosos, con malicioso agradecimiento. De cualquier modo habían pasado ya tres horas y media. Ella hubiera querido preguntarle al hombre de la gasolina cuánto tiempo puede durar sin morirse la persona sometida a una temperatura de tantos grados bajo cero. Casi estuvo a punto de hacerlo mientras su marido —costumbre inveterada de todos los automovilistas, pensó— daba reflexivos y calculadores puntapiés a las llantas traseras del coche. El hombre de la gasolina la examinó con una resbaladiza



mirada de experto y luego hizo hacia su marido un disimulado guiño de envidiosa aprobación. Buena changa que el señor se había levantado en la calle; eso era tener suerte. Enfilaron rumbo al sur de la ciudad, hacia la carretera de Cuernavaca. Todo esto resultaba tanto más injusto, inmerecido y cruel, cuanto Cristanto era un amante anterior a su casamiento. En realidad ella traicionaba a Crisanto con su marido, no a la inversa. Si su marido fuese un hombre de verdad, regresarían enseguida a la casa y, puesto ante los hechos, él no podría menos que aceptar como satisfactorio el cuento que ella urdiría respecto al ladrón encerrado en el frigorífico. A cambio de esto, a cambio de la vida de Crisanto, lo esperaba la gratitud sin límites de su mujercita y en adelante, sin que cupiera duda, una vida feliz, incomparablemente feliz. Pero no era un hombre; era un monstruo. El muy cabrón la tenía agarrada de las verijas, de eso ni hablar, agarrada de los ovarios como a una prostituta de dispensario médico. No irían por la autopista, dijo él, sino por la carretera vieja; de noche era fantástica. Él no daba una impresión de rabia, sino de tristeza. Como si en lo hondo de su ser suplicara con un impulso desamparado y lastimero que la vida fuese diferente y las cosas no ocurrieran de este modo ruin y feo. Sin embargo, no. Producía esta impresión equívoca a causa de las sombras de la noche, a causa del juego de penumbras que los fanales del automóvil proyectaban a contraluz sobre su rostro descomponiéndoselo en destellos expresivos —la fijeza melancólica de la mirada, un rictus de dolor en los labios— que al parecer lo humanizaban. Pero no era un hombre. Había pisado el acelerador hasta el fondo y los árboles del bosque pasaban como relámpagos ante el parabrisas, cierta danza circular e iluminada en derredor de una ametralladora que los hacía caer uno por uno, en vertiginosa fusilata, al precipicio oscuro de los lados de la carretera. El cabaret de Cuernavaca, decía. Todo sonaba a propósitos sobrenaturales: el cabaret de Cuernavaca, el champaña, la cena. Ese correr al encuentro del tiempo, esa potestad de acelerar su ritmo a medida en que se alejaban del refrigerador aproximándose a la muerte; la intempestiva masacre de los árboles, su ir cayendo en la tumba abierta de la noche igual que en las matanzas colectivas de judíos. (Agitaban los brazos desasosegados, movían las manos im-

plorantes en el aire, sabían que era un pogrom.) Ella había oído hablar de la muerte por congelamiento, una muerte cuidadosa y suave después de los insoportables calambres y el dolor de muelas en todos los huesos del cuerpo. Es una muerte que sobreviene cuando la víctima comienza a soñar que muere. Cuando el sueño de la muerte es la vida. De pronto su marido suavizó la marcha del automóvil. El bosque hizo un movimiento de compás y los árboles se detuvieron en semicírculo alrededor de un claro medianamente distante de la carretera. Pasaron largos minutos incomprensibles antes de que su marido apagara el motor y los faros del coche. Libres de competencia acústica, empezaron a escucharse los ruidos con que el silencio se expresa en la noche de los campos y los bosques. Aves insomnes que montan la guardia invisible y transmiten los gritos de su consigna de uno a otro centinela de la oscuridad; el follaje que se frota las manos; las cigarras, que no hallando modo de comprimir la longitud de su canto, lo terminan confusamente y asustadas. Su marido no hablaba; la agredía con su silencio atenazante y compulsivo. "Ahora esperará a que lo confiese todo; a que se lo diga todo. Eso es lo que busca con toda la furia reprimida de su alma", se dijo ella. Un inquisidor de la Edad Media. En el mundo y en el tiempo eterno no le importaba sino la confesión: la tortura de su víctima en el potro del tormento no conmovía para nada su turbio espíritu, acorazado con la paciencia de las hormigas que construyeron la Muralla China. Su única voluntad y su único propósito consistían tan sólo en que ella no muriera sin confesión. "Nada más espera mis palabras; nada más que yo le diga que allá quedó mi amante escondido; nada más que yo me arroje a sus pies para implorarle que salvemos su vida. Nada más espera eso para después matarme." Pero ninguno de los dos hablaba. Ninguno de los dos cedía. "¿En qué momento me matará, aun cuando no logre arrancarme una sola palabra en toda la noche?", se preguntó.

El tiempo pasaba nada más como un correr vacío. Ella ya no quería ninguna otra cosa en la vida sino sentir, *sentir* simplemente: ahora se clavaba las uñas en la palma de las manos con el propósito de experimentar un sufrimiento físico, pero era inútil. El silencio la había anestesiado. Jamás pudo imaginarse el poder bárbaro y aniquilador del silencio cuando hay algo que



decirse y ya no quedan sino únicamente las palabras de eso, de *eso* y nada más. Se llega a este silencio enloquecedor como en una marcha atrás de la memoria y del lenguaje: éstos se van despojando de todo lo que los rodea, las situaciones descritas con un calor y un entusiasmo que la voz vacía denuncia desde luego como sospechosos; las escenas que desfallecen en el momento mismo de contarse; los recuerdos que a medida que avanzan pierden consistencia; las preguntas vagas o tontas o inútiles o maquinales, que terminan por no ser ya sino una desesperación que nada inquiere. Palabra a palabra, hoja a hoja, a semejanza del invierno con los árboles, el silencio despoja a la memoria y al lenguaje de todo lo inesencial de su materia y se tiende en la fría orilla del mundo como un cadáver al que han de practicar la autopsia. Sólo sentir algo, ella sólo quería sentir algo. Advirtió la sangre en la palma de sus manos, pero no estaba segura de estar viva. Le era imposible medir o darse cuenta del tiempo transcurrido. Podría estar a punto de amanecer y él continuaba en su punto, inexpugnable como una fortaleza, denso y concreto como un pedazo más de la noche, sin hablar, sin interrogar, sin decir una palabra. Ella, por su parte, hubiera querido romper el silencio ("¿Qué significa esto? ¿Iremos o no iremos a Cuernavaca?"), pero ya, espantosamente, no quedaban palabras neutrales. Bien; la autopsia de las cosas: contar el pormenor de lo ocurrido; descubrir cómo y quién era su amante (por supuesto, a través de un retrato de contornos vagos y desfavorables); narrar las entrevistas habidas con él (volviéndolas inimportantes y cada vez más forzadas y tontas, ¡pero qué fastidio de todos modos, Dios mío!); en fin, relatar, inventar una historia absurda, toda una miserable novela barata. Pero no, ¡por Cristo!, no lo haría jamás en la vida, ¡jamás! Ni siquiera porque aún pudieran llegar a tiempo para la salvación de su amante. (Ya veía a su marido posando de héroe, de esposo magnánimo, de espíritu superior, o de mártir infeliz, burlado y traicionado.) La vida de Crisanto no lo haría escapar al desastre de su propia vida, a la miseria, a la desgracia, a la ignominia, a la falta absoluta y total de un porvenir. Aquí el curso de su pensamiento se interrumpió, indeciso ante una alternativa que se presentaba, también, como el sometimiento inevitable a cierta fatalidad del

destino. . . Si se colocaba en el plano de que ya nada tenía remedio (incluso la circunstancia de que a tales alturas cualquier sacrificio por Crisanto sería ya inútil también), el problema radicaba en limitarse pasivamente a dejar que su marido continuara solo el juego. Esperar con él, eso sí; aguardar junto a él, con una paciencia sobrehumana —sin interponer ningún recurso, sin pronunciar una palabra, sin permitirse ninguna alusión— a que llegara el momento en que, con seguridad, Crisanto habría muerto sin remedio. Entonces —si el plan de su marido no era matarla— regresarían a casa con la misma tranquilidad de costumbre cuando regresaban de la calle después de haber dado un paseo. Era indudable que su marido, después de que el cadáver fuera descubierto —y él mismo tendría que abrir la puerta del refrigerador—, aceptaría sin dar muestras de reserva alguna y con el mejor de los ánimos para no obstaculizar las investigaciones policiacas cualquier hipótesis o conjetura de las más verosímiles para explicar lo acontecido, incluso el cuento del ladrón que se encerrara en el frigorífico para poder robar de noche (pero a quien le habían fallado los cálculos en la forma más penosa). Seguro de la culpabilidad, de la complicidad de ella, su marido estaría tranquilo y sin temor a ninguna sorpresa por esta parte. Mas aquí iba a ser donde las cosas tomaran un sesgo inesperado. ¡Ella diría la verdad, ella lo confesaría todo, ella señalaría con índice implacable y acusador al verdadero verdugo y homicida, a su marido, al enfermizo monstruo sin clemencia que con sádica meticulosidad, con diabólica premeditación y enloquecido por celos infernales había dejado morir a su amante!

Balanceaba la cabeza de un lado a otro, enferma, enervada, a punto de rozar el hombro de su marido que, quieto y terrible permanecía junto a ella dentro del coche sin hablar, sin respirar mirándola, acechándola desde su atalaya de tinieblas. Trató de reponerse. Había dejado correr sus pensamientos a capricho, razonaba mal, sin lógica y con intenciones equivocadas. No todo estaba perdido. Se esforzó por no razonar conforme a una determinada tendencia preestablecida; por regresar a un punto de arranque sin prejuicios, primigenio y claro, casi impersonal, que le permitiera ver las cosas, analizarlas y penetrarlas desde un ángulo nuevo. Dentro de esta diferente disposición se abría paso otra vez en su espíritu —pero ahora con lineamientos más sencillos, menos sobresaltados, más fáciles de abordar— la pregunta original, no resuelta a pesar de todo, en que se sustentaba el problema. ¿Estaría su marido enterado *realmente* de las cosas? ¿Habría *visto* en verdad y sin lugar a dudas que ella ocultaba a Crisanto? La actitud de su marido esta noche, desde que salieron del cine, era algo que, incluso sin omitir detalles, se podía conformar del mismo modo a una respuesta que a otra. ¿Con qué recursos aparentes, sutiles, tensos, sobrehumanos, mágicos, imponderables, obtener la respuesta verdadera?

La estremeció una acometida súbita, abisal, de vértigo y distancia. Había encontrado ese recurso y los poros de su cuerpo secretaron por unos segundos cierto efímero e impalpable rocío de sudor, casi hipodérmico. Era esta forma de estar, de encontrarse los dos dentro del coche: esta conjunción, este peligro, esta inminencia y el vivo recuerdo a que se asociaba. Sucedió antes de que se casaran, durante esas excursiones sospechosas que hacían por los alrededores de la ciudad. —¿Aquí? —recordaba haber preguntado entonces, con calculada extrañeza, a través de un escape de sus labios mientras se besaban y acariciaban con furia. Es que había advertido los movimientos nerviosamente apresurados y un tanto temblorosos de la mano libre con que él trataba de despejarse de obstáculos los pantalones y que luego repetía con ella, debajo de la falda. ¿Por aquí? —preguntaba ella de nuevo—, aunque nada más por decir algo. En seguida las cosas habían comenzado a perder sentido en relación con las situaciones inmediatamente precedentes, cuando el coche caminaba por la carretera y todavía no enfrenaban en aquel ángulo del bosque —como hoy—; de pronto aquéllas eran cosas nuevas, gestos y actitudes que no se conocían uno al otro, tendidos encima del asiento como un par de trapecistas atentos a coordinar entre sí una calistenia desordenada y no obstante magnífica, donde les resultaba imposible coincidir del todo a causa de la ansiedad y el apresuramiento que los perturbaban. Ella sabía que ambos guardaban un cierto recuerdo grato. Apoyó el cuerpo con suavidad sobre el hombro de su marido mientras le deslizaba una pierna por entre las pantorrillas y le recorría lentamente, con la mano

derecha, la cara anterior del muslo. Él pareció tener un sacudimiento apenas perceptible. La mano iba de un punto a otro, lenta y trémula, en pos de su foco de atracción, como una mano ciega pero entendida que tratara cada vez de comprobar su ruta con mayor exactitud y se aproximaba y se alejaba entonces, bien que no para huir, en un afán recóndito por ser perfecta. Comenzó a escucharse, lejano e impreciso todavía, el rumoroso vuelo de algún abejorro nocturno que se aproximaba. La pierna, acechante bajo las rodillas de su marido, tenía un temblor gozoso. Entretanto los dedos de la mano derecha hacían saltar los botones y escudriñaban con despaciosa cautela submarina, como tentáculos de terciopelo. El zumbar del abejorro era a cada momento más claro y definido en medio de la noche. Con el brazo izquierdo ciñó el cuello de su marido, por encima de la nuca y, apenas tocándolo, comenzó a tirar del lóbulo de su oreja con el pulgar y el índice, que estaban húmedos. El abejorro sin duda había penetrado al interior del automóvil y sobrevolaba ahí dentro por encima de sus cabezas con un ruido muy particular y próximo. Su marido tuvo un brusco sobresalto y sacudió rudamente la cabeza al mismo tiempo que dejaba de roncar, con lo que cesó también el vuelo del abejorro.

Ella se sentía realmente estupefacta y en cierto sentido invadida por ese estado de frustración y despecho que amarga y entristece a las personas que tienen por costumbre hacer malos vaticinios y que, cuando éstos no se realizan, toman el asunto como si los acontecimientos les hubieran hecho —de modo consciente y con malintencionada premeditación— un agravio personal. ¡Así que su marido no hacía otra cosa que dormir, mientras durante todo este tiempo ella batallaba en medio de la más atroz lucha de su espíritu atormentado! ¡Así que el idiota no alcanzaba siquiera las dimensiones de monstruo que ella le había atribuido! La cosa era como para pegarle o como para romper a reír: ahora sí se sentía verdaderamente al borde de un ataque de histeria. Su marido se explicó con esa actitud confusa, de ligero aturdimiento y también un tanto culpable, de quien no despierta en su cama sino en un lugar que de inmediato —a causa de haberlo olvidado por completo en el sueño— le parece sorprendente, extraño y a la vez acusador. —Me aparté de la carretera precisamente para dormir un rato y que luego siguiéramos a Cuernavaca. Ya me venía quedando dormido desde antes. ¡Caramba! Lo que sucede es que estoy muy fatigado, ésa es la verdad. ¡Regresemos a la casa! —Su voz en seguida tuvo una inflexión insegura como si hubiese descubierto de pronto que estaba más viejo de lo que nadie pudiera suponer, pero en particular ella misma—. Ya tendremos otra ocasión mejor para irnos de parranda. ¡Perdóname, vida mía!



Reír resultaba excesivo y cruel (porque su marido lo interpretaría de otra manera, claro está), pensó. Pero contenía a duras penas el salvaje impulso de hacerlo con todas sus ganas, a mandíbula batiente, tanto más cuanto que ella, su situación, su zozobra y sus delirantes conjeturas, eran en verdad lo único risible en medio de todo esto. ¿Cómo pudo haber urdido, inventado, un mundo tan lleno de siniestras fantasías y de tan torcidas acechanzas? ¿Cómo pudo ocurrírsele que su marido hubiera podido tener una capacidad de malicia tan fina y especializada como la que le había supuesto? Sin cuidarse de responder a estas preguntas —que ya no le importaban— tomó entre las manos el rostro de su marido y estampó en sus labios un largo beso, desenvuelto y cálido. Por fin había descubierto su inocencia.

Cuando, traspuesto el zaguán de la casa, ambos estuvieron en la planta baja, ella permaneció al pie de la escalera mientras su marido se disponía a subir hacia las habitaciones del primer piso. —Dame la llave del refrigerador —pidió con un temblor de gozo tranquilo, la actitud indiferente y reposada, pero por dentro victoriosa y feliz—. Antes de acostarme quiero helar algunas de las botellas del champaña que te regalaron.

Su marido le hizo entrega de la llave sin la menor sombra de inquietud o de cálculo. Luego comenzó a subir las escaleras paso a paso, con fatiga.

Sin esperar más, ella se encaminó a la bodega. Pensaba en la supersticiosa terquedad de su marido, quien nunca quiso que el refrigerador fuese trasladado a otro sitio distinto a éste, donde había permanecido desde el tiempo en que, como notorio índice de prosperidad por tratarse del primer refrigerador de tamaño gigante que su negocio adquiría, así también porque apenas estaba al comienzo de lo que iban a ser sus grandes actividades

en la industria frigorífica, él no pudo menos que instalarlo en los bajos de su propia casa, a reserva de que el futuro le permitiera disponer de los grandes establecimientos y depósitos con que soñaba. Recordar este empeño de su pobre marido la hizo sonreír pero en un sentido doble, de una parte, con la alegre perversidad de quien se siente impune después de haber corrido algunos riesgos graves, y de la otra, con la idea dichosa, pero igualmente divertida e irresponsable, de que dentro de unos minutos más libertaría a su amante, a quien sabe Dios en qué cómicas trazas iba a encontrar.

Introdujo la llave en la cerradura en los momentos mismos en que a sus espaldas escuchó una voz serena pero conminatoria: —¡Espera! —Se volvió sin darse cuenta. Ahí estaba su marido, insólito, inexplicable, irreal, con su reloj de bolsillo en el hueco de la mano. Parecía que lo único importante y de verdadera trascendencia en ese momento no era ninguna otra cosa que el reloj—. ¿Sabes qué horas son? —preguntó su marido con la misma entonación apenas severa y de la que no podía deducirse nada en concreto. En vista del silencio atónito, animal, que ella no podía romper, él mismo se hizo cargo de la respuesta—. Pues son las cuatro de la mañana —caminó hasta el refrigerador, y luego de desprender la llave de la cerradura la examinó con aire concentrado, dándole vueltas entre sus dedos de una cara a la otra, como si estuviera frente a un objeto desconocido, a alguna pieza arqueológica cuyo misterio se empeñara en desentrañar.

—¡Las cuatro de la mañana! —repitió por fin—. ¡Esto es! ¡Las cuatro! —El reloj había vuelto a su bolsillo. El hombre daba la impresión (le pareció a ella) de haber aumentado de estatura o de que para hablar se ponía en la punta de los pies—. Así que si te tomas el trabajo de hacer la cuenta, desde las ocho de la noche en que salimos para ir al cine hasta las cuatro de la madrugada que en este momento son, han transcurrido ocho horas cabales. ¡Ocho horas! —hizo un sesgo con la cabeza hacia el refrigerador—. El tiempo suficiente, es decir, mucho más del tiempo suficiente para que el tipo de ahí adentro, tu amiguito ése, ya esté convertido en cadáver, un cadáver perfectamente preservado por el hielo contra toda clase de contaminaciones —lo decía con toda seriedad, sin reírse, sin gracia—. Cometerías



un error en abrir esta puerta ahora. ¿Qué explicaciones podríamos dar a nadie si los únicos testigos íbamos a ser tú y yo solos? Eso hay que dejarlo para que alguien de la servidumbre lo haga, dentro de unas cuantas horas, cuando aclare el día. Toma la llave; guárdala para que se la des temprano a la cocinera o a quien sea.

Ella tomó la llave con un movimiento maquinal. Ignoraba qué fuerzas le permitían mantenerse en pie. —Nos apegaremos a la versión más simple de los hechos —prosiguió su marido—. Un ladrón que entra en la casa, se oculta en el refrigerador para poder salir a robar en el momento más oportuno y de pronto se encuentra prisionero, víctima de su propia trampa. ¿No está bien?

Ella asintió. Estaba bien, por supuesto. Era la misma salida que ya había pensado. —Ahora te aconsejo que nos vayamos a acostar. Tanto para ti como para mí, ésta ha sido una jornada agobiante.

JOSÉ EMILIO PACHECO

## Primer acto

Los anteriores ocupantes tuvieron que abandonar apresuradamente a casa. Hallamos muebles en desorden, ropa esparcida, cartas y papeles privados, alimentos a medio consumir en el refrigerador ya cubierto de moho. En cambio la despensa sólo guardaba una lata de comida para animales. Había una casita de madera en el traspatio pero no huellas de gatos ni de perros. El teléfono fue arrancado de cuajo, las conexiones cercenadas.

Pasamos el primer día reordenándolo todo. Inevitablemente desnaturalizamos las habitaciones. Basta poner más a la izquierda una silla para que una casa ya no sea la misma. Teníamos tanta prisa por cambiarnos y era tal la crisis de alojamiento por la explosión fabril de la zona, que no exigimos de la agencia inmobiliaria sino la entrega de la llave en cuanto firmamos el contrato y adelantamos la mensualidad. No hubo preguntas por la casa ni por los antiguos inquilinos. Era asombroso lo poco que les interesaba el juicio de los desconocidos que los remplazarían: dejarlo todo como lo encontramos señalaba una urgencia absoluta o una admirable despreocupación.

—Yo creo que piensan regresar —me dijo Ester.

—Quizá. Sin embargo la casa es de la agencia. La hemos tomado por un año. Un año es mucho tiempo.

—Preguntemos a los vecinos.

—Somos recién llegados. Es una indiscreción imperdonable. Nos crearía mala fama.

—Déjalo por mi cuenta. Buscaré una oportunidad sin forzarla. . . Oye ¿y si leemos las cartas, los cuadernos?

—No me parece bien, francamente: ¿te gustaría que te lo hicieran?

—Claro que no; pero estoy intrigadísima, no aguanto la curiosidad.

—Yo tampoco, y a pesar de todo juro que no quisiera hacerlo. Sabes cuánto me desagrada entrometerme en asuntos ajenos.

—Lo haces por egoísmo, por comodidad, para no perder nada.

—Si tú lo crees. . .

—No, no te ofendas, yo nomás decía.

Sin responder fui por los papeles. Leímos en voz alta. Eran cartas familiares incomprensibles para extraños como nosotros, postales, felicitaciones, cuentas, asuntos de trabajo, recibos, fotos, diplomas, boletos, recortes, monedas, hojas de calendario, insignificancias poseedoras de un gran valor sólo para quienes pueden rememorar su vida a través de ellas.

—Todavía no me lo explico —dijo Ester—. A nadie le gusta que vean su intimidad, nadie deja tantas evidencias.

—Por eso no creo que el abandono haya sido voluntario: alguien, algo hizo que salieran sin darles tiempo para mirar atrás.

—¿Cómo saber qué fue?

—Tarde o temprano lo sabremos. Deja que las respuestas vengan por sí solas.

—Tengo mucha hambre y estoy muy cansada. Me imagino que tú estarás igual.

—Tomemos algo y vamos a dormir.

Nunca he padecido insomnio. Aquella noche me costó trabajo dormirme. Lo peor fue haber despertado a las cuatro sin que en adelante pudiera cerrar los ojos. Me levanté a tomar un vaso de agua. Entreabrí la cortina. Miré con un temor inexplicable la fila de casas enfrente de la nuestra. Habían apagado todas las luces. La calle estaba envuelta en una claridad *blanca*, en la luz de una luna metálica que irrealizaba árboles y edificios. No pude contener el miedo. Nada se movía: ni el viento ni una sombra ni una hoja de un árbol. Yo era el único intruso en aquel planeta lívido y como desangrado de todas las materias vivientes.

Quise despertar a Ester. Me contuve. Hice mal: quizá hablar entonces nos hubiera salvado. Crecí en un medio donde no se podía ser cobarde y me acostumbré a enfrentar todos los retos.



Aquello era otra cosa, nada tenía que ver con el valor en el sentido convencional del término; era algo que sólo experimenté durante la guerra cuando atravesamos un pueblo bombardeado en que todos los habitantes quedaron muertos.

Pasé el día en la fábrica. Todo anduvo menos mal de lo que pensaba. A fin de cuentas era un experto y me contrataron porque me necesitaban. De regreso encontré a Ester muy inquieta. No quiso hablarme de lo que había hecho y se limitó a referirme generalidades. Aunque los dos estábamos exhaustos sugerí que viéramos algún programa antes de dormir. Desempaqué el televisor portátil y lo puse frente a la cama. Se podía elegir entre una pelea de box —que siempre he detestado— y una antigua película. Era un film de terror acerca de una pareja que llega a habitar una casa de campo inglesa en donde naturalmente hay fantasmas. Hasta la mujer que les muestra el cottage es un fantasma. Intenté ironizar sobre lo que veíamos en la pantalla pero, en nuestra circunstancias, ni yo mismo estaba muy convencido de que burlarme no fuera un modo oblicuo de expresar mis temores.

Ester me pidió que apagara el televisor. Hacerlo era confesar el miedo absurdo. Dije que acabaría de ver la película. —Como quieras —respondió. Y dándome la espalda se ocultó entre las sábanas. Ya fuera de vigilancia traté de leer un libro de ingeniería. Con todo, la película no me dejaba apartar los ojos, y seguí viéndola hasta que terminó con un grito de la mujer al darse cuenta de que su propio marido era un espectro. Sin moverme de la cama desconecté el televisor. Tenía tanto sueño que desperté muy tarde y, para llegar a tiempo a la fábrica, tuve que afeitarme a la carrera y tomar sólo un vaso de leche.

Al terminar la cena, mientras la ayudaba a recoger los platos, Ester me dijo abruptamente:

—Vámonos de aquí.

—¿Por qué? Acabamos de llegar. Tenemos que acostumbrarnos. En ningún lado me darían un trabajo como el que tengo ahora.

—No me gusta el lugar, no me gusta quedarme sola en la casa.

—Ya te acostumbrarás, siempre es así los primeros días.

—No sé. Todo ha sido tan extraño: el pueblo, la casa, los objetos abandonados, la gente.

—¿Has hablado con alguien?

—Con nadie. . . bueno, crucé algunas palabras con la mujer de la tienda.

—¿Y qué te dijo?

—Que es mejor que nos vayamos.

—¿Razones?

—Ninguna, no da razones.

—Supone que podemos imaginárnoslas, ¿verdad?

—No sé qué pensar.

—Lo mejor que podemos hacer es despreocuparnos y dejar que las cosas sigan su marcha. Ya veremos después.

Antes de una semana Ester se había adaptado a las nuevas circunstancias. Pasamos un mes tranquilo. Estaba satisfecho con mi trabajo y Ester mostraba una mayor conformidad cada día. El vecindario no daba señales de vida. Algunas noches salíamos a caminar por el pueblo; nuestra única visión eran salas en penumbra sólo interrumpida por el brillo de la tv. A menudo su rostro furtivo apartaba las cortinas para mirarnos. Eso era todo.

Llegaron cartas para los antiguos inquilinos. Escribí a la agencia preguntando por la dirección a la cual debía enviarlas. Respondieron que las mandara a los propios agentes. Nada más.

La noche de aquel sábado, me lavaba los dientes cuando escuché algo como un maullido que a la vez fuera un ladrido. Pensé que el gato intentaba volver. Quise abrirle la puerta. Pero después ¿cómo íbamos a echarlo? Siempre me han molestado un poco los animales porque muchas personas que gustan de ellos lo hacen a expensas de odiar a los hombres. Allí estaba el último y el más indeseable de los regalos que abusivamente nos legaron los anteriores ocupantes. Creí que el gato acabaría por irse a



buscar otro refugio. Ester escuchó también el sonido mixto y rogó que abriera la puerta.

—No, si entra se quedará para siempre.

—Mañana podemos sacarlo.

—Si te sorprenden los vecinos se quejarán ante la policía. No olvides que se castiga el maltrato a los animales.

—Entonces si lo dejamos afuera en esta noche helada los vecinos ya no serán indiferentes con nosotros: se volverán hostiles.

—Hay mucho viento: no creo que se oigan los maullidos.

—¿Cuáles maullidos? Es un perro ¿no lo oyes quejarse? Por lo demás aquí no hay aislamiento posible.

—Hagamos como si no lo escucháramos.

—¿Para qué? No puedes ir de casa en casa diciendo: "Señor, hay un animal que quiere entrar pero, sabe usted, no lo oímos".

—Qué absurda situación. Es de lo más idiota del mundo; sí pero ¿qué hacemos? Me niego definitivamente a convivir con ese animal.

—Mira, dejémoslo pasar: mañana te lo llevas y lo abandonas cerca de la fábrica.

—No: volverá como ha vuelto ahora. . . Que se vaya al demonio, que se muera haciendo escándalo en la puerta porque no voy a abrirle.

—Bueno, durmámonos porque ya es muy tarde.

Cerré los ojos, intenté convencerme de que estaba dormido. Seguía escuchándolo, imperioso, inflexible. Ester no encontraba acomodo y se revolvía de un lado a otro. Permanecimos cerca de una hora sin romper el tácito pacto de no hablar. Sin embargo el gato o perro continuaba imponiendo su presencia, exigiendo su derecho de entrada.

Lo escuché más cerca, como si estuviera en el alféizar. Un gato pudo haber trepado al techo y luego descendido en busca de una ventana mal cerrada; tratándose de un perro el ascenso era imposible. No lo imaginaba. Se había convertido en una obsesión. Tuve miedo y me hice reproches por tener miedo. Volví a fingirme dormido, me oculté bajo las sábanas. Ester gritó:

—Está aquí junto a la cama: acabo de tocarlo.

Me incorporé de un salto, encendí la luz. No estaba. Se había hecho el silencio. Miré a Ester con un gesto de triunfo. En ese

instante, un maullido/ladrido. Salimos al corredor en tinieblas. Nos estremeció ver en el marco de la ventana del fondo la sombra arqueada y erizada —no de un gato sino de un perro-lobo.

Ester se aferró a mí. Prendí el foco que se fundió con un chispazo en que entrevimos la pelambre rojiza. Y después la oscuridad, mis pasos para abrir la ventana y dejar que saliera, el sentir el olor a muerte y a tumba de hombre que se abría paso entre nosotros, contaminándonos de humedad y podredumbre, el fangoso rumor de sus pisadas en la escalera, los ojos resplandecientes y encontrados que se volvían para mirarnos, el ruido de la puerta, el viento helado que entraba en la oscuridad y empujaba la casa hacia las tinieblas.

## Segundo acto

### *La casa*

Igual a otras cuarenta que se alinean simétricas en ambos lados de la calle. Construida con materiales frágiles ensamblados en pocas horas. Aunque se edificó para ser indistinta y no perdurar, presenta pocos defectos visibles de fabricación. Puede objetarse sin embargo el carácter abierto, aéreo, cristalino que se le imprimió para comunicarla al menos visualmente con la naturaleza. Las facilidades otorgadas a la luz las ejercen vecinos y transeúntes que mitigan el tedio o enriquecen sus paseos observando a toda hora lo que sucede en el interior. En este bosque de coníferas situado en la parte más alta de las montañas, el sol brilla de tal manera por su ausencia que poner persianas o venecianas se considera un sacrilegio contra el culto solar que florece como nostalgia permanente a lo largo del año; como ceremonia tribal ciertos días de primavera, algunas horas imprevistas en los periodos fuera de estación.

### *El interior*

alfombrado otorga a la pisada una ingravidez, una molicie infantil, una seguridad que en algún sitio de la mente engendran, sin que las palabras consagren su acoplamiento, las nociones de intimidad, *status*, poder (cuando menos el poder necesario para abandonar las viviendas de mosaico amarillo o duelas apolilladas que amenazan desplome). En la sala un calefactor eléctrico evita molestias de acarreo, encendido, vigilancia, dispersión de humos de humos errantes. Y concede al hábito que hizo de *hogar* sinónimo de casa, la ficción de leños ardientes, calcinaciones grisáceas y encarnadas, sombras que humean.

### *El traspatio*

Una muchedumbre de gorriones se desprende de los árboles. Buscan migajas o duras sobras de carne que arrojan los habitantes. A veces se entablan riñas con una ferocidad que se diría increíble en estos pájaros. Algunas tardes bajan los cuervos y reemprenden el vuelo con grandes trozos de pan. Los gorriones forman un círculo resignado. Si hay quien se rebele y pretenda disputar la comida, el cuervo lo amaga. Antes de sentir la agudeza y pesantez de su pico, la bandada de gorriones se aleja y busca refugio en las más altas ramas. Aparte del hombre, los cuervos temen a los perros que, hartos de comida enlatada, entran a roer mendrugos y hurgar en botes de basura. Los de menor tamaño y aspecto inofensivo —malteses por ejemplo— han aprendido a los gatos la habilidad de capturar gorriones y triturarlos entre sus fauces. No matan ciertamente por hambre: dejan el pequeño cadáver entre la hierba una vez que la trituración los ha reconciliado con su instinto de bestias que en edades remotas han sido fieras y ahora pagan en tedio y humillación el precio del servilismo. En este campo de batalla no hay perros callejeros. Si nadie los adopta la comunidad los extermina para que no contagien de sarna y rebeldía a los animales caseros. Tampoco se ven actos sexuales. A los perros de raza se les aparea a su debido tiempo y en lugares precisos. Los demás son castrados o esterilizados a las pocas semanas de nacer. La gente viene aquí a buscar la paz que ya no existe en las ciudades y no hay sitio para el escándalo ni para el exceso. Todo está perfectamente reglamentado.

*Los habitantes*

No les hemos visto la cara. Aquí no hablamos con nadie. Rehuimos el saludo y procuramos no andar por el mismo camino que los demás. Por lo que vemos cuando pasan cerca de nuestras ventanas o cuando cruzamos por enfrente de su casa, él debe de tener algo más de treinta y cinco años y ella unos veintisiete. Él trabaja en alguna de las industrias cercanas pero no desde luego en la gran fábrica de implementos de guerra donde todos los vecinos del pueblo prestamos nuestros servicios. Ella permanece todo el día en su casa (seguramente tramando algo en contra nuestra), la única sin antena de televisión— rasgo que nos ha molestado. Quizá tengan un aparato portátil (no se puede vivir sin tv) o sean tan imbéciles como para satisfacerse con la horrenda música que escuchan en su consola, nunca en tono muy alto pues se adivina que tratan de no incomodarnos. Aunque la hosquedad, la reticencia, la envidia atemperada o disfrazada por el desprecio mutuo que a su vez se encubre de cordialidad, son los rasgos distintivos del vecindario, todo recién llegado ofrece sin que nadie se lo exija algunos tributos o primicias: un platillo regional, una rebanada de pastel de manzana, un juguete de plástico para los niños, una botella de whisky, un trapo o escobeta para limpiar los coches. Ellos no. Ellos se han aislado. No nos toman en cuenta, siendo que deberían pedirnos perdón por invadir nuestros dominios. Nos declaran inexistentes. Su actitud intolerable tendrá muy pronto su castigo. Muy pronto.

*El móvil*

Nuestro orgullo son los prados. Vigilamos su crecimiento. Alimentamos con abonos sus raíces. Una tras otra hemos sustituido las podadoras mecánicas por los nuevos modelos eléctricos que cortan el pasto con la suavidad de una hoja de afeitar. Guiarlas es nuestro descanso, nuestro placer. El domingo por la mañana, así como algunas tardes soleadas, todo se llena con el rumor de las podadoras, concierto que participa del silbido del motor y el encuentro de las cuchillas y la hierba. Hay reglas precisas. Quien exceda en algunos milímetros la marca establecida sufrirá



el peso de nuestras leyes. Los habitantes no debieron hacernos esa última ofensa. Como si sus actos anteriores no fueran ya una agresión a la buena voluntad de que siempre hemos dado muestras, violaron la cláusula número treinta y nueve bis del contrato —a nuestro juicio la más importante— dejaron crecer el césped de frente a su casa, rompieron la armonía del conjunto, dieron a nuestro refugio tan amorosamente embellecido la fealdad de la maleza, la suciedad del trópico, la incuria de los países atrasados y, por qué no decirlo, el salvajismo de otras costumbres incompatibles con nuestra cultura, y nuestras ancestrales creencias. Como sólo nos reunimos durante los solsticios, esta vez no hubo deliberación ni conjura. Los ecos del templo triangular no repitieron las palabras de ira. Bastó que en la fábrica intercambiáramos monosílabos y al encontrarnos en la calle señaláramos con un levísimo desvío de la mano o un guiño de los ojos el pasto crecido; que moviéramos la cabeza en señal de condena para los habitantes y de acuerdo muy hondo entre nosotros. Somos magnánimos. Hemos desterrado de nuestros corazones el odio. La cruz llameante no arderá más en la noche de las colinas. Cada uno pensó que bastaría una amonestación o una carta redactada en términos corteses pero firmes o que alguien se acercara a prestarles —sin temor al contagio— una vieja podadora mecánica de aquellas que se oxidan en los desvanes. Algunos de estos recursos tal vez hubiera bastado para ahuyentarlos sin necesidad de poner en práctica nuestras medidas habituales. Si no se hubiera interpuesto la ceremonia, no estaríamos resistiendo ahora la calumnia y la injuria de los que ansían destruir nuestro mundo.

*La ceremonia*

Fue vista con horror y a distancia por aquellos de nosotros que se levantaron temprano ese domingo. La atribuimos a un culto esotérico probablemente relacionado con el vudú. Él y ella salieron al traspatio. De una jaula o caja sacaron una gallina. Los testimonios no coinciden: para algunos era de color leonado, para otros gris ceniza y hay quienes afirman que era completamente blanca: una gallina Légor. Los habitantes discutieron algo

que no llegó a escucharse. Parecían demorar cruelmente el principio de la ceremonia. Al fin la mujer se apartó un poco y, con un gesto que debe tener pleno significado en la liturgia aberrante de su secta, miró cómo el hombre, fingiendo indecisión, le quebraba el cuello a la gallina, que se dejó caer y caminó todavía erguida, por lo que hubo que repetir el tormento. Esta vez emitió toda clase de sonidos agónicos, giró en redondo esparciendo plumas hasta que el movimiento se redujo a estertores y a continuación cesó por completo. La ceremonia provocó la furia impotente de quienes la miraron. Aunque nunca lo hacemos, aunque toda nuestra vida social se reduce al saludo y el comentario acerca del clima, ese domingo nos llamamos por teléfono para hablar de lo que acababa de verse. Naturalmente, como en el asunto del prado, hubo unanimidad. Tal conducta era inadmisible. Los habitantes deberían recibir todo el peso del castigo. Porque si algo no toleramos nosotros, "fabricantes de armas que alejan el peligro de guerra", es la crueldad, y menos la crueldad con los animales. Claro que aquí se matan gallinas diariamente, pero a este fin nuestros hogares se hallan previstos de hachitas con las cuales decapitamos de un solo tajo a las aves. Si bien la gallina sin cabeza en ocasiones intenta darse cómicamente a la fuga, lo más natural es que se deje colgar patas-arriba hasta desangrarse —práctica que evita el escándalo, el doloroso escándalo de la ceremonia.

***La noche del sábado***

Nadie oyó ni vio nada. El pueblo estaba desierto. Hubo reunión en las colinas. Tenemos prohibido hablar de la asamblea nocturna.

***Los hechos***

Terminaban de desayunar cuando escucharon ruido de pesados instrumentos en la acera. Tal vez iban a componer el pavimento, a rellenar los baches. Luego rumor de palas, gritos de una cuadrilla. Empezaron a arrancar el pasto con todo y la tierra en que había hundido sus raíces. Los habitantes no creyeron en lo que estaban viendo. Ella le reclamó que no se hubiera ocupado



de cortar el césped y que su negligencia fuera el motivo de esa orden municipal que seguramente les acarrearía una multa por descuido. Él respondió:

—La pagaría gustoso con tal de no tener que cortarlo. —Subió las escaleras, entró en el baño y empezó a afeitarse. Ella permaneció en la cocina para lavar los platos. Ambos trataban de no pensar en lo que ocurría ni confesarse mutuamente el miedo. Hasta que ella subió a ver a su marido y le dijo que era preciso reclamarles: cuando menos debieron haber pedido permiso. Él respondió: —Esperaré que toquen a la puerta—. En el traspatio se oyó un sonido mucho más fuerte. Ladraron los perros. Cuervos y gorriones alzaron el vuelo. La casa entera se estremeció. Esquirlas de madera y pintura se desprendieron. Por la ventana alcanzaron a ver la pala dentada de un bulldozer. Corrieron a la puerta. La casa se desplomó a sus espaldas. Uno de los hombres que acababan de arrancar el pasto se lanzó sobre la mujer y le desgarró la bata de nailon. Ella lo rechazó; su marido derribó de un golpe a nuestro lacayo. Era lo que esperaban los demás para acometerlos con picos, palas, azadones. Pegaban y cortaban con furiosa rapidez como si quisieran seccionarlos al modo en que los niños parten a una lombriz. Y mientras terminaban de destazarlos y se iban acercando los perros, y cuervos y gorriones se posaban en los tejados y en las alambradas, nosotros contemplábamos todo aquello en silencio, cambiando miradas de complicidad y optimismo al ver nuestra aldea una vez más y para siempre libre de intrusos.

VICENTE LEÑERO

# ¿QUIÉN MATÓ A AGATHA CHRISTIE?

*Dramatis personæ: Hércules Poirot: detective belga, protagonista de numerosas novelas de Agatha Christie; James Japp: inspector de policía de Scotland Yard; Jane Marple: detective aficionada, protagonista de numerosas novelas de Agatha Christie; David Holloway: periodista del Daily Telegraph de Londres; Max Mallowan: arqueólogo, segundo marido de Agatha Christie; Rosalind Christie: hija de primer matrimonio de Agatha Christie; Matthew Pitchard: hijo de Rosalind, nieto de Agatha Christie; Brian McDermot: actor inglés; Charles Hammond: notario; Agatha Christie: novelista fallecida el 12 de enero de 1976.*

## I

Al irrumpir en la habitación, haciendo girar el picaporte e impulsando con toda la fuerza de su brazo la puerta de caoba, el inspector Japp encontró a Hércules Poirot enfrentado a un espejo de pared. El detective belga vestía una bata de seda con dibujos orientales y se aplicaba en sus espejos bigotes un oloroso cosmético. Poirot miró a Japp a través del espejo, y no se inmutó cuando su viejo amigo de Scotland Yard le espetó, en medio del sofoco de su entrecortada respiración:

—¡Agatha Christie es una vulgar asesina!

Todavía sin girar hacia Japp, y como si en lugar de la frase exclamativa hubiera escuchado un tranquilo saludo de buenos días, Poirot dijo al espejo:

—Lo hacía en Wallingford, inspector.

—De allá vengo. De la estación volé directamente para acá —Japp avanzó hasta Poirot y le enganchó su mano chata en el antebrazo—. La anciana se ha vuelto loca. *Telón* estará en libre-

rías en un par se semanas. . . En un par de semanas, Poirot, ¿se da usted cuenta?

—Lo sé —asintió quedamente el detective belga, y en sus ojillos pardos puestos ya directamente sobre Japp, sin intermediación del espejo, brilló una pequeña luz de melancolía. Un estornudo lo ayudó a reaccionar y a introducir el tema de la terrible gripe que lo había mantenido en cama durante los seis días en que Japp visitó a dame Christie en su lujosa residencia de Wallingford. Cuando al fin Poirot accedió a hablar sobre la escritora, ambos amigos se encontraban sentados a la mesa del comedor bebiendo sendas tazas de un chocolate espeso que el propio detective había preparado en menos de siete minutos.

—¿Y qué hay del libro sobre miss Marple? —preguntó repentinamente Poirot.

—También lo tiene el editor, pero qún no entra a prensas. Y según me informó David Holloway, el del *Daily Telegraph*, la anciana está dudando en publicarlo. Teme que miss Marple cumpla sus amenazas.

—Maldita solterona —exclamó Poirot golpeando la servilleta contra la mesa y haciendo que Japp, sorprendido, derramara el chocolate. Era natural el sobresalto: el inspector nunca había oído a su amigo referirse a miss Marple en tales términos; sabía que la odiaba, lógicamente, por celos profesionales, porque Agatha Christie solía desplazarlo de sus novelas para hacer intervenir a la gruñona y sagaz viejecita en quien los críticos habían visto un desdoblamiento de la propia autora, y aunque Poirot era y seguiría siendo el personaje más importante de la obra de Christie, la complejidad de los casos encomendados a miss Marple, y la brillantez con que los había resuelto, estaban acrecentando en los últimos años la fama de la solterona en demérito de la de Poirot. Todo eso lo sabía Japp, pero nunca imaginó que su amigo, contrariando su natural circunspección, se atreviese a manifestarlo abiertamente.

Lo hizo ante Japp: primero con esa exclamación y luego a lo largo de una perorata en la que Poirot censuró los procedimientos ridículos de miss Marple y la injusticia que la autora cometía al decidir dar muerte a él, al famoso Hércules Poirot, en esa novelucha titulada *Telón*.



—Pero recuerde que también decidió matar a miss Marple —atemperó el inspector Japp—. Al menos el fallo resulta así equitativo.

—Con la diferencia de que *Telón* estará en librerías dentro de dos semanas, como usted mismo lo ha dicho, y de que quizá nunca se publique *El canto del cisne de miss Marple*.

—Si no se publica será sólo porque miss Marple amenazó con matar a dame Christie —dijo Japp.

—Ésa es la trampa —replicó Poirot.

Un largo silencio invadió a los dos amigos. Japp buscó en los ojos de Poirot una pista que lo llevara hasta sus pensamientos, pero el detective rehuyó discretamente la mirada, al tiempo que se levantó de la mesa para ir en busca de un paquete de sus queridos cigarrillos rusos. Ofreció uno a Japp, que el inspector rechazó cortésmente con un ademán, y tras de encender y dar una larga fumada al que se llevó a los labios, Poirot rompió el silencio.

—La muerte de un personaje de novela es siempre relativa —razonó tranquilo—. Muere cada vez que el lector cierra el libro y vive cada vez que lo abre.

—Pero eso no disculpa a dame Christie a perpetrar un acto criminal tan alevoso como éste —interrumpió Japp.

—La muerte de los humanos, en cambio —continuó Poirot como si no hubiera escuchado al inspector—, es real, definitiva. Cuando mueren, ya sean víctimas de una enfermedad o de un crimen, mueren para siempre, sin remedio. Por eso temen tanto el final y por eso cualquier amenaza en ese sentido los lleva a cometer barbaridades, a renunciar incluso a sus propias convicciones y querencias.

—¿Se refiere usted a las amenazas de miss Marple contra dame Christie? —preguntó Japp.

—Hablo en general —dijo Poirot y dio una larga fumada a su cigarrillo ruso.

El inspector volvió a buscar, ahora tras el humo que casi ocultó por momentos el rostro de su amigo, una pista en los ojillos pardos de Poirot, pero éste emitió una risa desconcertante y dijo en seguida, ya sin intenciones de volver a tomar asiento:

—Tengo entendido que usted no fue a Wallingford a discutir

de literatura con dame Christie, inspector. Su interés obedecía a preocupaciones más importantes, ¿o me equivoco?

—No, no se equivoca usted del todo, monsieur Poirot. Y debo confesarle que regreso confundido. Dame Christie no es la misma mujer de hace cinco años. Está perturbada, enferma diría yo. La encontré irritable, necia, petulante. . .

—No en balde ha rebasado los ochenta y cinco —sonrió Poirot.

—Me trató como a un enemigo; como le ha dado en tratar a su pobre marido, el bueno de sir Max, y a la misma Rosalind. Dice que sólo piensan en su herencia, imagínese, lo cual es inverosímil, usted lo sabe.

—¿Lo mismo opina de Matthew?

—El nieto tiene dinero de sobra. Todos son millonarios. Qué puede importarles ya el testamento de la anciana.

—Son más de diez millones de libras esterlinas las que quedan por repartir —dijo Poirot palmeando el hombro izquierdo de Japp—. Diez millones a repartir entre tres, inspector. Una suma nada despreciable para nadie, aunque se sea millonario.

El inspector pareció asentir vagamente y Poirot comenzó a caminar en círculos alrededor de la mesa. Miraba hacia la alfombra y propinaba breves y continuas fumadas a su cigarrillo cuando Japp retomó la palabra:

—No quise dar crédito a sus amenazas pues estaba encolerizada cuando me lo dijo, pero aseguró que había decidido hacer un nuevo testamento para vengarse de su familia.

—Hace usted mal en no dar crédito a dame Christie, inspector. Ella es capaz de eso y más. Mire lo que me ha hecho a mí.

Durante sus últimas palabras los ojos de Poirot proyectaron por primera vez un resplandor de encono, pero Japp no lo advirtió arrebatado como estaba por sus propias ideas.

—Sería injusto despojar a su familia de lo que por derecho le pertenece —ademaneó Japp sin percatarse aún de los mensajes de Poirot—. Y así se lo dije a dame Christie. ¡Claro que se lo dije! Como le reclamé también la publicación de *Telón*, y como le pedí, en todos los tonos, que se retractara del asesinato de usted. Pero no me hizo caso. Me echó de su cuarto.

—¿No habló después con sir Max Mallowan?

—Por supuesto. Hablé con él y con Rosalind y con Matthew.



Con los tres. Pero los tres me suplicaron que me olvidara de los desplantes de dame Christie. Para ellos eran simples arrebatos seniles, motivados por su enfermedad. . . Acepté considerarlo así, aunque en ningún momento la disculpé por lo de *Telón*. ¡Ésa es una canallada, Poirot!

—Lo importante no es *Telón*, inspector. Lo importante es el testamento.

Poirot miró fijamente a Japp y agregó:

—Me imagino que hablaría usted con el notario de dame Christie.

—Desde Wallingford me comuniqué con él a Londres. No había recibido ninguna orden ni llamado alguno de la anciana. El testamento seguía siendo el mismo de hace diez años, pero. . .

—¿Pero qué? —instó Poirot.

—Bueno. . . el notario dijo algo sobre ciertos rumores. Tonterías. . .

—¿Rumores de qué? —volvió a instar Poirot.

—Se cuentan cosas de dame Christie, Poirot. Calumnias, usted sabe. . . En algunos círculos se habla de que McDermot, el actor ese que lleva once años interpretando *La ratonera*. . . , Brian McDermot, usted lo conoce. . .

—Sí, sí, —gruñó Poirot apurando a Japp.

—Pues se dice que Brian se ha convertido en una especie de consentido de dame Christie. Al menos es a la única persona a quien trata bien en los últimos tiempos. . . Incluso circulan versiones de que él, McDermot, que es además un escritor fracasado, ha ayudado a dame Christie a escribir sus últimas novelas.

—¿A escribir *Telón*? —saltó Poirot con una ansiedad totalmente ajena a él.

—*Telón* y *El canto del cisne de miss Marple* —respondió Japp—. Eso se dice. Y hay quienes afirman que tal circunstancia fue la que motivó fundamentalmente la cólera de miss Marple. Jane estaría dispuesta a aceptar, con rezongos y todo, que su autora la mandara a la tumba, pero jamás que lo hiciera por consejo de un actorzuelo ambicioso como McDermot.

—¡Vieja maldita! —exclamó Poirot degollando su cigarrillo ruso en el cenicero, pero Japp no supo discernir si el insulto iba dirigido contra miss Marple o contra dame Christie.

## II

Había transcurrido un par de meses desde aquella conversación entre Hércules Poirot y el inspector Japp, la noche en que este último entró en el viciado ambiente del bar Cowen, en la calle de Marlowe, donde el pequeño detective belga, solitario en una mesa rinconera a la que protegía la penumbra, vaciaba en la garganta el último vaso de una botella de pernod.

Japp nunca imaginó encontrar a su amigo en el lamentable estado en que se hallaba aquella noche. Jamás pensó ver al más sobrio y ecuánime de los detectives de la novela policial contemporánea convertido en un guiñapo. Eso y no otra cosa era Poirot: un guiñapo.

Sucio, desaliñado, con una barba de dos días y sus espesos bigotes salpicados de manchas blancuzcas, el hombrecillo en que se había transformado Poirot tardó en reconocer a Japp cuando éste se le puso delante, pero al conseguirlo se irguió a medias de su asiento, le lanzó una sonrisa de ebrio, y al tiempo que lo invitaba a compartir su mesa ordenó una segunda botella de pernod.

Japp empezó diciendo que llevaba tres días buscándolo por todo Londres, para luego agregar con un dejo de ternura:

—Me imagino que ya leyó *Telón*, ¿verdad?

—*¡Merde!* —exclamó Poirot.

Japp llevó su mano derecha hasta el hombro del detective, y el gesto compasivo, solidario, desató la amargura acumulada por Poirot durante la última semana. Confesó que no sólo había leído *Telón*, sino releído las novelas de dame Christie en las que él aparecía como protagonista.

—Son una porquería —remató Poirot—. ¡*Merde* es lo que son!

—Cálmese —dijo Japp por decir algo. Y lo volvió a palmear.

—He descubierto una cosa terrible, Japp, terrible: el más importante hallazgo de mi carrera profesional. He descubierto que dame Christie es una pésima escritora. . . Sí, mi querido Japp, una mediocre, una literata de tercera categoría. Está llena de trucos, de recursos fáciles, de clichés. Como la muy imbécil no es capaz de elaborar una descripción medianamente aceptable, recurre al empleo de un puro diálogo artificioso. Además de eso,



mi querido Japp, sus intrigas no pasan de ser un juego ingenioso que nada tiene que ver con la realidad. Sus personajes somos monigotes, Japp, simples monigotes. Yo soy un pedante, un imbécil, un antipático; ni sombra de lo que es el Maigret de Simenon. . . ¡Ah, cómo debe envidiar la vieja a Simenon!, mi querido Japp, él sí que es un maestro del género.

Japp palmeó por tercera vez el hombro de Poirot, pero éste se sacudió con enfado el ademán.

—No, no hablo por resentimiento, Japp; no es nada más resentimiento. Aparte de mi rabia por esa muerte tonta que me endilga en *Telón*. . ., aparte de eso, mi querido Japp, muy aparte, estoy convencido de que mi existencia toda es un desastre por culpa de su mediocridad. . . ¡Vieja imbécil —gritó Poirot-, no merece vivir un minuto más!

El inspector había mojado apenas sus labios con el pernod que le sirvió el detective, cuando éste, cambiando súbitamente el tono, agregó con una sonrisa maliciosa:

—¿Sabe quién está citado mañana en casa de la vieja imbécil?

—¿Quién? —preguntó Japp.

—No, no, adivine, mi querido Japp. Adivine. . . para eso es usted inspector de Scotland Yard.

—¿Quién? —volvió a preguntar Japp.

—Mañana, a las diez de la mañana, Charles Hammond tiene una cita en Wallingford con la vieja.

—¿El notario? —preguntó tontamente Japp.

—El mismo, mi querido inspector. Los rumores que usted oyó eran fundados. La vieja va a dictar un nuevo testamento en el que no deja un solo penique a sus parientes y en el que nombra su único heredero a Brian McDermot.

—No puede ser —exclamó Japp golpeando el vaso contra la mesa—. ¿Quién le dijo a usted eso, monsieur Poirot?

—Me lo dijo Brian McDermot —dijo Poirot.

## III

Al salir aquella noche del viciado ambiente del bar Cowen, el inspector Japp se sentía herido por la idea de que dame Christie

estaba en peligro de ser asesinada. Bajo esa hipótesis resulta imperativo sospechar de sir Max Mallowan, de la hija Rosalind y del nieto Matthew, puesto que los tres resultarían directa y seriamente afectados en caso de que la escritora redactara un nuevo testamento en favor de Brian McDermot. Así razonaría cualquiera y así lo había obligado a razonar Hércules Poirot entre vaso y vaso de pernod.

Japp se detuvo de golpe, a media calle. El frío de la noche soplaba con intensidad. El inspector recordó la sonrisa de Poirot, su mirada maliciosa, la intensa presión con que le sujetó el brazo al despedirse.

¿Sería posible lo que estaba pensando? Si Poirot conseguía que se enfocaran todas las sospechas en sir Mallowan, en Rosalind, en Matthew, incluso en la gruñona miss Marple que había amenazado de muerte a dame Christie, Poirot lograría abrir un camino libre de toda sospecha para llevar a cabo su personal venganza. Nadie lo acusaría jamás a él. Su crimen resultaría perfecto.

"No, no es posible desconfiar de Poirot —pensaba Japp mientras viajaba en un vagón semivacío del tren subterráneo—. Poirot es incapaz de cometer un crimen. Más odio y más razones tienen los familiares y miss Marple. . . No. Absurdo también. Ninguno de ellos se atrevería. Nadie quiere matar a dame Christie."

Japp salió del vagón, subió lentamente las escaleras y cruzó la calle rumbo a las oficinas de Scotland Yard. Seguía pensando:

"¿Sería cierta o fingida la ebriedad de Hércules Poirot?"

## IV

A las diez en punto de la mañana del 12 de enero de 1976, el inspector Japp llegó a la residencia de Wallingford. En el salón hasta donde lo condujo un sirviente hermético, vestido de riguroso negro y con una camisa blanca ahorcada por una corbata de moño, el inspector encontró a Charles Hammond, el notario. Lo acompañaba un empleado de su oficina que cargaba un voluminoso libro y que sonreía tontamente, sin razón.



—Es cierto entonces que dame Christie va a redactar un nuevo testamento —dijo Japp, luego de intercambiar los consabidos saludos con Hammond.

El notario iba a responder cuando se abrió la puerta que comunicaba con la biblioteca y entró en el salón Matthew Pitchard, el nieto de la escritora.

—Mi abuela acaba de morir —dijo secamente Matthew—. Parece que fue un síncope cardiaco.

El inspector Japp sintió que una corriente eléctrica lo sacudía de pies a cabeza. No se dio cuenta de que estaba temblando cuando gritó, sin poder contenerse:

—¡No! ¡Fue un crimen, fue un crimen!

Matthew Pitchard y el notario Hammond se miraron entre sí y luego miraron simultáneamente a Japp, desconcertados.

El lejano llanto de Rosalind descendió hasta el salón.

# ÍNDICE


*Prólogo*, María Elvira Bermúdez 7
Bibliografía 23
ANTONIO HELÚ
Debut profesional 31
RAFAEL BERNAL
La muerte poética 53
RUBÉN SALAZAR MALLÉN
El caso del usurero 67
SALVADOR REYES NEVARES
El vitral de la corneja 91
JOSÉ REVUELTAS
Sinfonía pastoral 105
JOSÉ EMILIO PACHECO
Algo en la oscuridad 129
VICENTE LEÑERO
¿Quién mató a Agatha Christie? 143

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

*Rector*
Dr. Jorge Carpizo

*Secretario General*
Dr. José Narro Robles

*Secretario General Académico*
Dr. Abelardo Villegas

*Secretario General Administrativo*
C.P. José Romo Díaz

*Secretario General Auxiliar*
Lic. Mario Ruiz Massieu

*Abogado General*
Lic. Manuel Barquín Álvarez

*Coordinador de Difusión Cultural*
Lic. Fernando Curiel

*Director de Literatura*
Lic. Marco Antonio Campos

*Jefe de la Unidad Editorial*
Lic. Jorge von Ziegler

*Editor*
Alejandro Toledo

*Cuento policiaco mexicano*
de María Elvira Bermúdez, Textos
de Humanidades, de la Coordinación de
Difusión Cultural de la UNAM, se terminó
de imprimir en los talleres gráficos de
PREMIA editora de libros, S.A., en
Tlahuapan, Puebla, en el segundo semestre
de 1987. La fotocomposición tipográfica
y los negativos se hicieron en
Grupo Edición, S.A. de C.V.
Se tiraron 1,500 ejemplares.

*Comparada con la de otros géneros, la producción de narrativa policiaca en México ha sido parca. Sin embargo, durante los últimos treinta años varios de nuestros novelistas, cuentistas y ensayistas de importancia han escrito, por lo menos en una ocasión, un buen texto policiaco. Ello ha contribuido a que nuestra narrativa policiaca sea ya considerable y presente, cada vez más acentuadamente, características propias. Esta antología de María Elvira Bermúdez pretende ser de utilidad para quienes objetiva y desapasionadamente se propongan estudiar lo que en México se ha logrado dentro del género.*

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE DIFUSION CULTURAL
PREMIA Editora, S.A.